

La Esfera

Año XI

Núm. 555



«La Magdalena penitente»,
cuadro original de Veronés
(MUSEO DEL PRADO)

«LA GUÍA DESCRIPTIVA»

La Compañía del Norte acaba de publicar «La Guía Descriptiva» del verano actual, que como las ediciones precedentes es un volumen profusamente ilustrado con fotografías de las poblaciones servidas por su extensa red de ferrocarriles, datos históricos del mayor interés y notas relativas a la producción industrial, agraria y pecuaria de cada región. Contiene también detalles de todos los servicios ordinarios y especiales de los trenes, horarios, itinerarios, tarifas, billetes a precios reducidos, etc., etc., que son de la mayor utilidad para el viajero.

PARA ADELGAZAR EL MEJOR REMEDIO DELGADOSE PESQUI



No perjudica á la salud. Sin yodo, ni derivados del yodo, ni thyroidina.

Composición nueva, desaparición de la gordura superficial.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio «PESQUI». Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.

CALCETERAS

Os interesa conocer el APARATO REFORZADOR de talón alto y planta del pie aplicable á todas las máquinas recilíneas á mano, con lo que daréis consistencia á las medias y venderéis cuantas os sea posible fabricar.

PARA DETALLES AL INVENTOR

J. CARRATALÁ CLIMENT
Fábrica de Medias y Calcetines ALCOY

Lea Ud. la Revista deportiva

AIRE LIBRE

50 céntimos en toda España

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR
ALCOHOLATO

AL
ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA ESPAÑOLA. Madrid
Envíos á provincias y al Extranjero



UNA VEZ... EN UN HOTEL

NOVELA FRANCESA DE

RENÉ BIZET.—Traducción de ADOLFO FALGAIROLLE

es el título del número que

LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

30 céntimos ejemplar

Calidad en los autores :: Cantidad en la lectura :: Baratura en el precio
son los tres lemas á que se sujeta en su publicación

Los corresponsales de PRENSA GRÁFICA en provincias y en el Extranjero, los vendedores de periódicos en todas las localidades, las librerías, los quioscos y puestos de venta de periódicos, las Bibliotecas de las estaciones de Ferrocarriles de todas las redes españolas, tienen á la venta ejemplares del número corriente **TODOS LOS SABADOS**, y de números atrasados en cualquier momento. Unos y otros se venden al precio único de **30 céntimos el ejemplar en toda España**

NAVIGAZIONE GEN. ITALIANA LA VELOCE

SUD AMERICA EXPRESS

Próximas salidas de **BARCELONA**
para **RIO JANEIRO, MONTEVIDEO**
y **BUENOS AIRES:**

Gran exprés de lujo,
á 4 hélices,

GIULIO CESARE

(Viaje en 12 días y medio)

el 17 de Octubre
» 8 » Diciembre

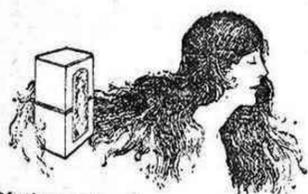
Para informes, dirigirse á la

Sdad. ITALIA-AMERICA

BARCELONA: Rambla Santa Mónica, 1 y 3
MADRID: Alcalá, 47



SE VENDEN los clichés usados en esta Revista.
Dirigirse á Hermosilla, número 57.



Agua **RADIUM**

Tintura instantánea
Cabello y barba

Matices naturales y permanentes. Una aplicación cada tres meses.
Negro, castaño oscuro, castaño claro, etc. Cortés Hnos., Barcelona

Lea usted todos los sábados **LA NOVELA SEMANAL**

CONSERVAS TREVIANO

LOGROÑO

ESCUELA BERLITZ

Arenal, 24
ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano
CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :: TRADUCCIONES

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Novelas de la Costa Azul.
Por Vicente Blasco Ibáñez.—
El más célebre novelista español, cuya universal nombradía es un motivo de orgullo para nuestra literatura, continúa dando gallardas pruebas de su fecundidad. Un nuevo libro suyo, «Novelas de la Costa Azul», acaba de aparecer.

En el volumen se reúnen varias de esas narraciones breves que han puesto en boga las editoriales modernas. En ese difícilísimo género de la Novela Corta, Blasco Ibáñez es un maestro insuperable. Trozos de vida, dotados de pasión, de originalidad, de una visión artística y robusta del natural, las novelas breves de Blasco Ibáñez pueden figurar dignamente al lado de sus obras definitivas y de mayor empeño. En las «Novelas de la Costa Azul», la vida moderna y cosmopolita de las playas de lujo, el interés y la melancolía de las existencias aventureras, están magistralmente retratados con ese estilo vigoroso y rico que hace de Blasco Ibáñez uno de los escritores más interesantes y populares del mundo.

Libro de Amor. Por Alfonso Hernández Catá.—Acaba de publicarse este volumen, reunión de cuatro novelas cortas por sus dimensiones, ya que no por la calidad de su contenido ni por la intensa emoción que de sus páginas emana, tituladas «El drama de la señorita Occidente», «Bajo la luz», «El sembrador de sal» y «Girasol».

Su autor, el joven maestro y pensador insigne Alfonso Hernández Catá, ha querido recoger en este su último libro cuatro formas del amor que son como los puntos cardinales del amor mismo.

Bajo el ropaje de una forma sencilla, comprensible y amena, el pensamiento majestuoso, todo nervio y agilidad, aprisiona entre sus garras de águila las ideas, los sentimientos, los menores gestos y las menores inquietudes, para encerrarlos en la fórmula estrecha y concisa de una fase magnífica, rotunda, terminante.

En las cuatro novelas que componen «Libro de Amor», Alfonso Hernández Catá ratifica sus extraordinarias cualidades literarias que en este difícil género se han empleado tantas veces con acierto que culminó en la perfección.

El día 1.^o
de
Septiembre
se
publicará



¡Una pasión en París!

Interesantísima novela de 200 páginas

por

«El Caballero Audaz»

TRES pesetas

Pedidos: «RENACIMIENTO». — Preciados, 46, MADRID

SWISS TRAVEL ALMANAC

Summer Season 1924

Editado por la Oficina Suiza de Turismo en Zurich y Lausanne
Impreso por O. Walter, S. A., Olten 5 francos

Entre las numerosas publicaciones de propaganda que se editan periódicamente por los interesados en el Turismo Suizo, no hay ninguna que sea acogida con mayor agrado por el público viajero de lengua inglesa que el **SWISS TRAVEL ALMANAC**. Publica artículos de los eminentes escritores Arnold Dum, Dr. A. Latt, G. Flemwell, E. Barde, H. C. H. Marrott, M. J. Landa, Dr. H. Keller, etc., ilustrados con encantadoras láminas en color. Las páginas dedicadas á la publicidad no desmerecen del resto del Almanaque.

Felicitemos, pues, al compilador, D. René Thiessing, así como á la Casa editora Otto Walter, de Olten.

Lea usted **NUEVO MUNDO**

CONSULTE
GRATIS SUS
PROBLEMAS
DE PROPAGANDA

PUBLICITAS

MADRID
GRAN VÍA, 13
SECCIÓN TÉCNICA
HELIOS

BARCELONA
RONDA SAN PEDRO, 11
SECCIÓN TÉCNICA
FAJMA



Pida Vd. en cualquier establecimiento que le enseñen la

Máquina de afeitar "VALET" Auto Strop

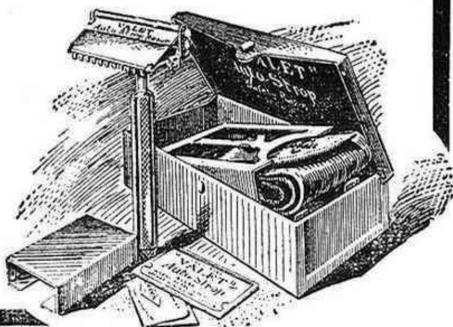
No basta ver la "Valet" AutoStrop a través de un escaparate o vitrina para entenderla. Allí se parece a cualquiera otra máquina de afeitar con su estuche de piel, su montura plateada y sus hojas de repues.o.

Solamente teniéndola entre sus manos, viendo cómo se introduce el afilador a través de la máquina, haciéndose cargo de que en diez segundos se da automáticamente a la hoja un filo finísimo, y que para limpiarla bastan únicamente doce segundos; entonces, y solamente entonces, podrá Vd. comprender el verdadero valor de la única máquina que se afila a si misma.

Modelo "C" No. 101. Contiene una máquina "Valet" tres hojas y un cuero afilador todo presentado en un bonito estuche de metal negro A ptas 12.50

De venta en todas partes.

Al por mayor:
CASA HASSINGER, S. A.,
Balmes 75, BARCELONA.



Lea Ud. los miércoles

MUNDO GRÁFICO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

30 cts. en toda España

SE ADMITEN SUBSCRIPCIONES A NUESTRAS REVISTAS
La Estera, Mundo Gráfico, Nuevo Mundo
Elegancias, Aire Libre y La Novela Semanal

en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6

DE LA ESPAÑA ARTÍSTICA



Fachada principal de la iglesia de San Agustín, de Jerez de la Frontera, en estado ruinoso actualmente

FOT. MARTÍNEZ



ROSTROS ESPAÑOLES

CATALINA BÁRCENA

En el tablado de la farsa escénica española, Catalina Bárcena, «sentimental, sensible, sensitiva», toda llena de gracia femenina, es una de nuestras más ilustres comediantas. Su rostro, habituado á expresar todos los matices de la pasión, tiene, sin embargo, un gesto característico que es, sin duda, el mejor y á la vez el más difícil: el de la ingenuidad juvenil, que no es la candidez bobalicona de la niña ignorante, sino toda la gracia fragante, el perfume primero, de curiosidad y de agudeza espiritual del alma de la mujer

COMPOSTELA: SUS PIEDRAS Y SUS RISAS



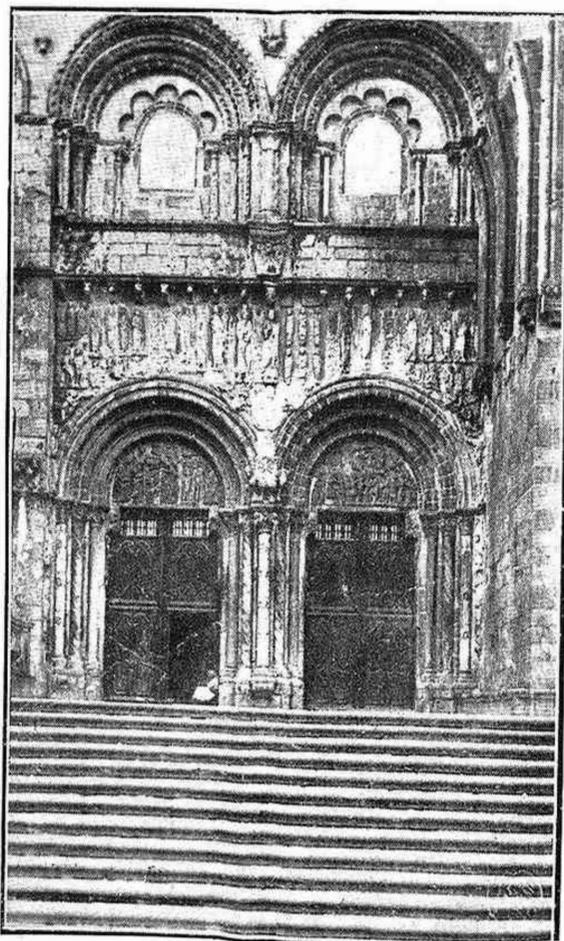
La solemnidad de la piedra compostelona se yergue tan próxima, que parece un forillo de teatro entre los bastidores de la arboleda

MARÍN, el pueblecillo pesquero, con sus caseríos grises y su mar gris también, bajo los cielos nubosos; Villagarcía, con su amplio puerto, por el que corren descalzas las mujeres que ganan un jornal en la carga y descarga de los barcos, mientras el marido arranca su presa a las aguas—el que es pescador—ó cultiva su tierra—aquí, donde todos son terratenientes—ó duerme tranquilo y feliz; todo va quedándose atrás, y dejándonos en los labios el sabor salado de la brisa marina y en los ojos el encanto azul de las olas, con sus penachos blancos de espumas.

El tren va metiéndose tierra adentro. Ahora cierra los costados de nuestro camino la vega y el prado, donde el verde, en sus matices más jugosos y más cálidos, se aprieta junto á esos caseríos de adobe que tienen un hórreo, desde cuyo balcón parece que vendrá á despedirnos una mano de mujer; porque el balcón del hórreo, abierto al camino de hierro, es como un mirador romántico cuyo prestigio fracasa siempre, al pasar el tren, dentro del corazón del viajero que espera.

En alguna estación sale á recibirnos el gaitero; es algo casual, seguramente; ó tal vez una costumbre de Galicia; quizá con el propósito de que la gaita—nota que tiembla en el aire un instante como un sollozo de niño—le diga el secreto inefable del paisaje al caminante que pasa con el espíritu y los ojos herméticamente cerrados á la emoción del camino.

Junto al gaitero hay un hombre que canta; apenas si hasta el tren y para los no habituados al dialecto llegan palabras confusas y sin posible coordinación de unas con otras; pero la canción tiene un dulce ritmo lento que se prende á los engranajes del ferrocarril y que nos acompaña luego en todo el viaje, á través de los prados verdes y frente á todos los caseríos blancos. Y que rima bien con los ganados, que marchan entre polvo por las carreteras y con la mujer que ordeña á la vaca bajo



En el pórtico tiende su mano una viejecilla implorante, y su canturreo, en el dialecto de la tierra, parece un romance de brujas y de mozas posesas del demonio

la parra de una puerta, y con el rapaz que corteja á la moza en la linde de unos encinares.

Vamos atravesando unas montañas y en cada revuelta alcanzamos á ver nuevas agrupaciones de caseríos presos entre valles floridos. Y al fin, allá sobre la pizarra gris del horizonte, parece como si alguien hubiese trazado con tiza el perfil de unas torres románicas. La solemnidad de la piedra compostelona se yergue en la lejanía, y luego más cerca, y, al fin, tan próxima, que parece un forillo de teatro entre los bastidores de la arboleda...

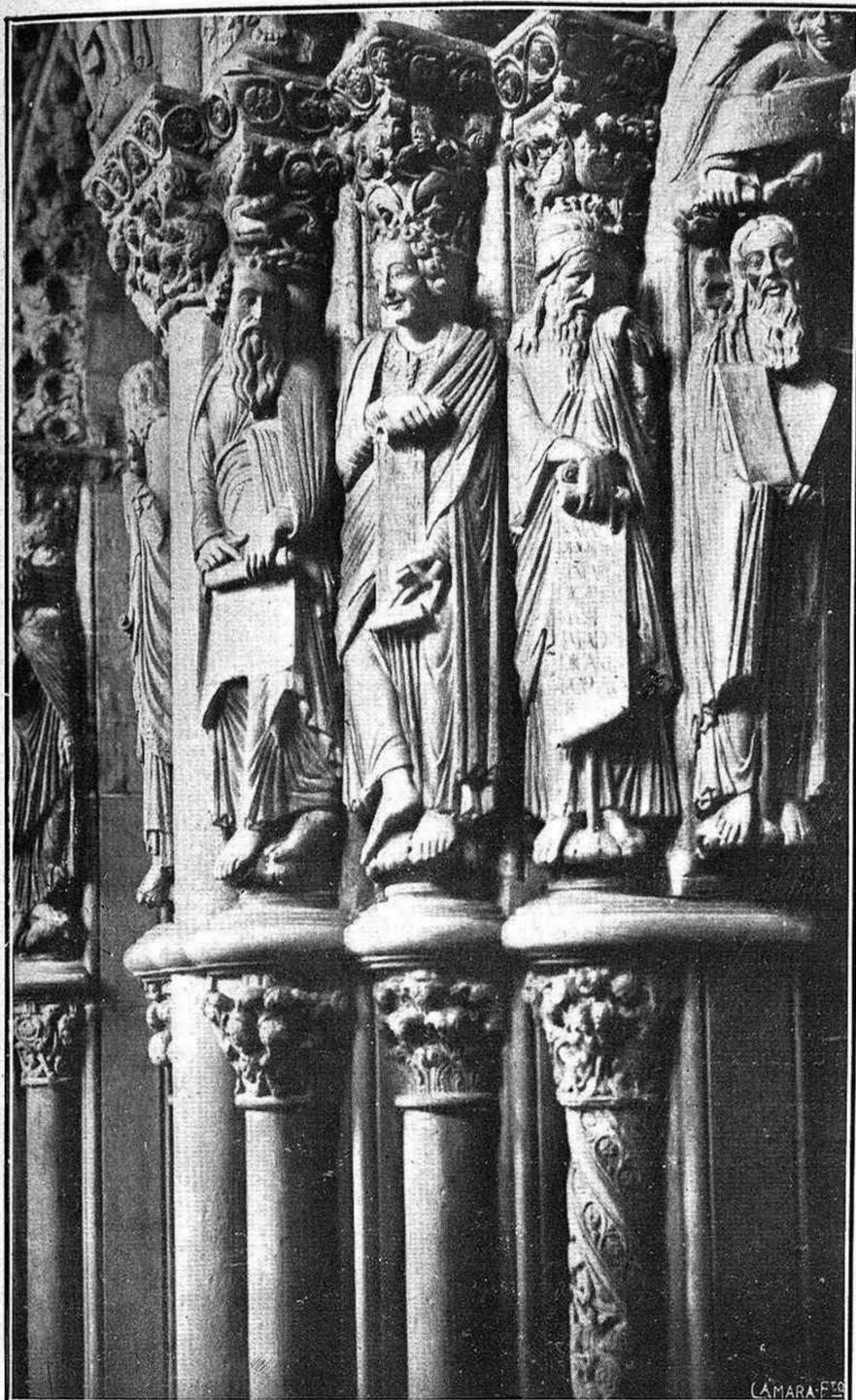
•••••

No; guías, no; hay que huir del catálogo; hay que evitar al cicerone y al acompañante; hay que eludir las notas y las explicaciones de las enciclopedias; hay que llegar á Compostela con el corazón abierto á la emoción de cada piedra y con el alma en meditación. Pero solo y sin el gesto altivo del erudito, como un ignorante peregrino humilde.

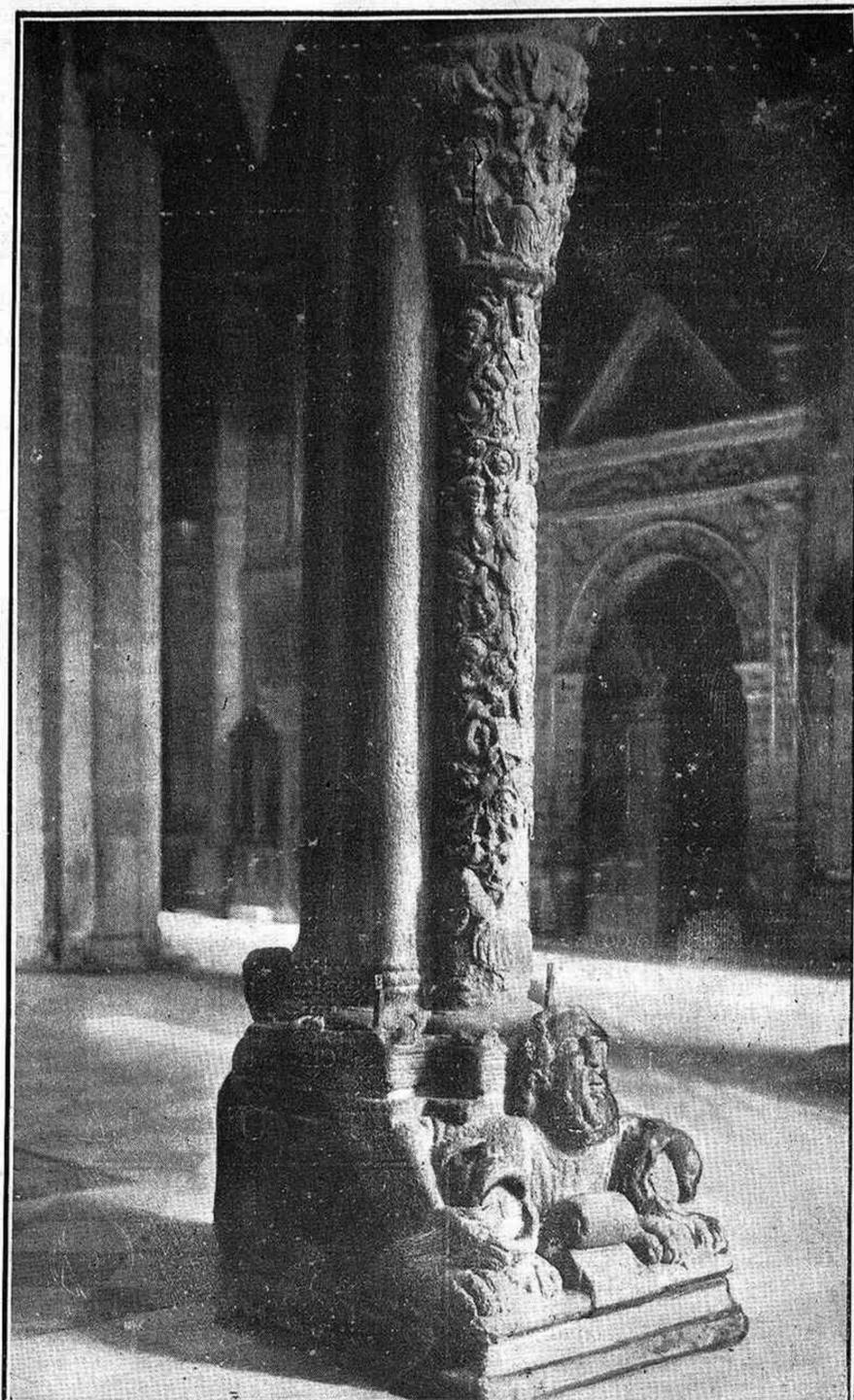
La Catedral... Santiago vive á la sombra de la Catedral y de los aires de la Universidad. Y he aquí el contraste; porque el silencio y la serenidad magnífica del templo sólo sirven como de fondo al tapiz galante y alegre de la estudiantina.

En el pórtico de la Catedral tiende su mano sarmantosa, arrugada y trémula, una viejecilla implorante, y su canturreo, en el dialecto de la tierra, parece un romance de brujas y de mozas posesas del demonio, que es como decir dentro del espíritu religioso y artístico de Galicia—, el sedimento de fe de nuestra infancia nos invade, y el alma de la piedra prende en la nuestra sus maravillas, y el olor del incienso que viene desde el altar mayor parece que nos emblanquece los cabellos de las sienes al envolver nuestra cabeza.

Ha concluído la misa, y el templo comienza á



El pórtico de la Gloria, la obra genial del escultor, que dió á la piedra una policromía perdurable...



... y á cuyos pies el basamento de las columnas parece representar un fetiche monstruoso

quedar solitario. Una mujer—una mujercita—cruza su rostro con el signo cristiano, trenza el rosario sobre el guante, en su muñeca, y sale despacio, bajo los techos de medio punto y entre las sólidas columnas, tras las que cruza, despacio también, la sombra del estudiante clásico — joven, gallardo, aventurero y sensual, capaz de apurar los labios de todas las mujeres con un sólo beso—, como aquel pícaro estudiante de Salamanca.

En la penumbra queda el pórtico de la Gloria, la obra genial de escultor, que dió á la piedra una policromía perdurable, sonrosando los rostros, enrojeciendo los labios y abriellantando las pupilas de las esculturas, á cuyos pies el basamento de las columnas, mordidas por el tiempo, parece representar un fetiche monstruoso.

A un lado, la puerta que conduce al claustro, que esta mañana—hoy es fiesta en Santiago y hace sol—tiene una alegre media luz. El claustro es también de estilo románico, sobrio y severo, y bajo sus arcos reposan los canónigos que fueron de esta Catedral.

Los señores canónigos de Santiago, recibidos por las más ilustres familias de la ciudad y que tan-

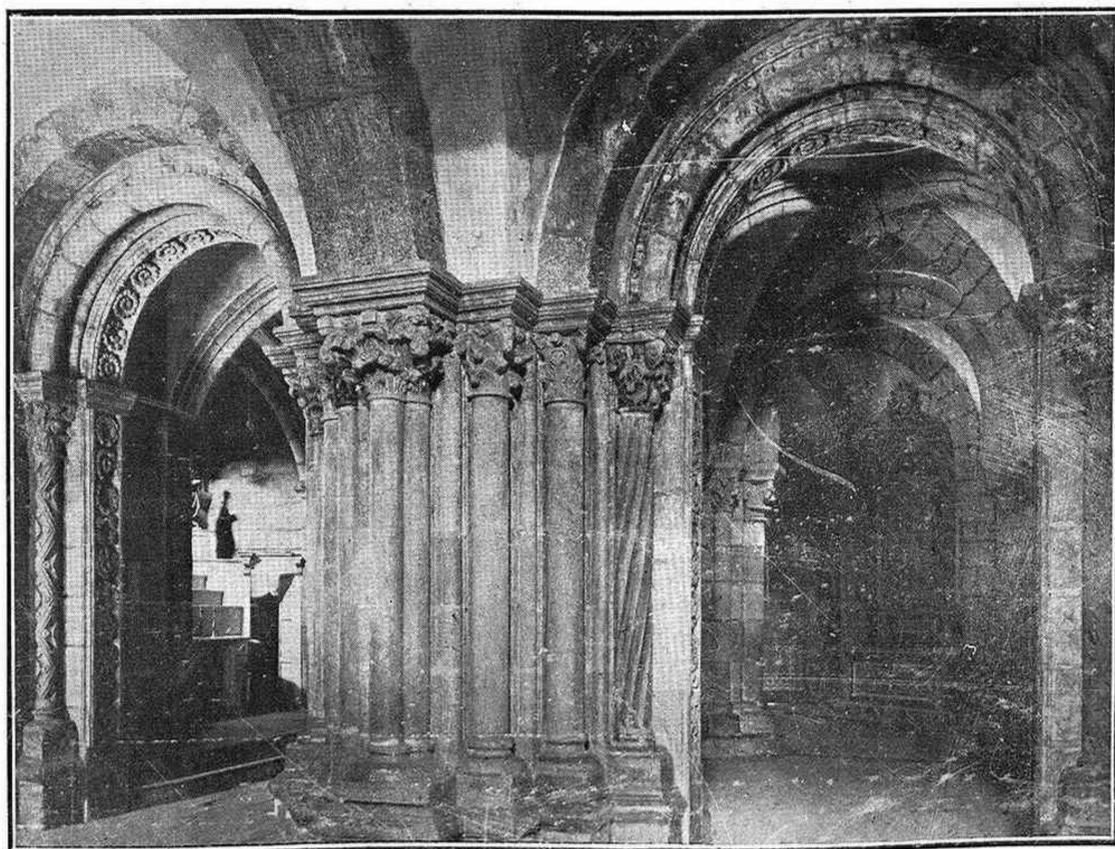
tas historias sabrosas y regocijantes conocieron irremediamente en sus visitas de todas las tardes, en aquellos nobles salones donde las virtuosas señoras de Compostela servían el chocolate ó el refresco á sus amistades, ahora reposan en la paz

del patio, al amparo de las galerías y bajo la lápida donde los que pasan van borrando la inscripción con los pies.

Doblan las campanas en todas las torres de Compostela. Es la hora del paseo al mediodía. Y en las calles los piropos de los estudiantes—piropos encarnados y bravos como los claveles andaluces—se cruzan con las miradas y las sonrisas de las señoritas compostelanas, que ofrecen siempre un pedazo de corazón para jugárselo en estos breves y dulces noviazgos de los meses de exámenes.

Y ríe la ilusión de las mujeres y palpita la sangre de los muchachos y acecha la eterna burla de las conquistas de primavera, escondida bajo unos soportales, en una vieja y castiza encrucijada.

Y la piedra y la risa se funden al crepúsculo y Santiago de Compostela reposa con las primeras sombras nocturnales, sin más rumor que el bronco sonido de las campanas ó el guitarreo de un grupo de estudiantes que trasnocha en un segundo piso de una casa escondida.



He aquí la cripta que guardó el sepulcro del Apóstol y que tiene en sus piedras el sello melancólico de muchos cientos de años

FOTS. KSADO

José ROMERO CUESTA

LA PRÓXIMA FIESTA DE LA RAZA

ATENTOS al bullebulle de la política, los diarios han publicado en pocas líneas y en lugar nada ostensible unas palabras cambiadas entre el General Primo de Rivera y el gobernador de Granada, que si á primera vista no parecían de gran importancia, bien estudiadas y meditadas pueden tenerla trascendental, por tratarse de un proyecto cuya realización puede ser una no débil base para intentar el principio de un acercamiento espiritual entre todos los pueblos, no ya de nuestra habla, pero de nuestra sangre...

Ha dicho el gobernador granadino que en una breve conversación el Presidente del Directorio le anunció que la próxima Fiesta de la Raza revestirá inusitados esplendor y solemnidad. Por lo poco que la Prensa madrileña ha dejado traslucir de tal proyecto se sospecha que serán unos Juegos Florales extraordinarios ó una verdadera justa de elocuencia por el número de mantenedores, seis, nada menos, y que cada región enviará dos reinas que podríamos llamar federales, pues estarán presididas por la Soberana española, nunca más Soberana que entonces, reina de reinas..., aunque lo sean de la belleza, pues sobre la de todas podrá reinar, sin que pueda negarse que por la Gracia de Dios y por la suya propia, más poderosa que la de la Constitución...

Si el proyecto no fuese más que lo expuesto, sería bien menguado de fantasía y bien pobre de eficacia para el prestigio de la Raza y para el engrandecimiento y el enaltecimiento del espíritu patrio, por la compenetración espiritual de todos los pueblos de nuestra étnica, é indigno de los anhelos de universalidad que para la gloria y para el provecho de España animan al General Primo de Rivera. Claro que lo natural sería esperar á que el propio autor del proyecto lo detallase, como creo que debe detallarlo para hacerle ambiente y para hallar en Prensa y en Pueblo las merecidas asistencia y colaboración. Sin embargo, es tan bella la iniciativa, puede ser de tanta trascendencia en el orden iberoamericano y revestir tan emocionante grandeza, que todo escritor está obligado á colaborar para ampliarla y enaltecerla, aun á riesgo de equivocarse, que en cosas del corazón—y las del patriotismo no deben sentirse sino cordialmente—es lícito errar por demasia de ambición...

Yo me imagino que el Presidente no habrá pensado en una fiesta de limitado alcance nacional. Hombre de grandes ideales, me figuro que habrá proyectado una solemnidad de mayor y universal resonancia. Ved cómo yo supongo que será la Fiesta de nuestra Raza. Se invitará á la República portuguesa y á todas las iberoamericanas y á las Islas Filipinas á que envíen sus reinas—ó sus presidentas, si en oídos republicanos sonase desagradablemente la monárquica palabra, y perdónese me el paréntesis en gracia á que en mi interior el sentimental y el humorista se disputan el dominio de mi pluma—con su corte de honor y su mantenedor respectivo.

No me parecería impolítico, antes al contrario, invitar igualmente á las zonas marroquíes de nuestro Protectorado á que envíen también su respectiva sultana y su mantenedor. Querramos que no, la sangre y la cultura árabes están infiltradas en la nues-

tra, y en una fiesta donde se pretenda congregarse á todos los pueblos de nuestra raza no podemos prescindir del elemento moro. Sobre que la divulgación literaria y gráfica después, profusamente, entre las cábilas de todos los pormenores de la fiesta, en nuestro idioma y en el suyo — la Prensa gráfica toda de España no creo que hallase inconveniente, antes bien lo haría con patriótico gusto, en proporcionarle al Estado los fotograbados que le hubiesen servido para sus ediciones ordinarias, para que compusiese más tarde una Memoria de la fiesta, redactada en árabe y español y profusamente ilustrada—, la divulgación, repito, de la Fiesta, en la cual se viesen los moros considerados y tratados como hermanos nuestros, no contribuiría poco á captarnos simpatías y á hacerles olvidar rencores.

También parecería hábilmente diplomático no excluir de la invitación á los sefarditas que añoran aún, después de siglos de extrañamiento de esta patria que fué suya, la convivencia con nosotros y que nuestro idioma más ó menos alterado tienen por suyo. Materialmente, no pretenderíamos provecho de esta contribución suya á la Fiesta de nuestra Raza. Pero no cabe duda que agradecidos al recuerdo en el convite y al tratamiento de hermandad, serían en los países de su habitual residencia los más fervorosos pregoneros de nuestro prestigio, del vigor del espíritu nacional, del respeto y de las esperanzas que en él demostraría poner tal congregación de embajadas sentimentales é intelectuales de pueblos hijos de la patria española y de la posibilidad de engrandecimiento de nuestra Raza por una inteligencia entre todos ellos y la madre...

Con todos estos elementos, por la diversidad de tipos de belleza y de modelos de elocuencia que se

asamblaría—perdónese me el neologismo que, pese á su tufo francés, me parece perfectamente lícito—, por lo pintoresco de la solemnidad, si particularmente las reinas aportasen con el traje peculiar de su país y apareciesen amparadas por su bandera respectiva, para rodear filialmente la nuestra gloriosa, madre de las glorias de las naciones, sus hijas ó sus nietas, la Fiesta tendría intensa é inolvidable emoción; constituiría el espectáculo más sugeridor de altos y grandes ideales; sería como una exposición universal de nuestras glorias pretéritas, y por la posibilidad de inteligencia entre todos los pueblos de nuestra sangre, el más expresivo testimonio de nuestra vitalidad para renovarlas en lo porvenir; Fiesta sagrada del Recuerdo y la Esperanza españoles é iberoamericanos; ocasión excepcional para afirmar y afianzar nuestra fuerza étnica y para inspirar á todas las energías raciales, hoy dispersas y estériles para sí y para el bien universal, el anhelo de una inteligencia espiritual beneficiosa para todas y cada día más necesaria por la influencia que podría ejercer en la salvaguardia de la paz del mundo...

Y perspicaz coronación y remate de tan grandioso proyecto y agudeza insigne para hacerle rendir la máxima eficacia para el estudio y compenetración moral de todos aquellos pueblos, sería aprovechar la oportunidad de la Fiesta para convocar á una reunión de representantes diplomáticos de todos aquellos países en el nuestro, para concertar Tratados que asegurasen la propiedad intelectual aquende y allende los mares. Porque no vale engañarse: mientras el iberoamericanismo solamente ha-

lague á contados publicistas de acá y de allá—por otra parte fáciles de contentar á bien poca costa con una pequeña satisfacción de vanidad—, el problema del acercamiento hispanoamericano será un tópico de banquete y Congreso estériles para la mayoría; á muy pocos preocupará. Y es problema para estudiado con el concurso cordial de todos. Y para interesarlos, nada como hacer que empiece á reportarles su legítimo beneficio que hoy se les escamotea. No se dirá que no poseo lenguaje diplomático. Los beneficios materiales de un acuerdo entre pueblos no son de posible logro si la intelectualidad toda de ellos no los estudia, los comprende y se los muestra de modo evidente, en corrientes de cordialidad emanadas de las plumas para que el amor y la simpatía prendan mutuamente en todas las almas. Y los de la aproximación iberoamericana no serán posibles mientras la intelectualidad española y la americana no acorden sus plumas para intentar su logro. Pero para ello necesita el estímulo de saber que van á alcanzarlos á la una y á la otra en lo más vital para sí mismas: en su propiedad, la más legítima por ser la única verdaderamente creada. Primo de Rivera merecería bien de toda nuestra intelectualidad si tal lo-grase...

Bendita iniciativa, pues, la del General Primo de Rivera si la próxima Fiesta de la Raza ha de alcanzar tan altas importancia, solemnidad y trascendencia...

Enrique GONZÁLEZ FIOLO

UNA LÁPIDA PREMIADA



Lápida original del escultor Jesús M. Perdigón, que se colocará en la casa donde falleció el ilustre maestro Bretón, y que ha sido premiada en el Concurso organizado con tal objeto por el Círculo de Bellas Artes. FOT. MARÍN

EL RETORNO DE CAGLIOSTRO

(CUENTO)

Los presagios? ¿El Anankée? ¿El pato que traen determinadas palabras, evocaciones ó gestos? ¿La suerte? Miren ustedes, la verdad, aunque se figuren que yo soy muy moderno y muy desprecupado, he de confesarles que creo en ello.

Y á un gesto escéptico de todos protestó:
—No, no; bromitas no. Hablo en serio. Que seamos escépticos es una cosa, y que creamos que existen multitud de fuerzas desconocidas aún es otra. La telepatía, el hipnotismo, la visión al través de los cuerpos opacos, la adivinación del pensamiento... Poco á poco van descubriéndose las leyes á que todo esto obedece; pero mientras poseamos la clave no cabe negarlo todo, á pretexto de que no lo sabemos. ¿Quién nos dice que no hay una causa oculta determinante de cualquier superstición trivial? Tirar la sal, por ejemplo, trae pato; no sabemos á qué obedece la superstición esa; pero ¿sabemos la presencia de la sal qué efecto puede producir en elementos determinados de la atmósfera? Pato trae nombrar á un determinado reptil; pero ¿no saben ustedes que por ciertos gestos y palabras los encantadores africanos les hacen surgir? Pues desconocemos el efecto que el magnetismo de su nombre puede producir sobre su magnetismo propio. ¿Por qué indignarse contra la credulidad? Quizá el rojo cometa, al anunciar una exacerbación de la ira, anuncie la guerra, y el cometa amarillo, por una perturbación atmosférica, la peste.

Lulú Valdaria protestó:
—¿Si vamos á hilar tan delgado, daremos cabida á la superstición!
Revolvióse Melchor Orellán:
—No, no; ni soy supersticioso, ni, si me apuran mucho, creyente siquiera; pero aunque no mire á Júpiter como un dios, no voy á dejar de creer en su dominio sobre el rayo. Tal vez, salvando tiempos y nomenclaturas, fué un sabio ingeniero eléctrico.

La baronesa viuda de Paralet se encogió de hombros.
—Pues, la verdad, es que no vale la pena negar los milagros para salir creyendo en Júpiter.

Protestó él:
—¿Si yo no niego los milagros! Lo que hago es negar que sean tales milagros. Creo que son fenómenos naturales desenvueltos por una fuerza misteriosa y extraordinaria que llamaremos magia. Pero en la taumaturgia, en lo de Moisés con la zarza ardiente y en lo de Daniel con su «Mane, Thecel, Fares»; en lo de Simón y en lo de Merlin, en lo de Moctezuma y en lo del marqués de Villena, en lo de Gille, de Rais y en lo de Cagliostro.

—¿No ven ustedes lo que pasa en la India con los faquires? Pues las visiones de San Juan en Patmos, el raro Apocalipsis, no es sino magia también.
—Entonces—formuló Chucha Portezuela vagamente atemorizada—, ¿cree usted en los horóscopos y las predicciones?

Hizo Melchor un gesto ambiguo:
—No siempre; pero es indudable que muchas veces...

Súbitamente despertó en todos vivísima curiosidad y estrechóse el cerco en torno á él.

El crepúsculo veraniego, cálido y abochornado, no era propicio, á decir verdad, á tales tertulias; pero el anuncio de que Melchor Orellán, en el *yacht* de miss Morthons, se iba á hacer la crujía del Océano Glacial, habíales congregado allí para la despedida.

El salón era de una elegancia arbitraria y absurda. Damasco azul, un azul casi metálico, que recor-

daba el chinesco imperio de los Ming, servía de fondo á retorcidos hidalgos del Greco y cándidas y exaltadas visiones de Fra Angélico. Muebles de un barroquismo del siglo XVIII francés, tapizados de rojo terciopelo de Utrech, desaparecían bajo almohadones de brocados litúrgicos, encajes de Malinas y Venecia y raras pieles. Y por doquiera, sobre las mesitas de marquetería y de raros taraceados de marfil, búcaros con raras flores, copas de Bohemia, en que relampagueaban con absurdos iris de gemas preciosas los *cock-tails*; vasos de raras orfebrerías, vidrios venecianos y porcelanas del Retiro y *Capo-di-Monti* con exquisitas confituras ó libros de portentosas encuadernaciones, miniadas como hojas de medievales libros de horas que frailes artífices pasaban su vida en pintar.

Hacia calor, un calor excesivo, recargado aún por los perfumes capitosos de misteriosas flores é inciensos religiosos de aroma casi sexual.

Melchor Orellán, alto, enjuto y cetrino, saboreaba la expectación pasándose por el pelo negro y brillante los finos dedos, enjados de zafiros. Era Orellán un apasionado de todo, del placer y el oro, del lujo y el arte, de los estremecimientos y del poder y de la fuerza. Los que le rodeaban ahora, la baronesa viuda de Paralet, Lulú Valdarias, Chucha Portezuela, Gorito Almadén, Pablito Gaitana y Calabués eran cada uno una muestra de las muchas y varias cosas que le apasaban. Según él mismo complaciase en decir, una sola cosa les ligaba...: la comunidad de aburrimiento. Pero, á decir verdad, ligábales una comunidad de vicios. Los venenos sabios les poseían en substitución á los demonios de los poseídos medievales.

Todos, pues, con esa inquietud sobresaltada de los que buscan en el fondo de cajas y frascos perseguidos por la policía, se miraban esperando afanosos las revelaciones. Melchor Orellán comenzó:

—Pues voy á darles á ustedes una prueba contandoles un caso...

Chucha, con gran indignación de los otros, interrumpió:

—Lorrain: no, por Dios; ya no te va.
Con vaga amargura afirmó el que hablaba:
—No me va ya..., es verdad. Pero Lorrain no es lo que creéis. Su banalidad está en los lectores, y no en él. Era hombre que sentía el vértigo de los abismos. He ahí todo.

La baronesa, que, aunque posaba de moral, era práctica y no quería perder el tiempo, apremió:

—Bueno, bueno...; no discutan ustedes. ¡Al grano!

Melchor recomenzó:
—Ahí va la historia. Ustedes juzgarán.

EL TEATRO DE VERSAILLES

—Iban á divertirse la mar. En París, divertirse, lo que se llama divertirse, jamás se había divertido Charito Baldin lo que iba á divertirse aquella noche.

No sé si ustedes se acordarán de ella. Era española, aunque, aprovechando el argentado de su cabellera, hacíase pasar... ¡ella misma no sabía por qué! Bonita, muy bonita, vanidosa, caprichosa y trivial, gustaba de llamar la atención, de hacer entradas sensacionales, de deslumbrar. Sus éxitos teatrales no fueron una gran cosa; pero, en fin... Realmente hubo momentos en que creímos que estaba á punto de triunfar; pero... los dichosos venenos.

Enfrascóse en su narración:
Bueno; pues llegaron los Carnavales. Charito vivía en un hotel absurdo de la rue Fontaine, uno de esos hoteles donde iban á parar artistas rusos, emigrados polacos, húngaros fastasmones. Charito acababa aquella noche de vestirse. Siguiendo las inspiraciones de Pepito Almansa y algunos otros artistas jóvenes y osados, había elegido para traje el de Marie Antoinette, la infortunada Reina de Francia. De los dos retratos que hay en Versailles, había preferido aquel en que la desdichada Soberana viste de rojo terciopelo, y he de confesar que la admirable transparencia de la piel, el altivo empaque de la figura y hasta el pálido cabello, blondo ligeramente, espolvoreado de blanco, hacían muy bien y hasta recordaban si se quería á la hija de Maria Teresa.

Estaba pero que muy bien. El atavío rico y serio, joyas escasas y magníficas... Todos la rodeábamos, deshaciéndonos en elogios, cuando abrióse la puerta é hizo su aparición Gregorito Alsina. «¿A que no

daba el chinesco imperio de los Ming, servía de fondo á retorcidos hidalgos del Greco y cándidas y exaltadas visiones de Fra Angélico. Muebles de un barroquismo del siglo XVIII francés, tapizados de rojo terciopelo de Utrech, desaparecían bajo almohadones de brocados litúrgicos, encajes de Malinas y Venecia y raras pieles. Y por doquiera, sobre las mesitas de marquetería y de raros taraceados de marfil, búcaros con raras flores, copas de Bohemia, en que relampagueaban con absurdos iris de gemas preciosas los *cock-tails*; vasos de raras orfebrerías, vidrios venecianos y porcelanas del Retiro y *Capo-di-Monti* con exquisitas confituras ó libros de portentosas encuadernaciones, miniadas como hojas de medievales libros de horas que frailes artífices pasaban su vida en pintar.

Hacia calor, un calor excesivo, recargado aún por los perfumes capitosos de misteriosas flores é inciensos religiosos de aroma casi sexual.

Melchor Orellán, alto, enjuto y cetrino, saboreaba la expectación pasándose por el pelo negro y brillante los finos dedos, enjados de zafiros. Era Orellán un apasionado de todo, del placer y el oro, del lujo y el arte, de los estremecimientos y del poder y de la fuerza. Los que le rodeaban ahora, la baronesa viuda de Paralet, Lulú Valdarias, Chucha Portezuela, Gorito Almadén, Pablito Gaitana y Calabués eran cada uno una muestra de las muchas y varias cosas que le apasaban. Según él mismo complaciase en decir, una sola cosa les ligaba...: la comunidad de aburrimiento. Pero, á decir verdad, ligábales una comunidad de vicios. Los venenos sabios les poseían en substitución á los demonios de los poseídos medievales.

Todos, pues, con esa inquietud sobresaltada de los que buscan en el fondo de cajas y frascos perseguidos por la policía, se miraban esperando afanosos las revelaciones. Melchor Orellán comenzó:

—Pues voy á darles á ustedes una prueba contandoles un caso...

Chucha, con gran indignación de los otros, interrumpió:

—Lorrain: no, por Dios; ya no te va. Con vaga amargura afirmó el que hablaba: —No me va ya..., es verdad. Pero Lorrain no es lo que creéis. Su banalidad está en los lectores, y no en él. Era hombre que sentía el vértigo de los abismos. He ahí todo.

La baronesa, que, aunque posaba de moral, era práctica y no quería perder el tiempo, apremió: —Bueno, bueno...; no discutan ustedes. ¡Al grano!

Melchor recomenzó: —Ahí va la historia. Ustedes juzgarán.

EL TEATRO DE VERSAILLES

—Iban á divertirse la mar. En París, divertirse, lo que se llama divertirse, jamás se había divertido Charito Baldin lo que iba á divertirse aquella noche.

No sé si ustedes se acordarán de ella. Era española, aunque, aprovechando el argentado de su cabellera, hacíase pasar... ¡ella misma no sabía por qué! Bonita, muy bonita, vanidosa, caprichosa y trivial, gustaba de llamar la atención, de hacer entradas sensacionales, de deslumbrar. Sus éxitos teatrales no fueron una gran cosa; pero, en fin... Realmente hubo momentos en que creímos que estaba á punto de triunfar; pero... los dichosos venenos.

Enfrascóse en su narración: Bueno; pues llegaron los Carnavales. Charito vivía en un hotel absurdo de la rue Fontaine, uno de esos hoteles donde iban á parar artistas rusos, emigrados polacos, húngaros fastasmones. Charito acababa aquella noche de vestirse. Siguiendo las inspiraciones de Pepito Almansa y algunos otros artistas jóvenes y osados, había elegido para traje el de Marie Antoinette, la infortunada Reina de Francia. De los dos retratos que hay en Versailles, había preferido aquel en que la desdichada Soberana viste de rojo terciopelo, y he de confesar que la admirable transparencia de la piel, el altivo empaque de la figura y hasta el pálido cabello, blondo ligeramente, espolvoreado de blanco, hacían muy bien y hasta recordaban si se quería á la hija de Maria Teresa.

Estaba pero que muy bien. El atavío rico y serio, joyas escasas y magníficas... Todos la rodeábamos, deshaciéndonos en elogios, cuando abrióse la puerta é hizo su aparición Gregorito Alsina. «¿A que no

daba el chinesco imperio de los Ming, servía de fondo á retorcidos hidalgos del Greco y cándidas y exaltadas visiones de Fra Angélico. Muebles de un barroquismo del siglo XVIII francés, tapizados de rojo terciopelo de Utrech, desaparecían bajo almohadones de brocados litúrgicos, encajes de Malinas y Venecia y raras pieles. Y por doquiera, sobre las mesitas de marquetería y de raros taraceados de marfil, búcaros con raras flores, copas de Bohemia, en que relampagueaban con absurdos iris de gemas preciosas los *cock-tails*; vasos de raras orfebrerías, vidrios venecianos y porcelanas del Retiro y *Capo-di-Monti* con exquisitas confituras ó libros de portentosas encuadernaciones, miniadas como hojas de medievales libros de horas que frailes artífices pasaban su vida en pintar.

Hacia calor, un calor excesivo, recargado aún por los perfumes capitosos de misteriosas flores é inciensos religiosos de aroma casi sexual.

Melchor Orellán, alto, enjuto y cetrino, saboreaba la expectación pasándose por el pelo negro y brillante los finos dedos, enjados de zafiros. Era Orellán un apasionado de todo, del placer y el oro, del lujo y el arte, de los estremecimientos y del poder y de la fuerza. Los que le rodeaban ahora, la baronesa viuda de Paralet, Lulú Valdarias, Chucha Portezuela, Gorito Almadén, Pablito Gaitana y Calabués eran cada uno una muestra de las muchas y varias cosas que le apasaban. Según él mismo complaciase en decir, una sola cosa les ligaba...: la comunidad de aburrimiento. Pero, á decir verdad, ligábales una comunidad de vicios. Los venenos sabios les poseían en substitución á los demonios de los poseídos medievales.

Todos, pues, con esa inquietud sobresaltada de los que buscan en el fondo de cajas y frascos perseguidos por la policía, se miraban esperando afanosos las revelaciones. Melchor Orellán comenzó:

—Pues voy á darles á ustedes una prueba contandoles un caso...

Chucha, con gran indignación de los otros, interrumpió:

—Lorrain: no, por Dios; ya no te va. Con vaga amargura afirmó el que hablaba: —No me va ya..., es verdad. Pero Lorrain no es lo que creéis. Su banalidad está en los lectores, y no en él. Era hombre que sentía el vértigo de los abismos. He ahí todo.

La baronesa, que, aunque posaba de moral, era práctica y no quería perder el tiempo, apremió: —Bueno, bueno...; no discutan ustedes. ¡Al grano!

Melchor recomenzó: —Ahí va la historia. Ustedes juzgarán.

EL TEATRO DE VERSAILLES

—Iban á divertirse la mar. En París, divertirse, lo que se llama divertirse, jamás se había divertido Charito Baldin lo que iba á divertirse aquella noche.

No sé si ustedes se acordarán de ella. Era española, aunque, aprovechando el argentado de su cabellera, hacíase pasar... ¡ella misma no sabía por qué! Bonita, muy bonita, vanidosa, caprichosa y trivial, gustaba de llamar la atención, de hacer entradas sensacionales, de deslumbrar. Sus éxitos teatrales no fueron una gran cosa; pero, en fin... Realmente hubo momentos en que creímos que estaba á punto de triunfar; pero... los dichosos venenos.

Enfrascóse en su narración: Bueno; pues llegaron los Carnavales. Charito vivía en un hotel absurdo de la rue Fontaine, uno de esos hoteles donde iban á parar artistas rusos, emigrados polacos, húngaros fastasmones. Charito acababa aquella noche de vestirse. Siguiendo las inspiraciones de Pepito Almansa y algunos otros artistas jóvenes y osados, había elegido para traje el de Marie Antoinette, la infortunada Reina de Francia. De los dos retratos que hay en Versailles, había preferido aquel en que la desdichada Soberana viste de rojo terciopelo, y he de confesar que la admirable transparencia de la piel, el altivo empaque de la figura y hasta el pálido cabello, blondo ligeramente, espolvoreado de blanco, hacían muy bien y hasta recordaban si se quería á la hija de Maria Teresa.

Estaba pero que muy bien. El atavío rico y serio, joyas escasas y magníficas... Todos la rodeábamos, deshaciéndonos en elogios, cuando abrióse la puerta é hizo su aparición Gregorito Alsina. «¿A que no

daba el chinesco imperio de los Ming, servía de fondo á retorcidos hidalgos del Greco y cándidas y exaltadas visiones de Fra Angélico. Muebles de un barroquismo del siglo XVIII francés, tapizados de rojo terciopelo de Utrech, desaparecían bajo almohadones de brocados litúrgicos, encajes de Malinas y Venecia y raras pieles. Y por doquiera, sobre las mesitas de marquetería y de raros taraceados de marfil, búcaros con raras flores, copas de Bohemia, en que relampagueaban con absurdos iris de gemas preciosas los *cock-tails*; vasos de raras orfebrerías, vidrios venecianos y porcelanas del Retiro y *Capo-di-Monti* con exquisitas confituras ó libros de portentosas encuadernaciones, miniadas como hojas de medievales libros de horas que frailes artífices pasaban su vida en pintar.

Hacia calor, un calor excesivo, recargado aún por los perfumes capitosos de misteriosas flores é inciensos religiosos de aroma casi sexual.

Melchor Orellán, alto, enjuto y cetrino, saboreaba la expectación pasándose por el pelo negro y brillante los finos dedos, enjados de zafiros. Era Orellán un apasionado de todo, del placer y el oro, del lujo y el arte, de los estremecimientos y del poder y de la fuerza. Los que le rodeaban ahora, la baronesa viuda de Paralet, Lulú Valdarias, Chucha Portezuela, Gorito Almadén, Pablito Gaitana y Calabués eran cada uno una muestra de las muchas y varias cosas que le apasaban. Según él mismo complaciase en decir, una sola cosa les ligaba...: la comunidad de aburrimiento. Pero, á decir verdad, ligábales una comunidad de vicios. Los venenos sabios les poseían en substitución á los demonios de los poseídos medievales.

Todos, pues, con esa inquietud sobresaltada de los que buscan en el fondo de cajas y frascos perseguidos por la policía, se miraban esperando afanosos las revelaciones. Melchor Orellán comenzó:

—Pues voy á darles á ustedes una prueba contandoles un caso...

Chucha, con gran indignación de los otros, interrumpió:

—Lorrain: no, por Dios; ya no te va. Con vaga amargura afirmó el que hablaba: —No me va ya..., es verdad. Pero Lorrain no es lo que creéis. Su banalidad está en los lectores, y no en él. Era hombre que sentía el vértigo de los abismos. He ahí todo.

La baronesa, que, aunque posaba de moral, era práctica y no quería perder el tiempo, apremió: —Bueno, bueno...; no discutan ustedes. ¡Al grano!

Melchor recomenzó: —Ahí va la historia. Ustedes juzgarán.

EL TEATRO DE VERSAILLES

—Iban á divertirse la mar. En París, divertirse, lo que se llama divertirse, jamás se había divertido Charito Baldin lo que iba á divertirse aquella noche.

No sé si ustedes se acordarán de ella. Era española, aunque, aprovechando el argentado de su cabellera, hacíase pasar... ¡ella misma no sabía por qué! Bonita, muy bonita, vanidosa, caprichosa y trivial, gustaba de llamar la atención, de hacer entradas sensacionales, de deslumbrar. Sus éxitos teatrales no fueron una gran cosa; pero, en fin... Realmente hubo momentos en que creímos que estaba á punto de triunfar; pero... los dichosos venenos.

Enfrascóse en su narración: Bueno; pues llegaron los Carnavales. Charito vivía en un hotel absurdo de la rue Fontaine, uno de esos hoteles donde iban á parar artistas rusos, emigrados polacos, húngaros fastasmones. Charito acababa aquella noche de vestirse. Siguiendo las inspiraciones de Pepito Almansa y algunos otros artistas jóvenes y osados, había elegido para traje el de Marie Antoinette, la infortunada Reina de Francia. De los dos retratos que hay en Versailles, había preferido aquel en que la desdichada Soberana viste de rojo terciopelo, y he de confesar que la admirable transparencia de la piel, el altivo empaque de la figura y hasta el pálido cabello, blondo ligeramente, espolvoreado de blanco, hacían muy bien y hasta recordaban si se quería á la hija de Maria Teresa.

Estaba pero que muy bien. El atavío rico y serio, joyas escasas y magníficas... Todos la rodeábamos, deshaciéndonos en elogios, cuando abrióse la puerta é hizo su aparición Gregorito Alsina. «¿A que no

daba el chinesco imperio de los Ming, servía de fondo á retorcidos hidalgos del Greco y cándidas y exaltadas visiones de Fra Angélico. Muebles de un barroquismo del siglo XVIII francés, tapizados de rojo terciopelo de Utrech, desaparecían bajo almohadones de brocados litúrgicos, encajes de Malinas y Venecia y raras pieles. Y por doquiera, sobre las mesitas de marquetería y de raros taraceados de marfil, búcaros con raras flores, copas de Bohemia, en que relampagueaban con absurdos iris de gemas preciosas los *cock-tails*; vasos de raras orfebrerías, vidrios venecianos y porcelanas del Retiro y *Capo-di-Monti* con exquisitas confituras ó libros de portentosas encuadernaciones, miniadas como hojas de medievales libros de horas que frailes artífices pasaban su vida en pintar.

Hacia calor, un calor excesivo, recargado aún por los perfumes capitosos de misteriosas flores é inciensos religiosos de aroma casi sexual.

Melchor Orellán, alto, enjuto y cetrino, saboreaba la expectación pasándose por el pelo negro y brillante los finos dedos, enjados de zafiros. Era Orellán un apasionado de todo, del placer y el oro, del lujo y el arte, de los estremecimientos y del poder y de la fuerza. Los que le rodeaban ahora, la baronesa viuda de Paralet, Lulú Valdarias, Chucha Portezuela, Gorito Almadén, Pablito Gaitana y Calabués eran cada uno una muestra de las muchas y varias cosas que le apasaban. Según él mismo complaciase en decir, una sola cosa les ligaba...: la comunidad de aburrimiento. Pero, á decir verdad, ligábales una comunidad de vicios. Los venenos sabios les poseían en substitución á los demonios de los poseídos medievales.

Todos, pues, con esa inquietud sobresaltada de los que buscan en el fondo de cajas y frascos perseguidos por la policía, se miraban esperando afanosos las revelaciones. Melchor Orellán comenzó:

—Pues voy á darles á ustedes una prueba contandoles un caso...

Chucha, con gran indignación de los otros, interrumpió:

—Lorrain: no, por Dios; ya no te va. Con vaga amargura afirmó el que hablaba: —No me va ya..., es verdad. Pero Lorrain no es lo que creéis. Su banalidad está en los lectores, y no en él. Era hombre que sentía el vértigo de los abismos. He ahí todo.

La baronesa, que, aunque posaba de moral, era práctica y no quería perder el tiempo, apremió: —Bueno, bueno...; no discutan ustedes. ¡Al grano!

Melchor recomenzó: —Ahí va la historia. Ustedes juzgarán.

EL TEATRO DE VERSAILLES

—Iban á divertirse la mar. En París, divertirse, lo que se llama divertirse, jamás se había divertido Charito Baldin lo que iba á divertirse aquella noche.

No sé si ustedes se acordarán de ella. Era española, aunque, aprovechando el argentado de su cabellera, hacíase pasar... ¡ella misma no sabía por qué! Bonita, muy bonita, vanidosa, caprichosa y trivial, gustaba de llamar la atención, de hacer entradas sensacionales, de deslumbrar. Sus éxitos teatrales no fueron una gran cosa; pero, en fin... Realmente hubo momentos en que creímos que estaba á punto de triunfar; pero... los dichosos venenos.

Enfrascóse en su narración: Bueno; pues llegaron los Carnavales. Charito vivía en un hotel absurdo de la rue Fontaine, uno de esos hoteles donde iban á parar artistas rusos, emigrados polacos, húngaros fastasmones. Charito acababa aquella noche de vestirse. Siguiendo las inspiraciones de Pepito Almansa y algunos otros artistas jóvenes y osados, había elegido para traje el de Marie Antoinette, la infortunada Reina de Francia. De los dos retratos que hay en Versailles, había preferido aquel en que la desdichada Soberana viste de rojo terciopelo, y he de confesar que la admirable transparencia de la piel, el altivo empaque de la figura y hasta el pálido cabello, blondo ligeramente, espolvoreado de blanco, hacían muy bien y hasta recordaban si se quería á la hija de Maria Teresa.

Estaba pero que muy bien. El atavío rico y serio, joyas escasas y magníficas... Todos la rodeábamos, deshaciéndonos en elogios, cuando abrióse la puerta é hizo su aparición Gregorito Alsina. «¿A que no

daba el chinesco imperio de los Ming, servía de fondo á retorcidos hidalgos del Greco y cándidas y exaltadas visiones de Fra Angélico. Muebles de un barroquismo del siglo XVIII francés, tapizados de rojo terciopelo de Utrech, desaparecían bajo almohadones de brocados litúrgicos, encajes de Malinas y Venecia y raras pieles. Y por doquiera, sobre las mesitas de marquetería y de raros taraceados de marfil, búcaros con raras flores, copas de Bohemia, en que relampagueaban con absurdos iris de gemas preciosas los *cock-tails*; vasos de raras orfebrerías, vidrios venecianos y porcelanas del Retiro y *Capo-di-Monti* con exquisitas confituras ó libros de portentosas encuadernaciones, miniadas como hojas de medievales libros de horas que frailes artífices pasaban su vida en pintar.

Hacia calor, un calor excesivo, recargado aún por los perfumes capitosos de misteriosas flores é inciensos religiosos de aroma casi sexual.

Melchor Orellán, alto, enjuto y cetrino, saboreaba la expectación pasándose por el pelo negro y brillante los finos dedos, enjados de zafiros. Era Orellán un apasionado de todo, del placer y el oro, del lujo y el arte, de los estremecimientos y del poder y de la fuerza. Los que le rodeaban ahora, la baronesa viuda de Paralet, Lulú Valdarias, Chucha Portezuela, Gorito Almadén, Pablito Gaitana y Calabués eran cada uno una muestra de las muchas y varias cosas que le apasaban. Según él mismo complaciase en decir, una sola cosa les ligaba...: la comunidad de aburrimiento. Pero, á decir verdad, ligábales una comunidad de vicios. Los venenos sabios les poseían en substitución á los demonios de los poseídos medievales.

Todos, pues, con esa inquietud sobresaltada de los que buscan en el fondo de cajas y frascos perseguidos por la policía, se miraban esperando afanosos las revelaciones. Melchor Orellán comenzó:

—Pues voy á darles á ustedes una prueba contandoles un caso...

Chucha, con gran indignación de los otros, interrumpió:

—Lorrain: no, por Dios; ya no te va. Con vaga amargura afirmó el que hablaba: —No me va ya..., es verdad. Pero Lorrain no es lo que creéis. Su banalidad está en los lectores, y no en él. Era hombre que sentía el vértigo de los abismos. He ahí todo.

La baronesa, que, aunque posaba de moral, era práctica y no quería perder el tiempo, apremió: —Bueno, bueno...; no discutan ustedes. ¡Al grano!

Melchor recomenzó: —Ahí va la historia. Ustedes juzgarán.

EL TEATRO DE VERSAILLES

—Iban á divertirse la mar. En París, divertirse, lo que se llama divertirse, jamás se había divertido Charito Baldin lo que iba á divertirse aquella noche.

No sé si ustedes se acordarán de ella. Era española, aunque, aprovechando el argentado de su cabellera, hacíase pasar... ¡ella misma no sabía por qué! Bonita, muy bonita, vanidosa, caprichosa y trivial, gustaba de llamar la atención, de hacer entradas sensacionales, de deslumbrar. Sus éxitos teatrales no fueron una gran cosa; pero, en fin... Realmente hubo momentos en que creímos que estaba á punto de triunfar; pero... los dichosos venenos.

Enfrascóse en su narración: Bueno; pues llegaron los Carnavales. Charito vivía en un hotel absurdo de la rue Fontaine, uno de esos hoteles donde iban á parar artistas rusos, emigrados polacos, húngaros fastasmones. Charito acababa aquella noche de vestirse. Siguiendo las inspiraciones de Pepito Almansa y algunos otros artistas jóvenes y osados, había elegido para traje el de Marie Antoinette, la infortunada Reina de Francia. De los dos retratos que hay en Versailles, había preferido aquel en que la desdichada Soberana viste de rojo terciopelo, y he de confesar que la admirable transparencia de la piel, el altivo empaque de la figura y hasta el pálido cabello, blondo ligeramente, espolvoreado de blanco, hacían muy bien y hasta recordaban si se quería á la hija de Maria Teresa.

Estaba pero que muy bien. El atavío rico y serio, joyas escasas y magníficas... Todos la rodeábamos, deshaciéndonos en elogios, cuando abrióse la puerta é hizo su aparición Gregorito Alsina. «¿A que no

daba el chinesco imperio de los Ming, servía de fondo á retorcidos hidalgos del Greco y cándidas y exaltadas visiones de Fra Angélico. Muebles de un barroquismo del siglo XVIII francés, tapizados de rojo terciopelo de Utrech, desaparecían bajo almohadones de brocados litúrgicos, encajes de Malinas y Venecia y raras pieles. Y por doquiera, sobre las mesitas de marquetería y de raros taraceados de marfil, búcaros con raras flores, copas de Bohemia, en que relampagueaban con absurdos iris de gemas preciosas los *cock-tails*; vasos de raras orfebrerías, vidrios venecianos y porcelanas del Retiro y *Capo-di-Monti* con exquisitas confituras ó libros de portentosas encuadernaciones, miniadas como hojas de medievales libros de horas que frailes artífices pasaban su vida en pintar.

Hacia calor, un calor excesivo, recargado aún por los perfumes capitosos de misteriosas flores é inciensos religiosos de aroma casi sexual.

Melchor Orellán, alto, enjuto y cetrino, saboreaba la expectación pasándose por el pelo negro y brillante los finos dedos, enjados de zafiros. Era Orellán un apasionado de todo, del placer y el oro, del lujo y el arte, de los estremecimientos y del poder y de la fuerza. Los que le rodeaban ahora, la baronesa viuda de Paralet, Lulú Valdarias, Chucha Portezuela, Gorito Almadén, Pablito Gaitana y Calabués eran cada uno una muestra de las muchas y varias cosas que le apasaban. Según él mismo complaciase en decir, una sola cosa les ligaba...: la comunidad de aburrimiento. Pero, á decir verdad, ligábales una comunidad de vicios. Los venenos sabios les poseían en substitución á los demonios de los poseídos medievales.

Todos, pues, con esa inquietud sobresaltada de los que buscan en el fondo de cajas y frascos perseguidos por la policía, se miraban esperando afanosos las revelaciones. Melchor Orellán comenzó:

—Pues voy á darles á ustedes una prueba contandoles un caso...

Chucha, con gran indignación de los otros, interrumpió:

—Lorrain: no, por Dios; ya no te va. Con vaga amargura afirmó el que hablaba: —No me va ya..., es verdad. Pero Lorrain no es lo que creéis. Su banalidad está en los lectores, y no en él. Era hombre que sentía el vértigo de los abismos. He ahí todo.

La baronesa, que, aunque posaba de moral, era práctica y no quería perder el tiempo, apremió: —Bueno, bueno...; no discutan ustedes. ¡Al grano!

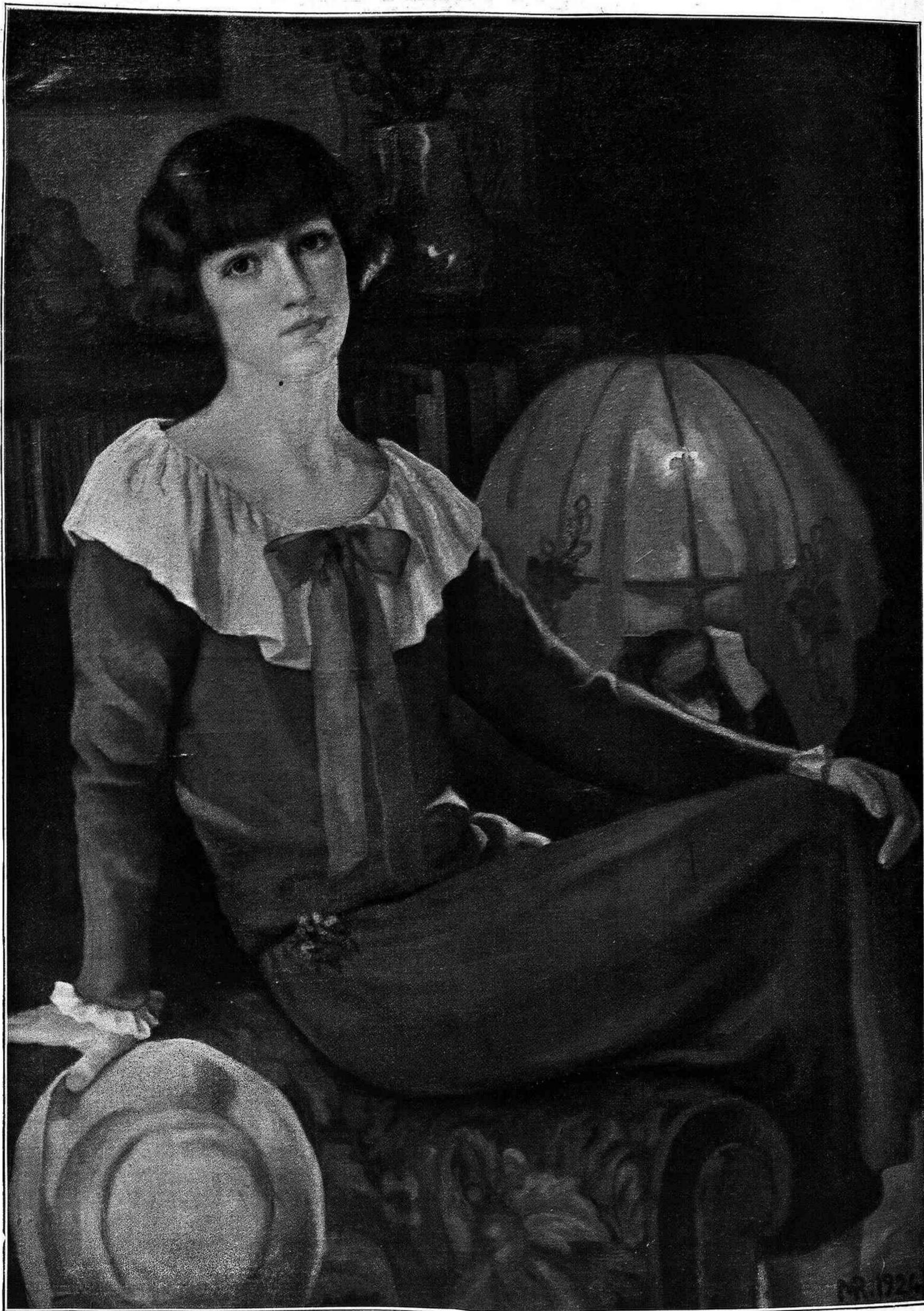
Melchor recomenzó: —Ahí va la historia. Ustedes juzgarán.

EL TEATRO DE VERSAILLES

—Iban á divertirse la mar. En París, divertirse, lo que se llama divertirse, jamás se había divertido Charito Baldin lo que iba á divertirse aquella noche.

No sé si ustedes se acordarán de ella. Era española, aunque, aprovechando el argentado de su cabellera, hacíase pasar... ¡ella misma no sabía por qué! Bonita, muy bonita, vanidosa, caprichosa y trivial, gustaba de llamar la atención, de hacer entradas sensacionales, de deslumbrar. Sus éxitos teatrales no fueron una gran cosa; pero, en fin... Real

ARTE CONTEMPORÁNEO



AUTORRETRATO, cuadro de Marisa Roëssel, que figuró en la Exposición Nacional de Bellas Artes

LAS FIERAS DOMESTICADAS

ERA clásica la estampa aristocrática, el cuadro en que tantos pintores de elegancia fijaban la figura femenina con una mano negligentemente apoyada sobre el lomo de un fino mastín ó acariciando la melena leonada de un corpulento terranova.

También era característica la escena familiar en que el gozqueuelo retozaba sobre el diván bajo la mirada de la vieja dueña apasionada por el can, ó el lulú pomerania, como un manguito de pieles con rabo y pezuñas, se lucía sobre el regazo de una elegante y ocupaba el lugar preeminente en el coche al igual que sus semejantes el griffón de enmarañada pelambre ó el grotesco pequinés chato y lacrimoso...

Pero ya esta moda de la delicada afición femeni-



na á los perros va evolucionando... El último grito, el más audaz, viene, como siempre, lanzado de Norteamérica, donde las elegantes portan pequeños cachorros de leones y de tigres con la misma naturalidad que un fox-terrier.

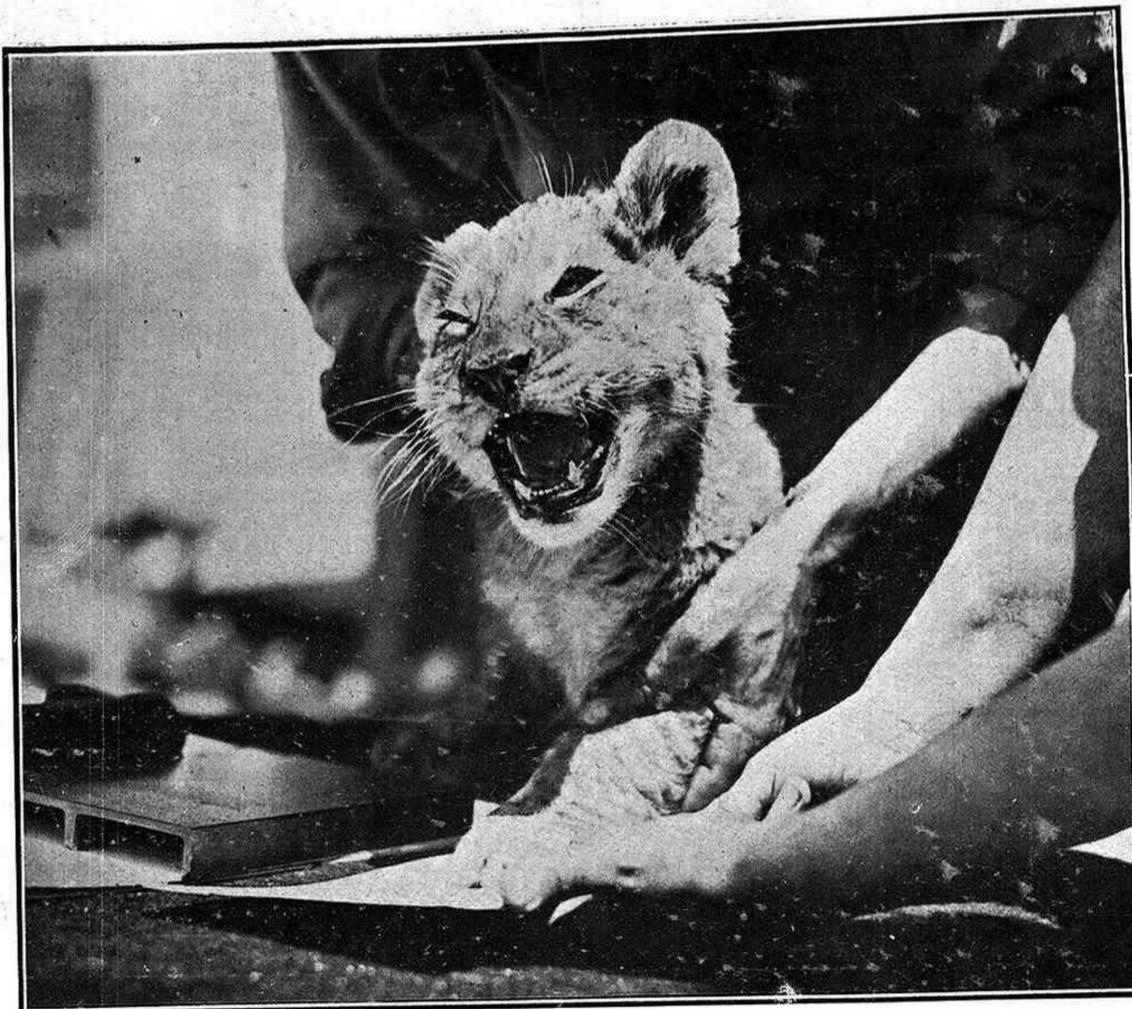
Es, sin duda, la influencia del deporte, que así como cada día fortalece y masculiniza la figura de la mujer, vigoriza también su espíritu.

Para una motociclista, aviadora ó gimnasta de nuestros días, no corresponde el lulú pacífico, que estaba bien para la damita romántica y dengosa que se desmayaba a la menor emoción.

Pero con una *sportwomen* de hoy lo menos que reina es un cachorro de león ó de tigre.

Eva extiende su dominio, y no bastándole su imperio sobre este pelele que se llama vanidosamente rey de la creación, lo extiende también sobre los reyes de la selva...

A esta indudable influencia del deporte sobre aquella vieja afición femenina, hay que añadir otra poderosa influencia que en este campo, como en todas las actividades, ha impuesto firmemente su tiranía. Esta influencia es la del *cine*, que á cada

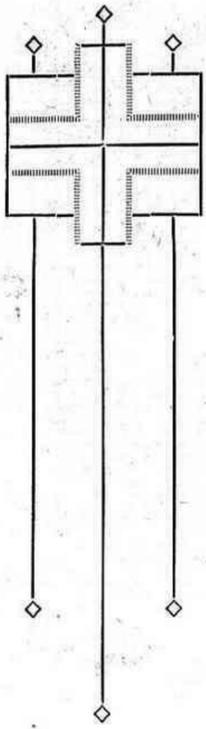


nuevo día cuenta con más entusiastas partidarios y alcanza más amplio campo de acción. Los héroes del *film*, con sus audacias y sus excentricidades, influyeron también en las aficiones femeninas, y rara es la mujer que no soñó un poco con ser protagonista de *cine*.

El teatro mudo de Norteamérica, tan distinto al teatro mudo de Italia, trajo esa extraordinaria afición por lo extravagante y lo audaz. El *film* italiano había sido demasiado estético. Era el tacto del gesto lento y las actitudes pausadas. Era el teatro de la comedia sentimental. Por el contrario, el *film* norteamericano era el del vértigo, el de las actitudes violentas y los gestos rápidos. Era el teatro del folletín...

Este imperio de las cintas de Norteamérica trajo el olvido de aquella vieja predilección femenina. En realidad, un perro ó un gato eran poco *filmables*. Las heroínas de la pantalla gustaban de sujetar bajo sus manos el ímpetu de un fuerte caballo de la Pampa ó de realizar audacias junto á tigres ó leones ó elefantes. Del *cine* saltó á la vida esta predilección, y ya no es extraño—como lo prueban nuestras fotografías—ver sonreír á algunas de las encantadoras *girls* del país del dólar junto al cachorro de un felino.

FOTS. DÍAZ



El Valle del Roncal, en una de cuyas humildes casas nació el incomparable artista Julián Gayarre

La «Tertulia Navarra», uno de esos grupos de fervorosos admiradores que tienen el privilegio de conservar los grandes artistas, aun después de transcurridos muchos años de su muerte, sin duda de los que recordando la incomparable delicia que les produjo escuchar la voz angélica de que por Supremo designio estaba dotado Gayarre, aquel fenómeno de la lírica que asombró al mundo de su época, tuvo la feliz iniciativa, á que los devotos de las glorias patrias se adhirieron con entusiasmo, de proponer que fuese colocada una lápida conmemorativa en la casa en que vivió en Madrid el tenor célebre cuando ya consagrado por los grandes públicos de Europa venía á cantar á nuestro Regio Coliseo, y en la que el aciago destino dispuso que exhalase el último suspiro pocos días después de haber asombrado al público selecto del Real con las dotes excepcionales de su voz, en la ópera *El pescador de perlas*, en cuya famosa romanza, que el extraordinario artista cantaba de un modo inimitable, presa aquella noche fatal de la dolencia que lo llevó al sepulcro, por primera vez en su vida rozó una nota, lo que produjo en

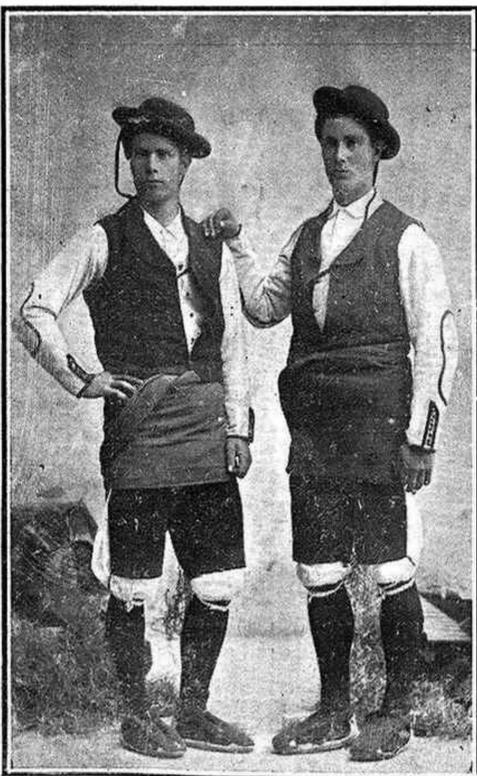


JULIÁN GAYARRE
en la época de sus grandes triunfos

su ánimo susceptible y vehemente una impresión tan intensa y honda que agudizando el estado febril en que se encontraba, contribuyó, sin duda, á agravar la enfermedad que en poco tiempo le arrebató la vida.

Pero según se cuenta, el propietario actual de la finca de la Plaza de Oriente, no participando de esa devoción á las glorias nacionales, refractario, sin duda, su espíritu y su sentimiento á ideas y emociones artísticas, negóse á consentir que fuese colocada la lápida en el muro de su inmueble, sin comprender que el hecho que con la colocación de la lápida se perpetuaba prestábale un valor y un noble prestigio superiores á los que ha podido prestarle la reforma del edificio y el sobreprecio que la escasez de viviendas indujo á imponer á los caseros codiciosos.

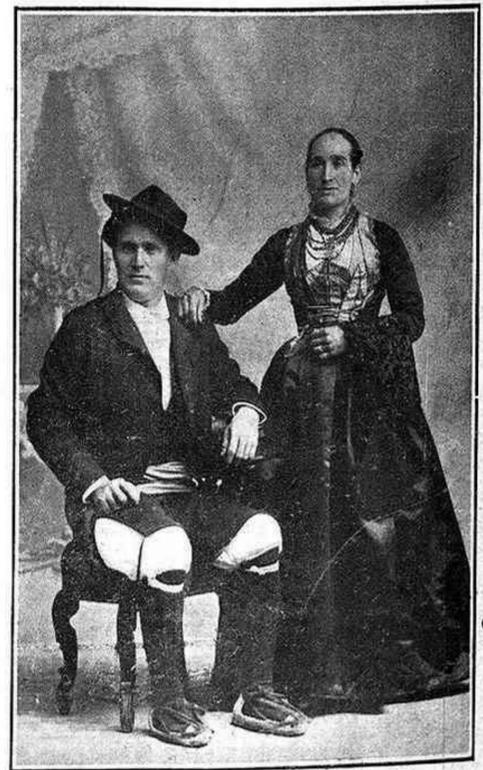
Sin perjuicio de que esta injustificada negativa, que ninguna razón sensata puede abonar, y que sólo se funda en un capricho nada plausible, sea objeto de la protesta de cuantas entidades culturales existen en la Corte, del vecindario madrileño que tanto admiró y tanto quiso al gran artista y que con tanto fervor siente el culto á las verda-



Dos mozos roncaleses con el típico traje de fiesta, que aún se usa en el Valle



La casa del Roncal en que nació Gayarre y en la que recientemente ha sido colocada la lápida generosamente hecha por el escultor roncalés D. Fructuoso Arduna, por iniciativa de la «Tertulia Navarra de Madrid».



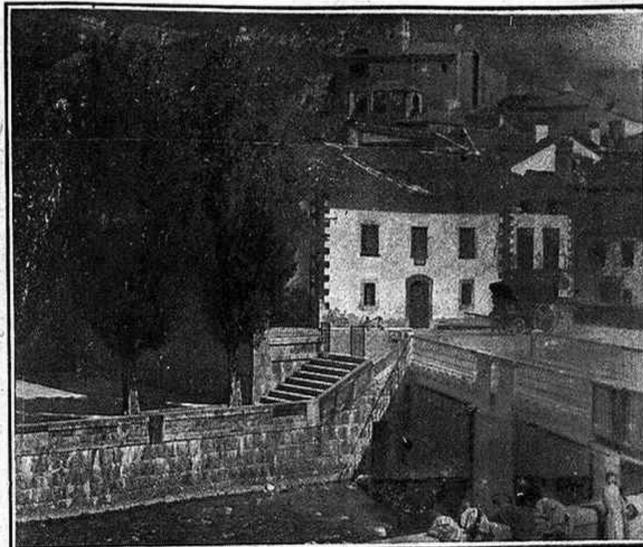
Un matrimonio roncalés el día de Nuestra Señora de los Angeles, Patrona del pueblo



Escuelas construidas por Julián Gayarre y donadas por él al Roncal



Una joven roncalesa



Frontón para el juego de pelota construido por Julián Gayarre para sus paisanos

deras glorias de la patria, y muy especialmente de cuantos gozan el privilegio de saber honrar á los que la enaltecen, los iniciadores de aquella felicísima idea decidieron que la lápida fuese colocada en la humilde casa en que nació el extraordinario cantante, allá en el pueblecito navarro del Roncal, que más que por su belleza se hizo famoso en todo el mundo por haber sido cuna del más eminente de los tenores conocidos, del único de quien se puede con justicia decir que fué el único por la belleza de su voz incomparable, por lo asombroso de sus facultades especialísimas.

Y cumpliendo el loable propósito, hace pocas semanas ese grupo de admiradores y devotos de Gayarre, presididos por el sobrino del artista, D. Valentín, que siente el noble orgullo de llevar aquel apellido que el gran tenor hizo célebre en todo el mundo, trasladóse al Roncal, y en silencio, sin ceremonias oficiales, asistido tan sólo por el humilde vecindario, por algunos pamploneses que quisieron unirse al homenaje y por algunos periodistas que merecieron el honor de presenciar el sencillo acto, fué colocada la lápida—obra del escultor roncalés Orduna, á quien por haber contribuído generosamente á la gloria de su paisano deseo que con su arte llegue á escalar las cumbres á que tan pocos llegan con los méritos con que llegó Gayarre—en la casita en que abrió los ojos á la luz aquel navarro insigne, que al pasear por el mundo la fama de su nombre, causando en todos los que tuvieron la fortuna de escucharle el estremecimiento de una emoción que sólo llegan á producir los privilegiados, atrajo hacia la patria la simpatía universal é hizo para ella labor más provechosa de enaltecimiento que ninguna otra representación del poder público.

Ahí están como recuerdo de este acto, que por lo que tiene de sentido homenaje á la memoria del

artista sin par queremos recoger extensamente, unas cuantas fotografías con él relacionadas y más íntimamente aún con la figura del roncalés ilustre, cuya fama y cuyo recuerdo dan un extraordinario interés á cuanto concierne á la pintoresca aldea que fué su cuna.

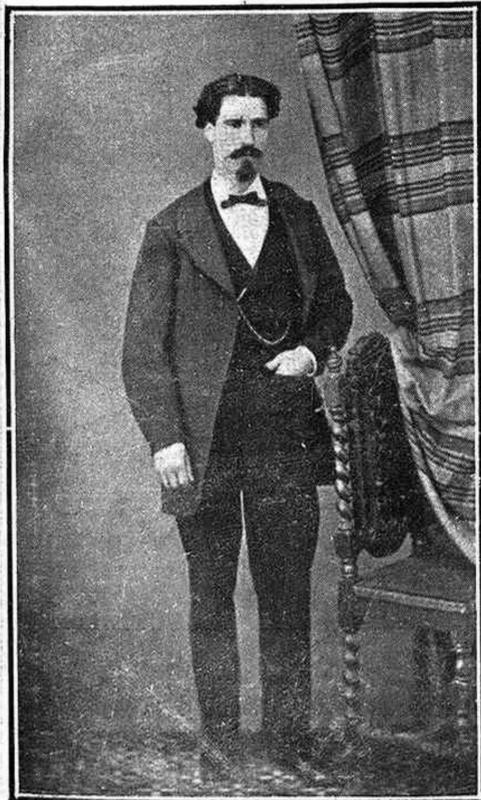
Con la vista panorámica del Valle del Roncal, y de algunos tipos del pueblo, en el traje que vestía aquel vecindario en la época en que Gayarre aún no había conquistado la fama que después le hizo célebre, y que sigue constituyendo la indumentaria típica del país, aun cuando para las faenas cotidianas del campo no se emplee hoy en toda su pureza; con algunos retratos tan curiosos como el del artista poco antes de emprender su viaje á Milán, del que regresó á España consagrado como tenor incomparable, y como el grupo en que se encuentra con su padre, satisfecho y orgulloso, dentro de su modestia, por el renombre de su hijo, gloria del pueblecillo humilde y de la nación á que pertenece, ofrécese en estas páginas otras que demuestran el amor que el artista tuvo al rincón sagrado que fué su cuna, al Valle silencioso, donde sus pa-

dres, humildes hacendados, diéronle vida para que con los encantos de su voz incomparable, con los arrullos de su garganta excepcional, al conmovier al mundo hiciera gloriosa la tierra humilde en que viese la luz.

Gayarre, enriquecido, en el apogeo de su fama, no olvidó nunca su Roncal, y no sólo iba frecuentemente en busca de un dulce reposo, al regreso de cada una de sus triunfales excursiones por el Extranjero, para gozar de la paz dichosa de la aldea, del cariño de los suyos, que nunca quisieron trocar su vida modesta é ignorada por la que pudieran ofrecerle los esplendores ciudadanos, para dedicarle á la Virgen de los Angeles una Salve llena de emoción fervorosa, de gratitud sincera, y á la madre, muerta sin paladear las dulces sensaciones de su gloria de artista, una oración que evocaba sus ternuras filiales, sino que ansiosa su alma de proporcionar á su tierra los bienes que su fortuna le permitía, quiso dotarla de instituciones útiles, de mejoras que hubieran engrandecido considerablemente el pintoresco pueblecito, si la muerte traidora, inesperada, segando en flor aquella vida, no hubiera impedido al gran artista ver realizada la mayor parte de su obra en proyecto.

Así y todo, son muchos los beneficios que los roncaleses de hoy deben á su paisano ilustre, vivo en su memoria con el prestigio de un ser excepcional, que por la fama que alcanzó en el mundo y por los dones que prodigara á su aldea tiene en la honrada sencillez de su pensamiento el halo luminoso que deslumbra y que inspira esa veneración que de los seres que fueron muy queridos, el transcurso del tiempo y la memoria de sus bondades, formando la leyenda, acaba por trocar muchas veces en ídolos ó en santos.

E. CONTRERAS Y CAMARGO

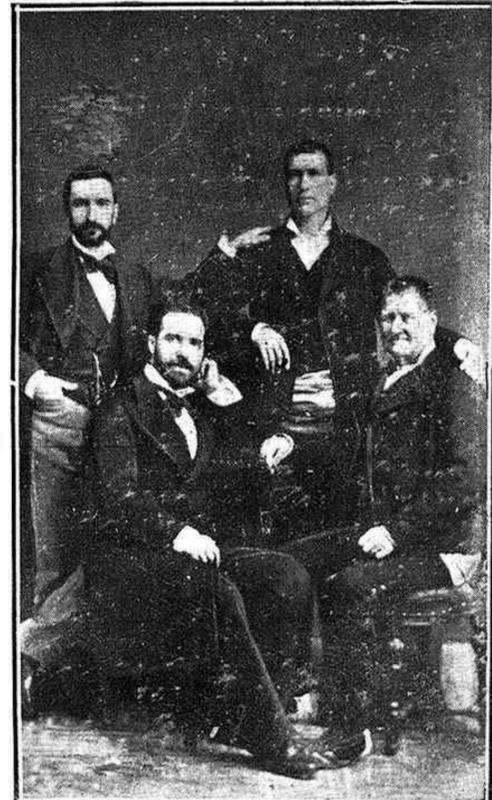


Julián Gayarre cuando fué á Milán pensionado por la Diputación de Navarra



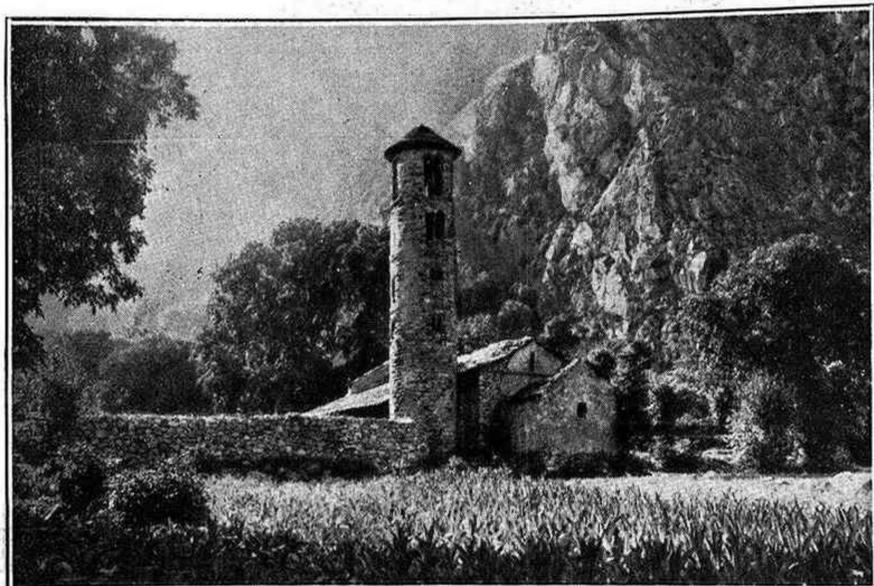
El Mausoleo que guarda los restos de Gayarre en el Roncal, hermosa obra escultórica del insigne artista D. Mariano Benlliure

FOTS. HIJAS DE PLEGO



Curioso grupo de Julián Gayarre con su padre (sentados) y dos amigos roncaleses, á su regreso de Italia

LOS VALLES DE ANDORRA



Campanario de la iglesia



El Castillo

DESCENDIENDO por las vertientes meridionales de la gran cordillera pirenaica, desde las altas cimas á la llanura de la Seo de Urgel, clavados como una cuña, forman los Valles de Andorra, metidos en un intrincado laberinto de montañas, un pequeño Estado independiente, curioso por sus leyes y costumbres arcaicas y por la variedad de sus pintorescos paisajes.

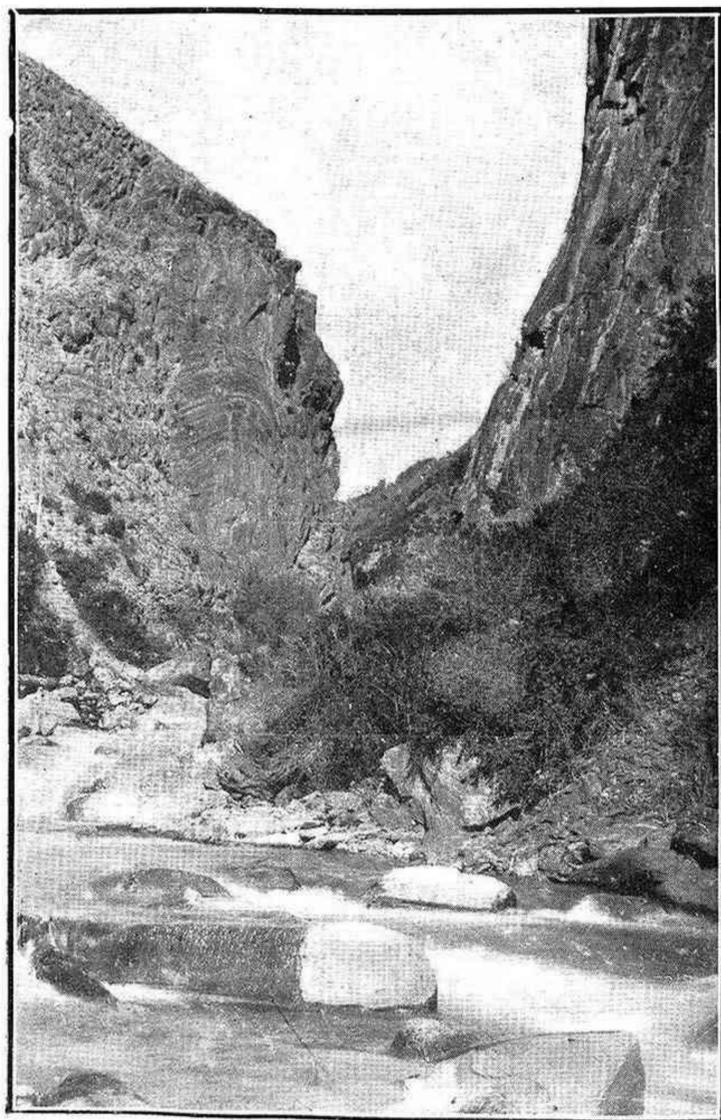
La minúscula nación, circundada de elevadas cumbres de caprichosas cresterías, cuenta sólo con unos cinco mil habitantes, y tiene 27 kilómetros—como máximo—de latitud por 29 de longitud. Linda este macizo pirenaico con el departamento del Ariège al Norte, con el de los Pirineos Orientales al Este, y con las provincias de Lérida y Gerona al Sur y al Oeste.

Los Valles de Andorra—no Andorra, y menos República ó Principado de Andorra—, que espiritual, etnográfica y geográficamente vienen á ser una extensión de Cataluña—catalana es su lengua

oficial, catalanas muchas de sus costumbres y sus folklores, catalán buena parte de su derecho—, se encuentran, más de la mitad del año, incomunicados con Francia, no sufriendo, en cambio, interrupción alguna su comunicación con España. Antes, en caballerías, en bastes y por malísimos caminos de herradura, y hoy, en carros ó «autos», por una flamante carretera, que llega hasta el corazón mismo de la capital, van y vienen, de la vieja y huraña ciudad de la Seo, los andorranos, para aprovecharse de todo lo necesario para la vida, ya que, ellos—aparte del tabaco, al que dedican la mayor parte del terreno—sólo cultivan, en cantidad insuficiente, trigo, patatas y hortalizas; fabrican mantas de lana y paños burdos; elaboran tabaco en todas formas, y se ocupan más de la recría que de la cría de ganado—su gran industria—y del contrabando—su gran comercio con España y con Francia—. La carretera es debida al celo del que fué Príncipe soberano de los Valles, el hoy Emmo. Sr. Cardenal Ben-

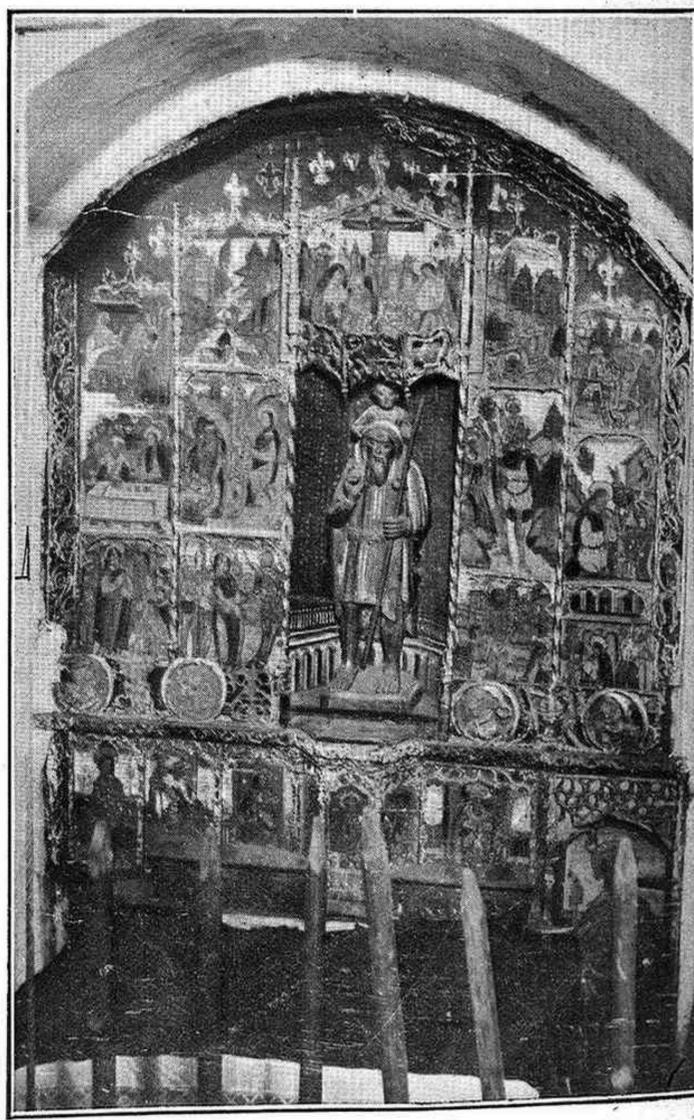
tiéndole, á cambio, compartir pro indiviso sus derechos señoriales de Andorra. El prelado no mantuvo su palabra, y un nieto del de Foix, muchos años después, la exigió al obispo D. Pedro Urgel, invadiendo con sus mesnadas el territorio de Urgel, talando, robando y pasando á cuchillo cuanto halló á su paso.

Amigables componedores, príncipes, prelados y magnates, dirimieron la cuestión redactando los *Pariatges*—Pareajes—el año 1278; de resultas quedaron los andorranos sujetos al poder de dos señores—la mitra y el conde—, cuyo derecho ha venido á parar, por medio de sucesivas evoluciones, de herencias y revoluciones, al Estado francés, que lo ejercita actualmente, aunque, en realidad de verdad, tal como se convino en los Pareajes, es este derecho inferior al del prelado, que, como verdadero soberano, retiene el derecho de indulto y ejerce exclusivamente el de legislar, compartiendo pro indiviso el administrativo, que delega en el Consejo

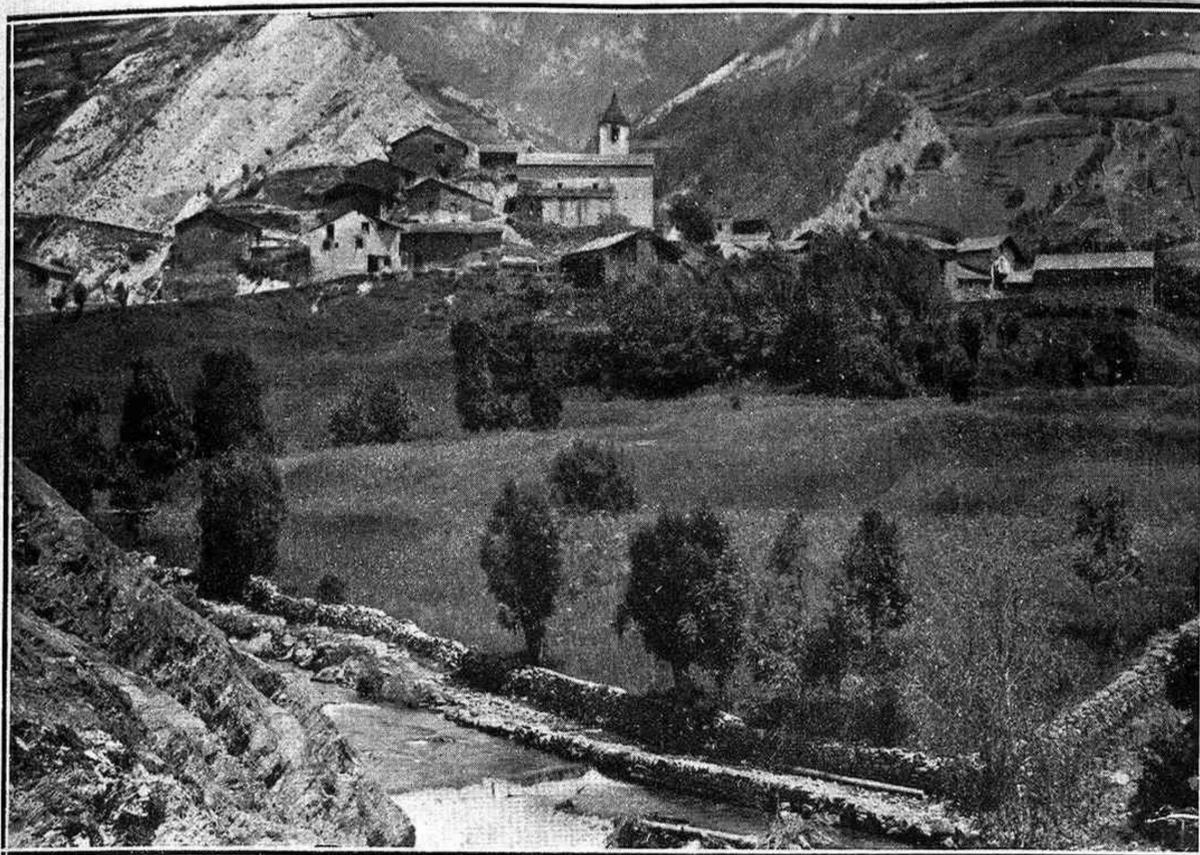


Los Valles de Andorra

lloch, arzobispo de Burgos; y para alcanzar la frontera se mete por una teoría de montañas, á través de pintorescas foces, bordeando siempre el río Valira, que, descendiendo de las altas sierras fronterizas con Francia, atraviesa de punta á punta la pequeña nación, para venir á morir en el Segre, al pie de la ciudadela de la Seo. Los serretanos fueron los primeros pobladores de tan abrupto suelo. De la dominación romana nada queda que la recuerde, y lo propio pasa con la árabe; hasta la época de Carlomagno no suena el nombre de Andorra. En el archivo capitular de la Seo se guarda una carta puebla—de autenticidad dudosa—del reinado carlovingio, de la que se ha venido pretendiendo dimana la pequeña nacionalidad. Los condes de Urgel tuvieron los Valles en feudo en lo temporal, que en lo espiritual fueron siempre del obispo de Urgel; andando el tiempo, uno de dichos condes se desprendió de sus derechos, cediéndolos á la mitra urgelense, que quedó así convertida en soberana, hasta que, acosada la mitra por las huestes de otro conde y nobles vecinos, imploró, para defenderse, la ayuda del conde de Foix, su vecino, prome-



Retablo de San Cristóbal, en la aldea Anyos



Un bellissimo panorama del pueblecito de Andorra

General, y en la administración de la alta y baja justicia.

En este coseñorio particular; en la forma de gobierno que de él se deriva—que no es oligarquía, monarquía, principado ni república, teniendo de todos—; en la institución de Vegueres—lugartenientes de los príncipes y sus representantes en el ejercicio de la justicia con formas y fórmulas arcaicas, y tribunales tan originales como el llamado «de Cortes»—, que juzga, sin apelación, lo criminal, y el de «Visura»—para juzgar y dirimir cuestiones de pastos, servidumbres, etc., entre vecinos—; en la constitución especial de ciertos contratos—entre ellos la carta de retroventa, que jamás prescribe—; en la constitución de la familia y los derechos de su cabeza; en la manera sencilla, breve, exenta de ceremonias, llena de respeto y fuerza, de ejercer la autoridad, estriba el arcaísmo, la originalidad, el sabor especial de la constitución de este país, que sigue caminando rezagado en la marcha de la Humanidad, y siendo en el gran libro de su historia como una de las iniciales adornadas de hieráticas figuras que ilustran los antiguos códices.

Aunque el tiempo vaya borrando muchas cosas, costumbres, indumentaria y recuerdos, perdiéndose y desespiritualizando su espíritu, el aspecto patriarcal y el arcaísmo flotan en el aire, subsisten en aquella masa de montes ondulados que semejan las olas de un mar embravecido por la tormenta y encerradas por un círculo de montañas cuyas cimas alcanzan altitudes de 2.000 á 3.000 metros.

Abetos, hayas, pinos gigantescos, encinas, algunos castaños, álamos blancos, matorrales de boj, avellaneros, prados sedeños de un verde jugoso que se esmaltan de florecillas multicolores y se cubren en primavera de una capa de lirios blancos que substituyen el albo manto de la nieve, mientras los ribazos se llenan de violetas silvestres; fresas y frambuesas que alegran el paisaje moteándolo con la nota roja de sus frutos, á la par que llenan el ambiente de deliciosa fragancia; alfombra tupida de helechos en las frondas; matas de plantas olorosas y medicinales por doquier; en las cimas, abundantes y sabrosos pastos; en las altas mesetas, lagos de poesía inenarrable, encantadores, que reflejan en sus aguas de acero los picachos de roca que les rodean ó se extienden como un espejo por alguna altiplanicie, llegando á bañarse en sus rizadas aguas los pinos, que descienden por suaves pendientes; ríos que se precipitan por gargantas ciclópeas, atronando el espacio, que corren por dantescos parajes ó se destrenzán en rumorosas cascadas, socavando de manera caprichosa las rocas, quebrando sus volutas en millones de prismas multicolores, para adquirir en los remansos tonos verdosos y azulados y continuar, torrentes espumosos, sorteando rocas y más rocas; valles de idilio en los que reina una paz octaviana y domina el pastoreo, y al atardecer el sonido de esquilas y campanas turba el augusto silencio y aumenta la poesía y el encanto; lugares salvajes que hollaron escasas pisadas humanas, de panoramas aplastantes; selvas milenarias de pocas sendas y muchas fuentes regadas, de estupendos árboles, secos esqueletos, algunos que derribó el rayo ó el huracán; caperuzas

de nieve en las cimas: todo esto constituye Los Valles, llenos de sorpresas para el turista, de encantos para el artista y de remedios para el enfermo, descanso para el convaleciente, cristalizado todo en una profunda y suave sensación de dulcísimo reposo.

Los Valles, política y eclesiásticamente, se dividen en seis parroquias—provincia y municipios á la vez—, que toman sus nombres de los pueblos que son sus capitales. La más próxima á España es la de San Julián de Loria, cuyo pueblo baña sus pies en el Valira y parece estar amenazado por las altas sierras que forman su estrecho valle. Remontando el río se llega á Andorra la Vieja, capital á la vez de la parroquia y de Los Valles; en ella está la típica «Casa de la Vall», sede del Gobierno africano. La ciudaduca, de escaso radio, se eleva sobre una roca, al pie de la áspera montaña de Anclar; es un balcón que domina el hermoso valle, central, pequeña llanura de 5 por 1 kilómetros, llena de prados y árboles que fertiliza el Valira, salpicada de caseríos, con el pueblo de las Escaldas en el fondo, centro de manantiales termales, que explotan varios balnearios, y, en último término, la crestería de montañas lindantes con Francia. Al Este de la capital, salvando las montañas, que parecen cerrar herméticamente el valle, se encuentran: la Massa-

na, junto al río Arinsal, que baja del alto valle de Seturia, y más al Noreste, Ordino, en un otero, dominando el valle más plácido y bonito de Andorra, por el color vivo de los prados, la disposición de los caseríos, la riqueza de sus aguas, que se deshacen en numerosas cascadas, y por la vegetación de las montañas, que llega muy cerca de las cumbres. Lástima que sólo pueda transitarse por estas dos pintorescas parroquias por caminos de herradura peores que los más malos ó por sendas llenas de peligros; comer poco á blancos manteles, y menos dormir en puleros lechos ni procurarse lo más necesario para la vida.

Las parroquias de Encamp y Canillo pueden visitarse con relativa comodidad desde Andorra la Vieja, puesto que, á pesar de terminar la carretera en la plaza de la capital, un camino particular permite, á través de los prados, llegar, en coche ó en auto, hasta las Escaldas, uno de los pueblos más pintorescos de Andorra, del que arranca otro segmento de carretera de cinco kilómetros, que conduce á través de un valle, angosto y tortuoso, al pueblo de Encamp, dominado por un viejo castillo que perteneció á los Foix y una torre campanario elegante y esbelta. A partir de la plaza de este pueblo, capital de parroquia, por mal camino, de fuerte repecho y serpenteando un desfiladero imponente, se alcanza la ermita de la Virgen de Metitxell, patrona de Los Valles, suspendida, como un nido de águilas, en una roca.

Siguiendo hacia el Norte, se entra poco después en la parroquia de Canillo, cuya capital se divisa en el fondo del valle. Continuando siempre hacia el Norte, una vez atravesado este pueblo y el Valira, trepando sin cesar por un valle estrecho y sombrío, de pobre vegetación, dejando á la izquierda el vallecillo de Incles, jardín amenísimo, y salvando un repecho colosal, se entra en el pueblecito de Soldeu, el más elevado del país y el último en aquella parte, situado al pie del puerto de su nombre. De él arranca otro trozo de carretera que, pasando por el puerto, llega, bajando en caprichosas revueltas, al pueblo francés del Hopitalet (Ariege), situado sobre la carretera de Bourgmadame (Puigcerdá); á Ax-les-Thermes, punto de partida del ferrocarril transpirenaico—Ripoll Ax—, á punto de inaugurarse.

Las nieves interceptan esta carretera la mayor parte del año.

La torre campanario, cilíndrica, ejemplar notable del románico escasísimo, de la iglesia de Santa Coloma; el esbelto campanario y las pinturas murales del siglo x de la ermita de San Miguel de Angulasters, cerca del lago del mismo nombre; el precioso retablo de San Cristóbal, de la iglesia de Anyos, y la iglesia de San Juan de Canillo, son las curiosidades más dignas de ser visitadas.

El día no lejano que se simplifique el viaje á Seo de Urgel y no falten comodidades, Los Valles de Andorra verán afluir al estupendo sanatorio un considerable número de turistas y llegar racimos verdaderos de visitantes y enfermos deseosos de reparar sus fuerzas, descansar ó aliviar sus males.

EL CONDE DE CARLET



Un interesante bosque milenario en Andorra

POR EL MUNDO DE TERPSÍCORE

Migusto me acusa de haber dado un título demasiado vulgar á estas líneas, no obstante su apariencia pretenciosa, y mi falta de ánimo me remuerde por no haberlas titulado «Por el reino del arte celeste». Ignoro si alguna otra pluma antes que la mía calificó de celestial el arte de la danza. Desde luego hubo ingenio que le anduvo muy cerca: Luciano, al decir que «el coro de los astros», la conjunción de los planetas y de las estrellas fijas, en armoniosa asociación, su admirable concierto, son los modelos de la primera danza. Sabido es que los indios y los chinos tenían unas danzas mímicas que simulaban el curso de los astros, según sus cosmogonías.

Habido en cuenta esto, puédesse, pues, afirmar, sin ironía, que el baile tiene un origen altísimo, y aun pudiera decirse que celeste, lo cual justifica el título que mi cortedad se dejó en el tintero.

Por algo se llaman estrellas á las reinas de la coreografía. Por el origen celeste de la danza. ¿Que luego, al bajar del firmamento, perdió el encanto de su inocencia y la majestad de su hermosura? ¡Ah! Culpa es de la condición de este misero planeta: también el agua cae de las nubes en hilos transparentes y límpidos, ó como lluvia de diamantes con que angelitos manirroto quisieran suavemente lapidarnos, y al mezclarse con la tierra se convierte en barro, á veces en cieno... Menos mal que, para nuestro consuelo, del barro hacen los hombres una obra de arte, como del barro, Dios, el Supremo artista, el creador y sugeridor de toda belleza, la hizo antes creándoles á ellos.

Rito religioso, al principio, ceremonia mundana de varia significación, luego, pasatiempo galante y ejercicio higiénico, pantomímico ó teatral, de sagrado, como entre los hebreos, lo mismo que entre los romanos cuyos histriones—Judiani—ejecutaron una danza para conjurar una peste que afligía á Roma, se convirtió en profano el baile y pasó de arte espectacular á deporte de salones y playas de moda...

Arte espléndido que sin remontarse á más de dos centurias trae á la memoria nombres de diosas tan inolvidables, tan adoradas en sus días, cual los de la Baccelli, immortalizada por Gainsborough y Joshua Reynolds, cuyos pinceles solamente soberanos retrataban; la Taglioni, que impuso su nombre á muchos objetos y prendas femeninas de su época; Fanny Ellsler, famosa además por su hercúlea fuerza, que le permitió de un vigoroso puntapié tumbar á un ladrón que pretendía arrebatarle el capital en alhajas que llevaba consigo; Paulina Taglioni, la predilecta de Meyerbeer; Lola Montes, la gentil artista que tras rudos comienzos cantando por las calles de París, fué primero la amiga del Regente Dujarrier y después la favorita de Luis de Baviera, esposa más tarde de un riquísimo inglés, teniente de Guardias de la Reina, á quien abandonó luego para contraer terceras nupcias con un editor norteamericano de periódico; la Badet, que de primera bailarina de la Opera Comique parisién, triunfalmente saltó al arte dramático; Carolina Otero, la española de largo reinado en el mundo de la danza y de la belleza; Lydia Kiasth, que con Violet Lloyd y Constance Steward, reconstructora de las danzas griegas; Kate Vaughan, precursora de la revolución coreográfica llevada á cabo después,



Tres primeras bailarinas del Teatro de la Ópera de Viena



Un ensayo de un «ballet» en el Teatro de la Ópera de Viena

FOTS. VIDAL

la lanzadora del primer grito de rebelión contra la enagüilla corta, con su feliz imitadora Letty Lind; Loie Fuller, la creadora de la danza eléctrica con sus bailes serpentinos, chorros de luz maravillosos; Lottie Kollins, la matadora de la gentil pavana y el ceremonioso minué, para resucitar las danzas primitivas, hasta que eclipsa su estilo la americana Isadora Duncan, desconcertando á todos con su original escuela del bosque encantado de Grunewald, donde maestra y discípulas, blanca la túnica, desnudos los pies, el cabello recogido en gracioso rodete, semejan hadas encantadoras de corazones; Maud Allan, la creadora de la «Danza de Salomé», que innovando la exposición de su bello torso, impulsa la desaparición de las mallas y la aparición de todas las exageraciones; miss Ruth St.-Denis, introductora de los bailes indostánicos, pídicamente bellos; Yaka Ishadm, la emocionante belleza que danzaba con una serpiente boa viva, cuya furia provocaba hasta hacerla silbar amenazadora é imponente; Beatriz Collier, la creadora de la Danza de Apaches; «Hellas», la misteriosa autora del baile de siluetas, con las cuales reproducía artísticas figuras de la cerámica grecorromana; Mlle. Leonora, innovadora de las escenas mimicobailables; y la Genée, la rival de Pavlowa, y la Fokina, y la austriaca Saharet, que con su arte magnífico hacen que la danza recobre toda la nobleza de su origen helénico, formas eminentemente estéticas que culminan en Ana Pavlowa, la divina, y la Cherepanowa, la Karsavina, la Adamowitsch, diosas de la escuela moderna de la estética coreográfica.—G. F.



LA NOVICIA

*Sobre el frágil ensueño de los blancos rosales
va deshojando el día su última violeta,
mientras doblan lejanas las campanas claustrales
por alguna novicia amada de un poeta.*

*Un perfume de agua se respira;
la brisa es luz de seda y aroma de jazmines.
La tarde es una virgen que, al ser violada, expira,
ensangrentando el verde tapiz de los jardines...*

*Este morir tan lento de la luz me acongoja...
Perdemos la consciencia... Nuestra alma desea
ser pétalo en el cáliz que al viento se deshoja,*

*gota de agua en la fuente que suspira encantada
y la última ráfaga de luz que parpadea
sobre las altas torres lejanas de Granada.*

DIBUJO DE BUJADOS FRANCISCO VILLAESPESA

POR EL MUNDO DE TERPSÍCORE

Mi gusto me acusa de haber dado un título demasiado vulgar á estas líneas, no obstante su apariencia pretenciosa, y mi falta de ánimo me remuerde por no haberlas titulado «Por el reino del arte celeste». Ignoro si alguna otra pluma antes que la mía calificó de celestial el arte de la danza. Desde luego hubo ingenio que le anduvo muy cerca: Luciano, al decir que «el coro de los astros», la conjunción de los planetas y de las estrellas fijas, en armoniosa asociación, su admirable concierto, son los modelos de la primera danza. Sabido es que los indios y los chinos tenían unas danzas mímicas que simulaban el curso de los astros, según sus cosmogonías.

Habido en cuenta esto, puédesse, pues, afirmar, sin ironía, que el baile tiene un origen altísimo, y aun pudiera decirse que celeste, lo cual justifica el título que mi cortedad se dejó en el tintero.

Por algo se llaman estrellas á las reinas de la coreografía. Por el origen celeste de la danza. ¿Que luego, al bajar del firmamento, perdió el encanto de su inocencia y la majestad de su hermosura? ¡Ah! Culpa es de la condición de este mísero planeta: también el agua cae de las nubes en hilos transparentes y límpidos, ó como lluvia de diamantes con que angelitos manirroto quisieran suavemente lapidarnos, y al mezclarse con la tierra se convierte en barro, á veces en cieno... Menos mal que, para nuestro consuelo, del barro hacen los hombres una obra de arte, como del barro, Dios, el Supremo artista, el creador y sugeridor de toda belleza, la hizo antes creándoles á ellos.

Rito religioso, al principio, ceremonia mundana de varia significación, luego, pasatiempo galante y ejercicio higiénico, pantomímico ó teatral, de sagrao, como entre los hebreos, lo mismo que entre los romanos cuyos histriones—Judiani—ejecutaron una danza para conjurar una peste que afligía á Roma, se convirtió en profano el baile y pasó de arte espectacular á deporte de salones y playas de moda...

Arte espléndido que sin remontarse á más de dos centurias trae á la memoria nombres de diosas tan inolvidables, tan adoradas en sus días, cual los de la Baccelli, immortalizada por Gainsborough y Joshua Reynolds, cuyos pinceles solamente soberanos retrataban; la Taglioni, que impuso su nombre á muchos objetos y prendas femeninas de su época; Fanny Ellsler, famosa además por su hercúlea fuerza, que le permitió de un vigoroso puntapié tumbar á un ladrón que pretendía arrebatarle el capital en alhajas que llevaba consigo; Paulina Taglioni, la predilecta de Meyerbeer; Lola Montes, la gentil artista que tras rudos comienzos cantando por las calles de París, fué primero la amiga del Regente Dujarrier y después la favorita de Luis de Baviera, esposa más tarde de un riquísimo inglés, teniente de Guardias de la Reina, á quien abandonó luego para contraer terceras nupcias con un editor norteamericano de periódico; la Badet, que de primera bailarina de la Opera Comique parisién, triunfalmente saltó al arte dramático; Carolina Otero, la española de largo reinado en el mundo de la danza y de la belleza; Lydia Kiasth, que con Violet Lloyd y Constance Steward, reconstructora de las danzas griegas; Kate Vaughan, precursora de la revolución coreográfica llevada á cabo después,



Tres primeras bailarinas del Teatro de la Ópera de Viena



Un ensayo de un «ballet» en el Teatro de la Ópera de Viena

FOTS. VIDAL

la lanzadora del primer grito de rebelión contra la enagüilla corta, con su feliz imitadora Letty Lind; Loie Fuller, la creadora de la danza eléctrica con sus bailes serpentinos, chorros de luz maravillosos; Lottie Kollins, la matadora de la gentil pavana y el ceremonioso minué, para resucitar las danzas primitivas, hasta que eclipsa su estilo la americana Isadora Duncan, desconcertando á todos con su original escuela del bosque encantado de Grunewald, donde maestra y discípulas, blanca la túnica, desnudos los pies, el cabello recogido en gracioso rodete, semejan hadas encantadoras de corazones; Maud Allan, la creadora de la «Danza de Salomé», que innovando la exposición de su bello torso, impulsa la desaparición de las mallas y la aparición de todas las exageraciones; miss Ruth St.-Denis, introductora de los bailes indostánicos, púdicamente bellos; Yaka Ishadm, la emocionante belleza que danzaba con una serpiente boa viva, cuya furia provocaba hasta hacerla silbar amenazadora é imponente; Beatriz Collier, la creadora de la Danza de Apaches; «Hellas», la misteriosa autora del baile de siluetas, con las cuales reproducía artísticas figuras de la cerámica grecorromana; Mlle. Leonora, innovadora de las escenas mímico-bailables; y la Genée, la rival de Pavlova, y la austriaca Saharet, que con su arte magnífico hacen que la danza recobre toda la nobleza de su origen helénico, formas eminentemente estéticas que culminan en Ana Pavlova, la divina, y la Cherepanowa, la Karsavina, la Adamowitsch, diosas de la escuela moderna de la estética coreográfica.—G. F.



LA NOVICIA

*Sobre el frágil ensueño de los blancos rosales
va deshojando el día su última violeta,
mientras doblan lejanas las campanas claustrales
por alguna novicia amada de un poeta.*

*Un perfume de agua se respira;
la brisa es luz de seda y aroma de jazmines.
La tarde es una virgen que, al ser violada, expira,
ensangrentando el verde tapiz de los jardines...*

*Este morir tan lento de la luz me acongoja...
Perdemos la consciencia... Nuestra alma desea
ser pétalo en el cáliz que al viento se deshoja,*

*gota de agua en la fuente que suspira encantada
y la última ráfaga de luz que parpadea
sobre las altas torres lejanas de Granada.*

DIBUJO DE BUJADOS

FRANCISCO VILLAESPESA

TAPICES ESPAÑOLES



Como un reflejo de las suntuosidades y las bellezas de Versalles, se alza en nuestra España el Palacio de la Granja, con sus fuentes y sus jardines, que reúnen todas las más pomposas galas decorativas. Felipe V, el Monarca de procedencia y de espíritu francés, empieza la construcción de la mansión célebre en 1724, fecha de la que ahora se cumplen justamente dos centurias. En aquel magnífico Palacio quedaron las huellas de los días de Felipe V en las dos etapas de su reinado; de los de Luis I, Carlos III, Carlos IV, Fernando VII... Todos los Monarcas, en fin, de la dinastía borbónica, que trae a la rígida adustez de los Austrias españoles un bello reflejo de la galantería y del "esprit" de la Corte francesa...

DIBUJO DE MARÍN



Un patio sevillano

CUANDO en estos días estivales parece que la ciudad de Sevilla va á arder en llamas vivas por las brasas que le envía el cielo y comienza el éxodo de la gente hacia las playas y la Sierra en busca del alivio contra los calores que la aniquilan, no es suficiente para los que se quedan ni la estrechez de las viejas calles morunas ni el entoldado de las más anchurosas.

Sólo el patio es como un oasis de bendición en medio del caserío sobre cuyas blancas paredes se quiebran los rayos del sol de justicia, fatigoso y achicharrante.

En medio de tanta luz cegadora y de tanto calor, el patio es la frescura y el alivio y la calma; es la fuente de aguas frescas y claras manando de las arenas caliginosas del desierto, el bienestar entre la tortura y el aniquilamiento y el agobio.

En verano constituye el patio, fresco y sombrío, la estancia más apetecible y encantadora de la casa.

Tras el zaguán, con pavimento de blancos mármoles y alicatado de azulejos resplandecientes, que comunica á la casa con la calle, está el patio ventu-

roso, separado de la primera estancia por la afiligranada cancela.

Blancas arcadas sobre columnas, también nítidas, lo componen, alzándose sobre aquéllas las habitaciones del principal y rodeándolo las del piso bajo.

También es de blancos mármoles la solería, alzándose en el centro de ella la fuente de amplia taza ó emergiendo de la planicie del limpio pavimento el claro y cantarino surtidor.

En las horas en que el calor es más intenso y sofocante se cubre el patio á la altura de la azotea con una lona blanca, que amortigua las radiantes claridades y permite que el aire del interior se refresque.

En cuanto comienza la canícula, la familia que durante el invierno ocupó los pisos altos se acomoda en el bajo haciendo del recinto del patio la estancia principal. Alrededor de la fuente coloca las macetas de albahaca verde y fresca y pendiente de las arcadas las de la fina y luciente enredadera. Se rellenan de cuadros y espejos las paredes y se instalan el piano, las mesas y los viejos arcones. También se disponen las sillas y las mecedoras para recibir y descansar.

Todo ello hace del patio la más cómoda y concurrida habitación de la casa, y el refugio más alegre y gozoso contra el calor.

En él se hacen las labores, se lee y medita y se regocija el ánimo con las músicas del piano, de las perlas saltarinas del surtidor y de los gorjeos de los canarios que en doradas jaulas se deshacen en trinos melodiosos.

El sueño acude al patio como al alucinante reclamo la loca y sedienta avecilla, prodigando sus favores á la gente casera.

También vuela hacia el patio el Amor, enredando en sus finas mallas á los corazones de la juventud que en aquél, huyendo del fastidio y del calor, se refugia.

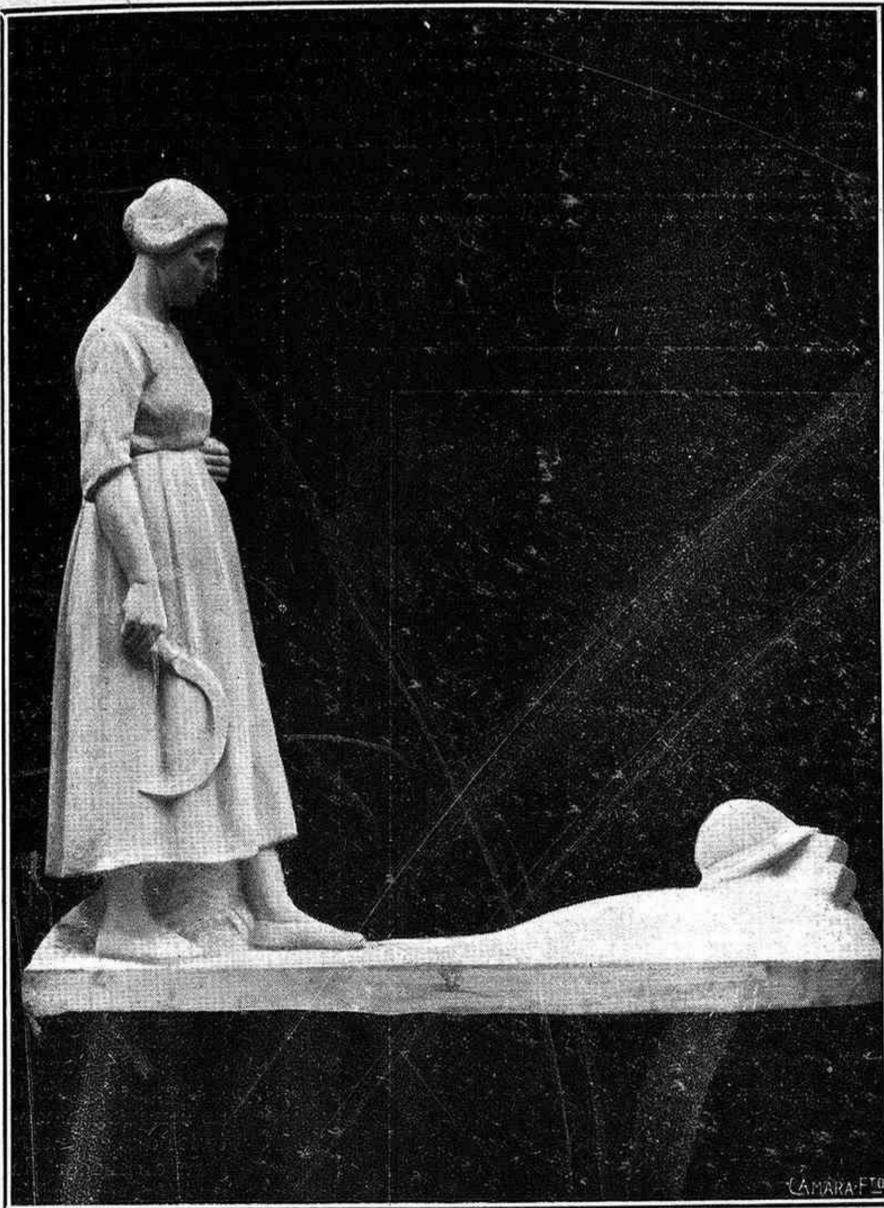
Para la gente que no sale en verano de Sevilla no habrá otro bien ni otra realidad más venturosa que el limpio patio de flores lozanas, de claridades suavísimas, de frescores regalados, de músicas discretas, de alegrías sanas y confortadoras.

¿Qué sería de los sevillanos en estos días de calores de infierno, sin estos patios como oasis de bendición?

J. MUÑOZ SAN ROMAN

EN LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

EL MONUMENTO A LA GUERRA



Fragmentos del monumento á la guerra

La inmensa nave del Gran Palacio de las Exposiciones de París parece, en la Exposición de este año, una inmensa necrópolis. Casi todas las esculturas son monumentos funerarios. Sólo destaca, entre la profusión de mármoles que estilizan imágenes del dolor, alguna figura que sea un canto á la plenitud de la vida. En las salas superiores, sin embargo, donde se desenvuelve la Exposición de pinturas, entre el amontonamiento de lienzos apenas hay dos ó tres que evoquen las escenas trágicas de la guerra pasada y sean un testimonio de reverencia para sus muertos. Pero apresurémonos á decirlo: ni en el gran número de esculturas ni en el escaso número de pinturas hay una obra de arte que eleve el espíritu á la emoción del trascendente drama histórico.

La guerra europea no ha encontrado aún la lira que la cante, ni el pincel ó el cincel que la eternicen en la simbólica plasticidad. ¿Por qué será? Probablemente porque la guerra no produjo una figura heroica de irradiación universal: la figura del caudillo destacado y luminoso; la figura del vidente que columbra los horizontes insospechados y se lanza audazmente hacia ellos; la figura del mártir glorioso con nombre inmortal. Esos generales, todos en el mismo nivel, que al terminar la acción bélica han vuelto al silencio de sus cuarteles y á la pasividad de su austera disciplina militar, no pueden inspirar cantos épicos ni alucinar á ningún artista.

Ese soldado desconocido que duerme el sueño eterno bajo todos los arcos de triunfo, puede recibir la ofrenda floral de cuantos se acerquen á reverenciarle; pero no puede suscitar seguramente otras inquietudes espirituales de más egregio linaje.

La guerra no produjo la figura napoleónica; no produjo un nuevo Napoleón. ¿Se debe á ello esta limitación de vuelos en las obras de arte? Lo indudable es que por cada libro que hable de la guerra que comenzó en 1914 hay en los escaparates diez libros que hablen ahora de Napoleón, y aun el libro que habla de la guerra es como el último de Guyot, estudiando sus consecuencias económicas, ó como el último de Painlevé, exculpándose de lo acontecido en el Camino de las Damas. Lo indudable es que por cada busto de Foch ó de Joffre que se encuentre en las imaginerías hay cien estatuas de Napoleón: de Napoleón emperador, de Napoleón

caudillo, de Napoleón en la victoria, de Napoleón en la derrota, de Napoleón con la espada en alto, de Napoleón con el ceño descubridor de sus desgarradoras tragedias íntimas. Lo indudable es que en los Inválidos, en cuyas galerías hay dos Museos, el Museo de la guerra que acabó en 1918 y el Museo de las guerras napoleónicas, las mujeres que llevan aún el luto del hijo ó el padre que murió en Verdún ó en Reims, y los hombres que han vivido las horas dramáticas de los campos de batalla, es al Museo de las guerras napoleónicas donde dirigen sus pasos para extasiarse ante los uniformes que vistió Napoleón, ante la mesa donde escribía Napoleón, ante la tienda de campaña donde descansaba Napoleón, ante el lecho donde Napoleón pasó las horas de su enfermedad y de su muerte.

La guerra europea no produjo el Napoleón de 1914, que superara al Napoleón de 1800 y que motivara el poema y la escultura que en versos ó en mármoles inmortales perpetuasen una de las horas de mayor dolor que la Humanidad ha vivido. Ha faltado poder estilizar todo este dolor en un hombre de carne y hueso, que no fuera un símbolo como el del soldado desconocido, sino una singular y excepcional y señalada personalidad histórica.

Todas las esculturas expuestas en la inmensa nave del Palacio de Exposiciones son monumentos que cada región ó cada aldea eleva á sus muertos. Hay algunas de ellas bien logradas. Sobresale, entre todas, *Au tombeau sacré*, de Eric de Nussuy. Ninguna, sin embargo, eleva el espíritu á la emoción que produce el hecho que solemniza. Esa mujer con la hoz en la mano y en actitud contemplativa ante un casco de *poilu*; esa madre rendida de dolor junto á la cruz funeraria; esa figura con los brazos tendidos y con un profundo gesto de amargura en el rostro, son piedras que podrían alzarse sobre cualquier tumba de cualquier cementerio. ¿El monumento á los muertos? El monumento á los muertos en la guerra sólo podría ser el mármol que supiera estilizar el mundo ideal que soñaron fecundar con el sacrificio de su vida los miles de hombres que marcharon al campo de batalla y ya no volvieron de él.



Otro fragmento del monumento á la guerra

MARCELINO DOMINGO

EL PECADO DE CELEBRIDAD

CUANDO un escritor llega á viejo y á célebre puede decirse que, aunque no escriba una sola línea más, ha llegado también al ocaso de su gloria. Y si se le ocurre seguir escribiendo, no digamos. Entonces es un hombre definitivamente fracasado. Todo lo que después de las supremas consagraciones produzca será indefectiblemente juzgado como cosa de palmaria decadencia. Esto puede ocurrir, y aún ocurre en ciertos casos, por ley natural; el entendimiento se gasta, las fuentes creadoras se agotan; las más grandes obras de un artista no suelen ser las últimas.

Pero cuando no ocurre, el resultado es el mismo; llegado á la cumbre, ya todo es descenso. El escritor viejo y célebre, más por célebre que por viejo, no se libra de las dentelladas de algún que otro Zoilo.

No deja de ser curioso eso de que la labor á la cual debe su triunfo y su consagración un literato, labor que en su tiempo y á su hora mereció las más altas sanciones de la crítica y del público, esa labor intacta, sin quitarle punto ni coma, sea precisamente la que empieza á combatir y regatearse cuando el autor llega á cierta edad. Entonces sale un señor diciendo que don Fulano no es tan genial como dicen, ni mucho menos, y para demostrarlo prácticamente cita á Zutano y á Perengano como superiores á él, no porque sinceramente lo crea, sino por molestar á don Fulano, que es de lo que se trata. Don Fulano, el glorificado, empieza á pagar caro su celebridad. Nadie ó contadísimos son célebres gratuitamente. La celebridad tiene su crucifixión, precisamente porque tiene su calvario. Con las manos lavadas nadie se sienta en el Olimpo.

La hora mejor para saldar con un gran escritor resquemores personales, odios ó envidias, es, sin duda, el día siguiente á su glorificación. Entonces se exclama todo escrupulo: «¿Ven ustedes á ese caballero sentado tan tranquilo en ese pedestal? Bueno; pues es una usurpación.» Y cuatro, diez, veinte manos impetuosas tratan de empujar

al pedestal para que la estatua se caiga y se rompa las narices. Pero la estatua no se cae; sigue en pie, porque el odio y la envidia son fuerzas negativas.

Pecado de celebridad, si el escritor tiene la ocurrencia de morir joven cuando apenas ha comenzado á conquistar los grandes éxitos, entonces todo son exequias solemnes é su talento y je-

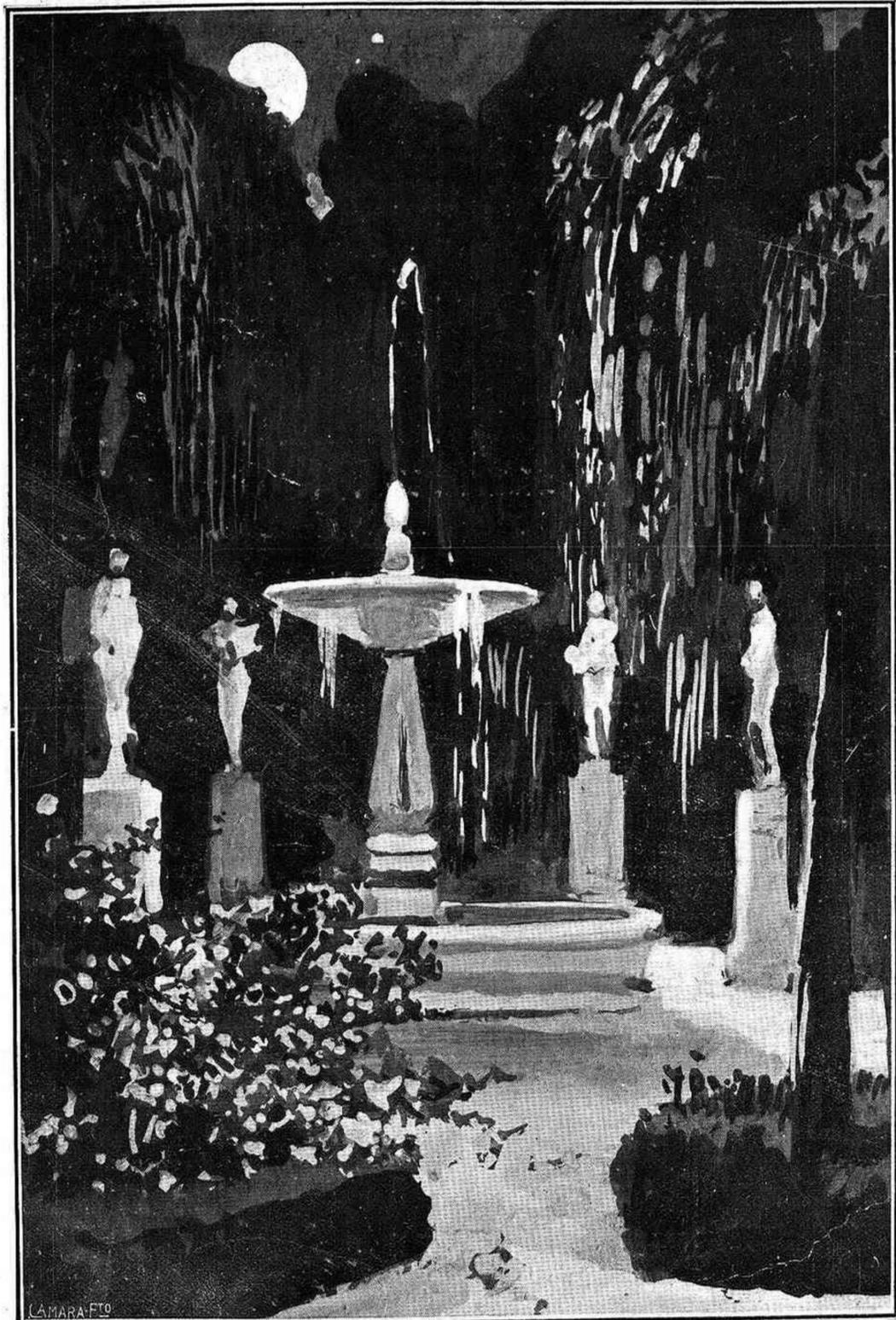
remiacas lamentaciones: «¡Lástima de Fulanito! Con el porvenir que se le presentaba, con lo que todavía podía haber hecho.» Si en vista de estas exclamaciones otro gran escritor sabe tomarlas en cuenta y no morir para no malograrse, entonces, por ingenuo, pagará probablemente su triunfo. Sólo hay un medio de librarse de esta especie de contribución que el literato satisface por su notoriedad:

el llegar á la vejez absolutamente pobre, lo que supone, en cambio, pagar la gloria más cara que nadie y con más amarga moneda. Entonces no son tan discutidos ni regateados sus momentos. Hasta parece que hay cierta complacencia en exclamar: «¿Ha visto usted á don Fulano, con la labor que ese hombre deja hecha, muriéndose de hambre?» Lo que irrita, lo imperdonable, es que don Fulano, además de gloria, disfrute de independencia y blanda posición económica.

No falta nunca quien diga, disimulando sus enconos, que existen grandes reputaciones falsas que una escrupulosa revisión de valores puede echar por tierra. Los que esto dicen no son precisamente los que se encargan de hacer la revisión, que sería lo lógico, sino los que, sin perjuicio de haber escrito opiniones muy contrarias respecto á la obra de don Fulano, se dedican luego á la estéril tarea de largarlo alfilerazos.

Estos Zoilos no tienen, sin embargo, demasiado avinagrada la bilis; saben cohonestar la dentellada con la caricia; al mismo tiempo que muerden á don Fulano bordan un elogio á don Zutano, á quien tal vez acaban de pedir unos cientos de pesetas. Son espíritus generosos, sin otro error que el confundir las cuartillas de un artículo con los reclamos de administración á tanto la línea. Son, además, una especie de matones «blancos» de las letras; como otros perdonan la vida, estos perdonan—ó creen perdonar—á un escritor viejo la reputación. El escritor piensa, acaso, melancólicamente, que aquí nadie tiene la gloria que debe, sino la que puede, la que le dejan tener los demás.

L A S E S T A T U A S



En el centro de la glorieta, bajo los sauces, dulce, quieta, hay una fuente melodiosa, y en los testeros cuatro estatuas: Ninfa, Nereida, Musa y Diosa.

La primera es Flora en su jardín. La segunda tiene un delfín. Tañe una lira la tercera. La Diosa es Hebe, alada y joven, celestial brisa en primavera.

La fuente canta todo el día su misteriosa melodía,

y bajo el sol, blancas, hermosas, las cuatro estatuas sueñan, sueñan, mudas, tranquilas, armoniosas.

Al irse el sol tras la sauceda, bello y romántico, se queda solo el jardín, con sus senderos bajo la noche azul, magnífica, toda brillante de luceros.

Sobre los árboles floridos, llenos de músicas de nidos hasta el claror de la mañana, les da la luna blancas sombras y sus cantares la fontana.

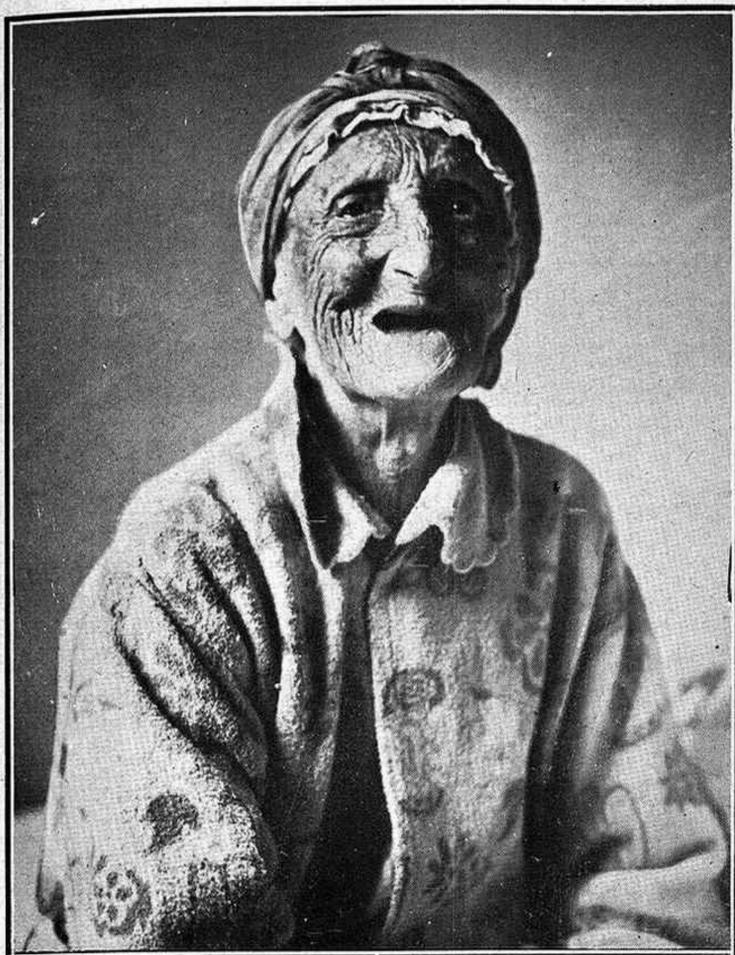
Y al son de sus músicas y trinos, bajo los besos cristalinos del cielo azul, semidesnudas, las cuatro estatuas sueñan, sueñan... ¡las cuatro estatuas blancas, mudas!

Oyen cantar, oyen cantar, bajo la nivea luz lunar, entre las sombras misteriosas... oyen cantar, oyen cantar, ¡mudas, inmóviles, hermosas!

Rafael LASSO DE LA VEGA

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

MISCELÁNEA EXTRANJERA



Mrs. Pshe Malke Urdang, la mujer más anciana de Norteamérica. A los ciento trece años, aún conserva una gran viveza intelectual y un magnífico apetito

Como siempre, de Yanquilandia vienen las rarezas más curiosas, las novedades más originales.

No llega a saberse si es que la inventiva yanqui supera a la de los demás pueblos para hacer de ella un motivo de orgullo, ó si es que en el país de los rascacielos se cultiva la originalidad como una industria que contribuye á la prosperidad del país.

En esta plana insertamos cuatro fotografías venidas de Norteamérica, que, como cuatro estrofas, componen un pequeño poema de picardía, simbólicamente expresiva.

Apareados, muéstranse los retratos de la valetudinaria y el simio longevo, y los de las muchachas bellísimas que lucen con gentil impudor sus piernas desnudas, y el pescador de sirenas humanas, que es una modalidad del deporte, pesca su palpitante y bella presa con sibaritismo de escogedor. Y como un contraste con la vejez, caduca, triste y acabada, de la valetudinaria y con la fealdad horrorosa del

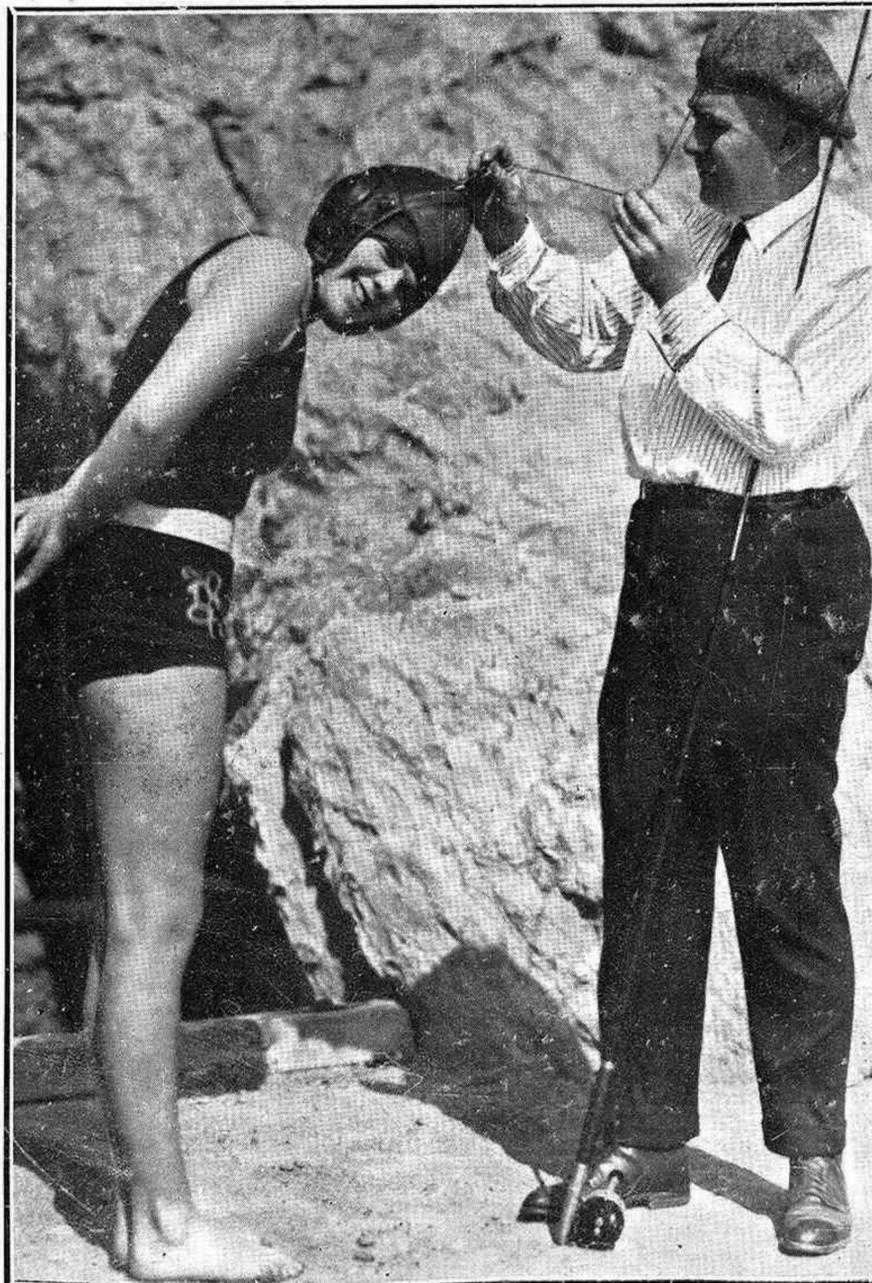


¿De dónde venimos? La teoría darwiniana parece confirmarse fatalmente. Este orangután longevo tiene las mismas costumbres que algunos decrepitos petulantes

orangután, contrastan la alegre juventud de esas cuatro «girls» y el escarceo regocijado del pescador de bellezas. Así, como en la vida la fealdad y la belleza, la alegría y el dolor, se aunan para tejer esta trama agrídulce de la existencia que en los más rudos contrastes tiene la esencia de su sabor...



Las piernas sin medias adquieren más boga cada día. Estas bellas «girls», situadas en una playa yanqui, son, con sus lindas extremidades desnudas, un buen alegato en pro de la novedad que goza actualmente de tan viva aceptación en Norteamérica

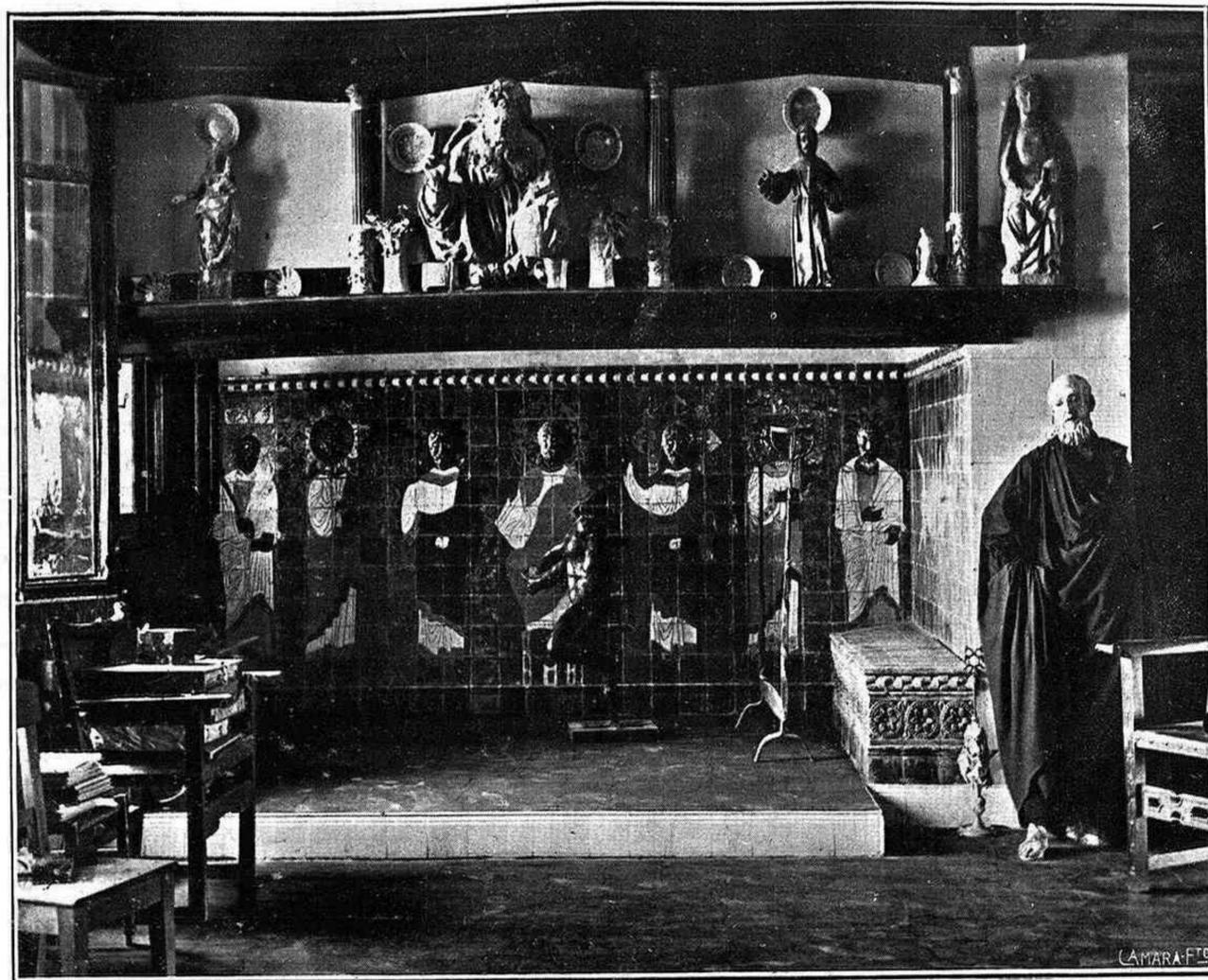


En ciertas playas norteamericanas está de moda un gentil «sport»: «La pesca de la sirena». Bellas nadadoras bogan llevando en la cabeza un capacete terminado en una argolla, y desde una barca el pescador ha de acertar á engancharla con su anzuelo

LA CASA-ESTUDIO DEL PINTOR ZULOAGA

IGNACIO Zuloaga es una de las más puras glorias de España. Su nombradía artística tiene esos caracteres de universalidad que sólo logra conquistar el genio.

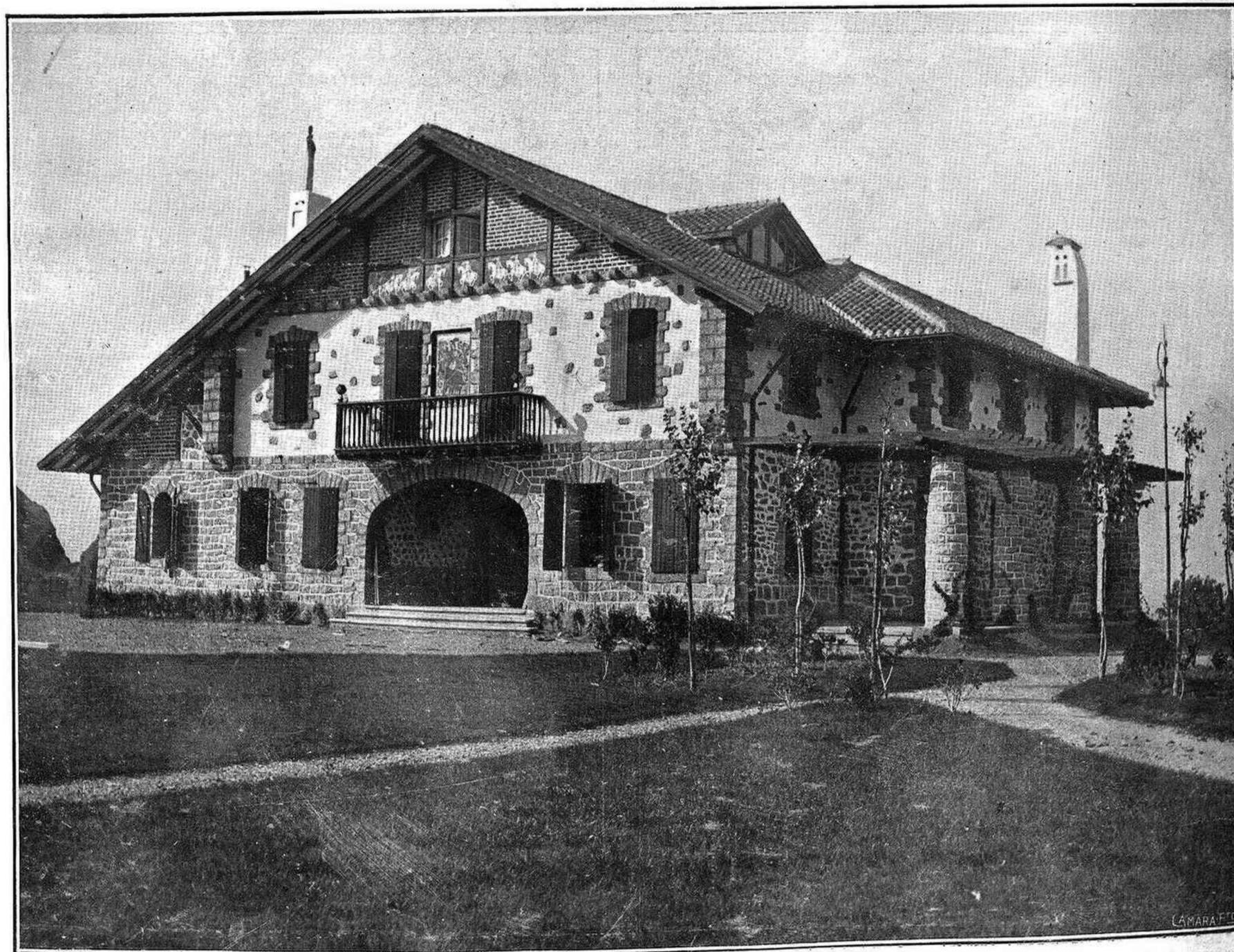
El triunfo, merecidísimo, obra de justicia y premio a una magnífica e intensa labor, sonríe a Zuloaga en plena madurez, en la sazón de todas sus energías físicas y espirituales, con lo que puede el gran artista gozar de todas las preeminencias de su fama y de



Rincón del estudio de Zuloaga en su casa «Santiago-Echea», en cuyo fondo se ve una magnífica chimenea de cerámica, obra de su tío Manuel, y una bellísima escultura de Rodin

los frutos de su talento.

Así esta suntuosa casa vasca en que el autor de «La víctima de la fiesta» pasa los meses estivales. Es una mansión magnífica, llena de tesoros artísticos, lujosa y refinada, obra de riqueza y de arte, con la que, por fortuna, Zuloaga rompe la leyenda lamentable de la pobreza y la mediocridad en que es tradicional en España que se desarrolle la vida de los grandes artistas.



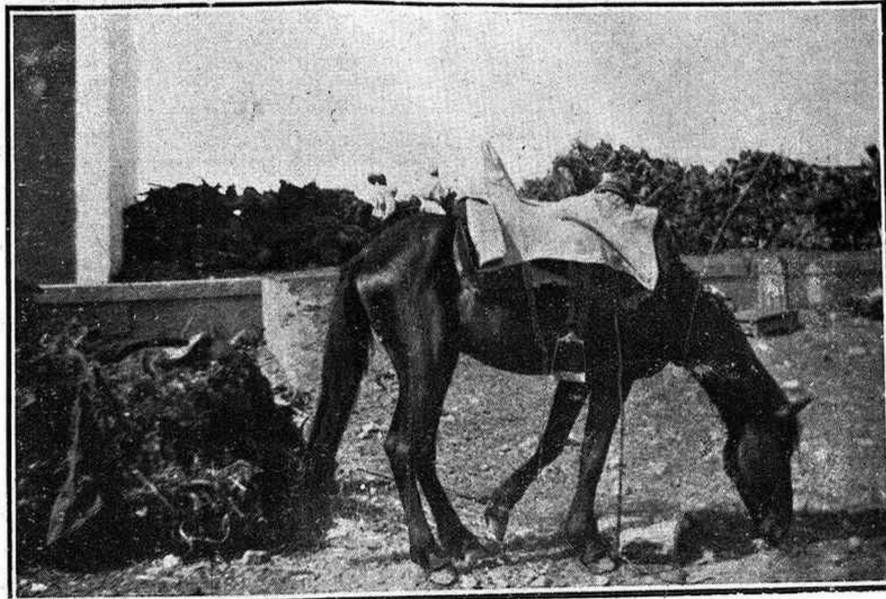
Magnífica casa, de puro estilo vasco, residencia veraniega del ilustre pintor eibarrés Ignacio Zuloaga

FOTS. GOÑI

LOS CABALLOS DE LOS MOROS



Un típico ejemplar de caballo moro



Otro ejemplar de caballo moruno

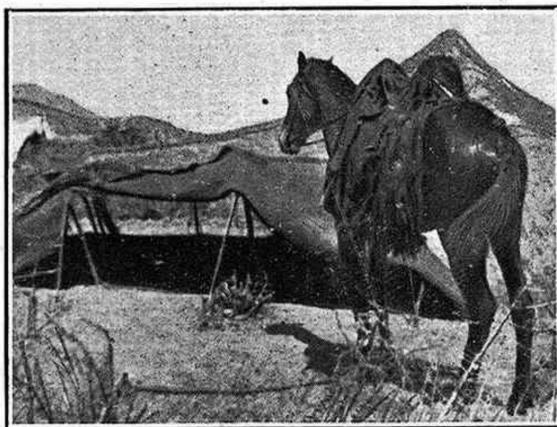
La gallarda figura del jinete moro con su fogoso corcel es, como la palmera, como el harén misterioso, como la grácil odalisca de ojos de terciopelo, uno de los elementos que en nuestra imaginación formaron ese Islam ficticio en que nos hicieron creer los poetas que sólo viajan con la mente ó los viajeros que gustan de pensar en poeta. En Marruecos difícilmente se encuentra nada de esto. A la odalisca y al harén hay que renunciar desde el primer momento; palmeras sí se ven algunas; pero no tantas como en un solo día pueden verse en Elche; en cuanto á caballos... Sí. Por las calles de Tetuán, de Tánger ó de Melilla se ven bastantes caballos: pobres pencos de crines lacias, llenos de mataduras, de cuyo roncal tira un moro astroso ó un sucio hijo de Israel.

¿Dónde, pues, están aquellas figuras ecuestres que pintara Fortuny? ¿Dónde aquellas lucidas cabalgatas que llenos de entusiasmo nos describieron Amicis y Pierre Loti? ¿Es que todo eso pasó ya, ó es que sólo ha existido en la fantasía del artista y del literato?

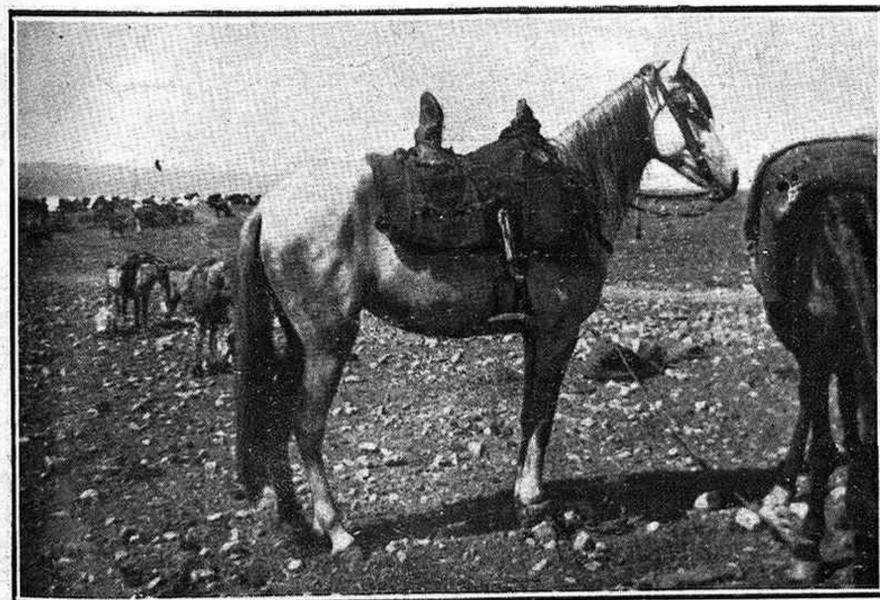
De todo hay un poco; y todavía, metiéndose Yebala adentro ó decidiéndose á convivir con los nómadas de las llanuras rifeñas, se ve algún hermoso potro atado por las manos ante la tienda de su amo

sa á la caballería nómada; de la misma raza que Salomón hacía llevar á Oriente, que los cartagineses, y luego los moros, trajeron á España, que en tiempo de Luis XV se llevaba á Francia para mejorar los «haras» reales, y que los ingleses transportaron á su patria para crear su famosa raza de carreras. En todo esto se ha hecho intervenir al caballo árabe, olvidando que los mismos árabes obtuvieron en el Norte de Africa el tronco de la raza insuperable que hoy poseen; y entre tanto, el caballo africano, en manos de un pueblo atrasado, y sobre todo de un pueblo en el que una administración expoliadora impedía toda iniciativa, ha ido degenerando, ha caído hasta un extremo tal que en nuestros días parecemos hiperbólicos, no ya los elogios que en la antigüedad se hacían de la caballería nómada, sino hasta lo que ayer mismo nos contaba Pierre Loti.

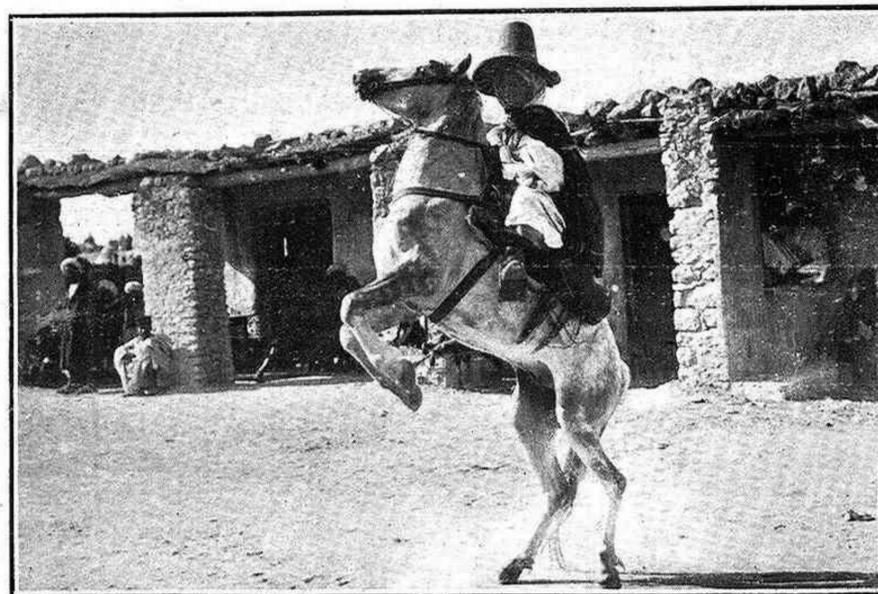
Recorriendo los zocos del Rif, sin embargo, aún es posible ver potros soberbios, prontos siempre á la pelea; corceles de finas líneas, de narices de fuego y piernas de acero, que saludan la vista de una yegua ó la aparición de un rival encabritándose, relinchando, «escarbando» la tierra y regocijándose en su propia fuerza», como decía el anónimo autor del libro de Jacob. Al verlos se comprende que aún



Un caballo moro, con la característica montura de los marroquíes



El caballo descansa y repone sus fuerzas después del ejercicio de agilidad en que el moro se mostró el admirable jinete de siempre



Una de las curiosas «fantasías» que los moros realizan con sus caballos, y en las cuales atienden á la gracia de los ejercicios antes que á las buenas reglas de la equitación

y se encuentran pintorescos grupos de jinetes que con ocasión de una boda ó de cualquier otro regocijo se entregan al clásico deporte, tan salvajemente bello, de correr la pólvora. Y en estos casos, las monturas bordadas, los estribos de plata, las largas crines que se enredan en la rienda, las colas pobladas que barren el suelo al empinarse los brutos en audaces fantasías, los albornoces que flotan al viento, demuestran que la tradición ha muerto después de todo.

Naturalmente, esos caballos no son árabes, como no lo son tampoco los que figuran en la pintoresca comitiva del jalifa cuando, el viernes, sale de su palacio de Tetuán para rezar en la inmediata mezquita. Eso del caballo árabe en Marruecos es una tontería de las muchas que acerca de ese país se dicen. Los caballos de los moros son de una raza mucho más antigua que la árabe; son de raza moruna ó berberisca; de aquella raza africana que hizo famo-

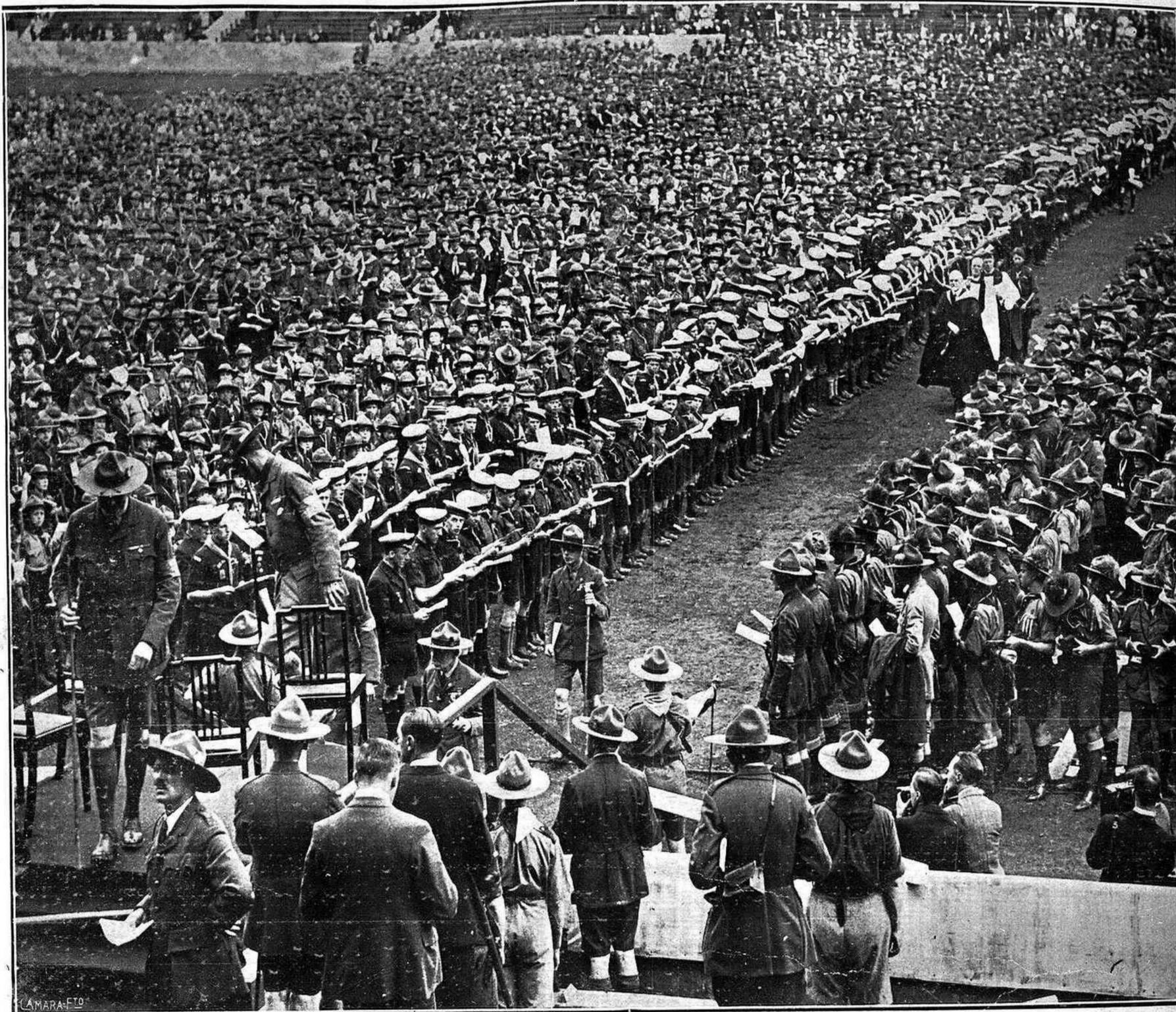


Unos jefes de kábila disponiéndose á correr la pólvora

no es tarde para regenerar una raza que fué madre de las primeras razas caballares del mundo, que aún se puede hacer de Marruecos un país productor de caballos. Esa es una de las obras de paz que puede hacer España, ó mejor dicho, que ha empezado á hacer ya; y ahí está, para probarlo, la yeguada de Emid el Má entre Alcázar y Larache, que por su organización y sus ya prósperos resultados puede servir de modelo. Lamentable fué que con pretextos más ó menos justificados se impidiese que este establecimiento enviara sus productos á la última Exposición de Ganadería. Los españoles nos pintamos solos para desaprovechar las oportunidades, y esta era la oportunidad de enseñar al pueblo español lo que puede ser nuestra obra pacífica en Marruecos y de mostrarle á la vez una de las más bellas cosas que pueden verse en aquel país: el verdadero caballo del moro.

A. CABRERA

A TRAVÉS DEL MUNDO. — LOS "BOY-SCOUTS" INGLESES

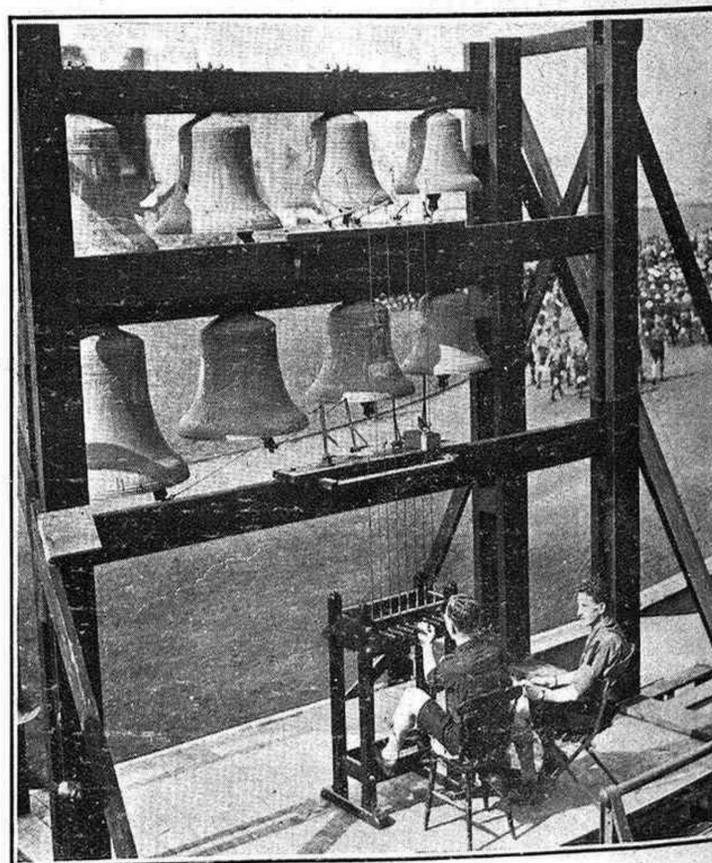


Sir Robert Baden, fundador y jefe principal de los «boy-scouts», con el Príncipe de Gales y el arzobispo de York, pasando entre las filas de los exploradores congregados en el estadio de Wembley en la asamblea del día 3 de Agosto

Como epílogo de las fiestas que se han celebrado en Londres con motivo de la Exposición Imperial, se verificó el día 3 de Agosto en el estadio de Wembley la asamblea general de los "boy-scouts" ingleses, presididos por el Príncipe de Gales y por Sir Robert Baden, que es el fundador de la próspera institución extendida por todo el mundo, y que constituye una verdadera cátedra de cultura física y espiritual para la juventud

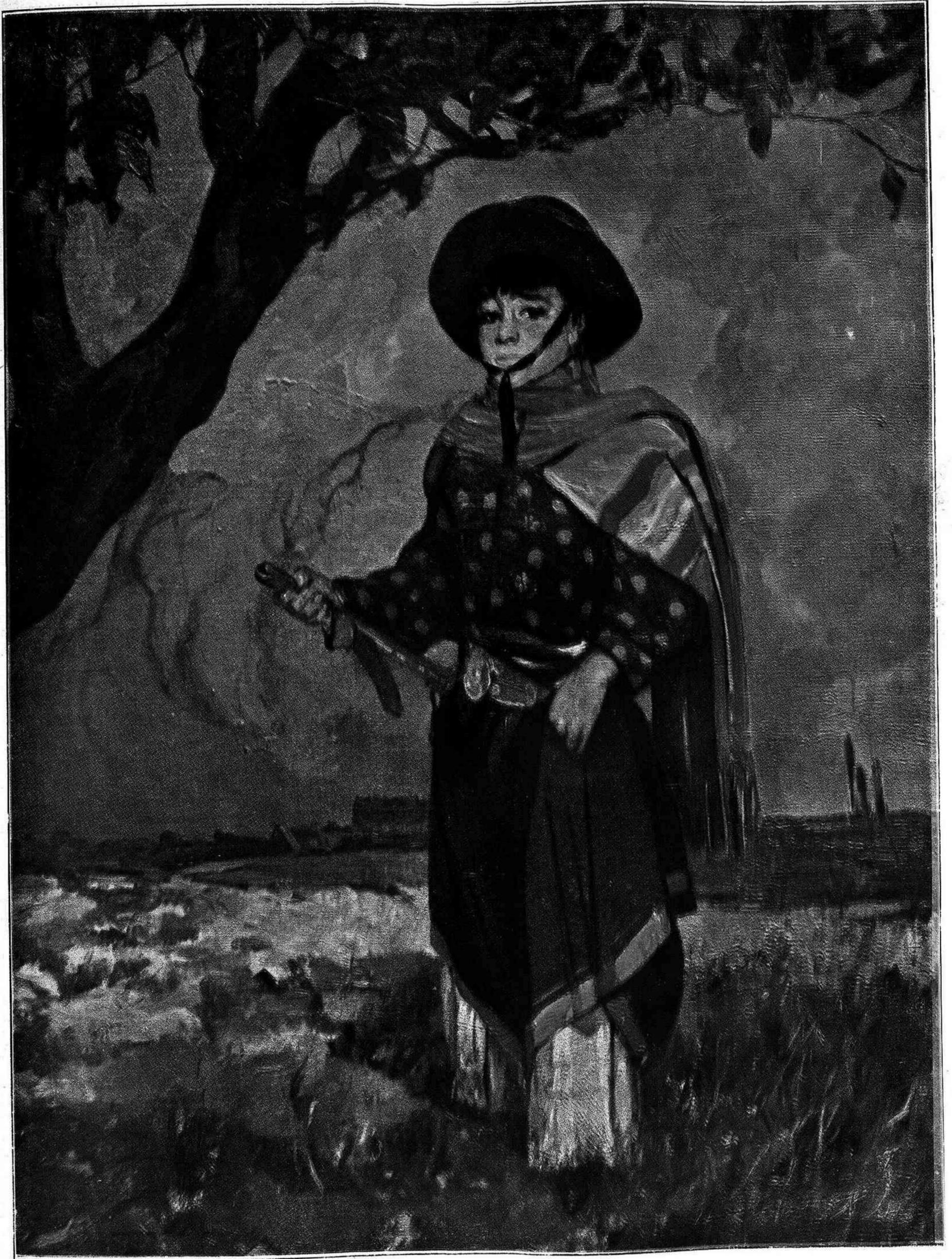


Renovación del juramento de los exploradores ingleses ante el arzobispo de York
FOT. AGENCIA GRÁFICA



El carillón que emplean los «boy-scouts» ingleses para ordenar sus ejercicios

LA PINTURA MODERNA



ÉL HEREDERO, cuadro original de Juan Alonso, que figuró en la Exposición Nacional de Bellas Artes

No es muy conocido el viaje a España de José Baretto. El propio Baretto, a pesar de figurar entre los clásicos italianos del siglo XVIII y de la gran popularidad que le dió su obra—periodística—*La Frusta Letteraria*, no está traducido al castellano, ni ha tenido nunca entre nosotros mucha nominada. Quizá haya influido el genio mordaz de Baretto en ese desvío de los españoles, y así como los portugueses le demostraron animosidad, de un modo expresivo, es posible que nosotros nos hayamos contentado con olvidarle.

Pero Baretto es un escritor interesante, hasta cuando muere, y ha de tenerse en cuenta el mal humor natural en un viajero que viene a marchas cortas, en calesa, de Lisboa a Madrid, y que atraviesa en el mes de Septiembre las solaneras extremeñas. Ciertamente para él, en Portugal como en España y en España como en la Arcadia de las letras italianas, su genio desenvuelto le llevaba más bien a satirizar que a cantar alabanzas, y como tenía el sarcasmo fácil, con el menor pretexto se dejaba llevar de su natural inclinación. Un biógrafo dice de él: «Fue hombre de gran ingenio y dejó algunas obras útiles; pero debe en gran parte su celebridad a su extravagancia y a su maledicencia.» «Rabioso, virulento, obstinado, intolerante, siempre juguete de sus pasiones... Haría falta—dice L. Corio en el prólogo a las *Cartas familiares*—ser un Rothschild de indulgencia para absorber enteramente a Giuseppe Baretto de su pecado de vanidad.» Pero estos conceptos son exagerados. De ellos, pero mejor aún de sus obras, y especialmente de las mismas cartas, se desprende el verdadero carácter de este «literato viajero del siglo XVIII», humorista, burlón, voltario como un niño grande, y, con todo, sincero, honrado y bueno; enamorado de la verdad, renovador de la prosa italiana y uno de los espíritus inquietos que servían de avanzada a la Revolución. Baretto, nacido en Milán (1719), murió en Londres el 5 de Mayo de 1789, el mismo día en que se reunían en Versalles los Estados Generales.

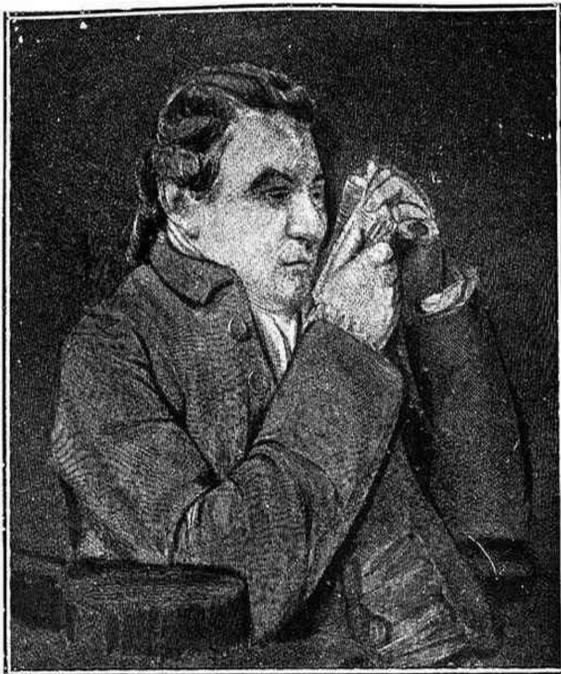
Vivió Baretto nueve años de su juventud en Londres. Respiró el ambiente del enciclopedismo e influyó en él extraordinariamente el espíritu de observación de los ingleses. Fue gran amigo de Samuel Johnson. Volvió al Continente, desembarcando en Lisboa, y atravesó en 1760 Portugal, España y Francia. Vuelto a Milán, comenzó a publicar su viaje en forma de *Cartas familiares* a sus tres hermanos.

Publicó el primer tomo en Milán (1762); pero cuando ya llevaba impreso el tercer pliego del segundo volumen fue suspendida la impresión de la obra por queja del embajador de Portugal en Italia, al cual pareció ofensiva para la dignidad de los portugueses lo que Baretto había dicho acerca de la ineducación e inhospitalidad de algunas gentes del pueblo de su país. Al año siguiente publicó todavía otro tomo en Venecia, con mil disgustos y contradicciones; pero tuvo que suspender definitivamente la obra, porque «la ignorancia, la politiquilla y la malignidad» se habían conjurado contra sus pobres *Cartas*. La última está fechada en Cebolla, el 2 de Octubre de 1760, cuando Baretto no había llegado todavía a Madrid.

Yo he estado en Cebolla, que es un pueblo casi extremeño de la provincia de Toledo, en la carretera de Talavera, Mérida, Portugal, muy cerca del Tajo. He comido truchas—asadas en una hoja de parra—en la cocina del molino, y el molinero ha contado delante de mí historias de aquel pueblo, tan divertidas, que si Baretto las hubiera oído daría por bien empleada una hora, y hasta una noche, de retraso. Sin embargo, la última carta acaba...: «Mientras tanto, estoy en esta villa de Zebolla, de la cual nada hay que decir, que yo sepa.» A don Valentín Fernández de la Peña, labrador, mi amigo y condiscípulo muy querido, que vive en Cebolla, le parecerá que Baretto no entendía de lugares y que de Cebolla hay mucho que decir.

Pero así son todos los viajeros, aun los humoristas, que pasan y no ven. Baretto pasó por Mérida y se detuvo y no vió nada; ni se enteró siquiera de lo que Mérida fue ni de los restos de sus grandezas. «Entré en Mérida—escribe—por un puente, no tan hermoso como el de Badajoz, pero que también tiene su valor. Pocos ríos de Europa tienen los puentes como los dos que honran el Guadiana.» Y agrega...: «No habiendo asunto para una carta arga fechada en Mérida, tengo que hablar de los pepinos...» Y, en efecto, líneas arriba ha dicho: «En el camino de Talaveruela a Mérida compramos algunos pepinos, que no tienen nada que envidiar a los de Cantalupo, en Romaría; a los de Caravaggio, en Lombardía, y a los de Cambiagno, en Piamonte...» Esto es todo.

Venía Baretto muy disgustado de Portugal. Había visto en Lisboa una corrida de toros, con pegadores y negros saltarines, y cuenta muy bien una alarma producida por un insensato que gritó: «¡El



GIUSEPPE BARETTI

terremoto!» No se había olvidado aún el de 1746. Se fija en muchas cosas desagradables: en los carros chirriantes; en la excesiva abundancia de negros y judíos; y en el odio a los españoles; en las rodontadas; en la pobreza y sequedad de las tierras de Estremoz y de Elvas. Al llegar aquí exclama: ¡Oh!, ¡quando sarò fuera di questo Portogallo! Se comprende muy bien la molestia del buen embajador portugués en Roma, en tiempos poco afortunados a estos rasguños de las plumas independientes.

Pero desde que pasa el torrente de la Caya, que marca la frontera, le saltó el corazón de la alegría de dejar a la espalda el desierto y desagradable reino lusitano. Ya en Badajoz halla buena posada, aunque pobre y sin muebles apenas. Le faltan hasta los espejos. Admira una punta de más de cincuenta vacas, blancas como la nieve, que abrevan en el Guadiana. Pasa por Mérida todavía bajo el influjo de esa satisfacción; pero no tarda en caer en su natural descontento, acaso porque el país no deja tampoco de proporcionarle ocasiones.

Pero es que a este género de hombres como Baretto les interesa mucho menos la historia muerta que la historia viva. Por de pronto, al entrar en España no ha mirado si hay monumentos en la frontera. Se ha fijado con preferencia en los usos y costumbres de los aduaneros. Por fortuna, Baretto da con gente cortés y discreta, a pesar del terrible aspecto de los dos bigardos que reconocieron su equipaje. «Su discreción—agrega—me obligó a alargarle la mano, muy discretamente, también.» En Badajoz encuentra a un cardenal italiano; «... pero Badajoz—dice—no es residencia demasiado cardinalicia; fuera del conde de la Roca, que es el gobernador, y de dos ó tres oficiales que han visto el mundo, no hay allí gente con quien se pueda ejercitar un poco el intelecto, conversando...»

En Talaveruela come en el «Mesón de los Caballeros», y toda la chiquillería del pueblo se asombra de su reloj. Ya hemos dicho que no vió nada en Mérida—ni nadie le dijo que hubiere algo digno de verse—. De San Pedro, un lugarejo de tres ó cuatro *casu pole*, le desaloja la llegada de un regimiento de caballería—bien vestidos, bien armados y con buenos caballos—. En Meaxaras—Miajadas—

ve un castillo ruinoso, «en sus noventa y nueve centésimas», y un señor cura le cuenta por menudo la historia. Pero a Baretto le interesó tan poco, que ni se acuerda de la historia ni del nombre del castillo. Pero, en cambio, se acuerda muy bien de la posada de la tía Morena, donde se alojó, y cuenta que por haber dado una propina a un muchachito que le enseñó el camino, todo el pueblo menudo se fue tras él—¡Señor, señor, a mí también; ¡y a mí, ¡y a mí!—. El relato de Baretto es muy pintoresco.

Cuando se le acabó el cobre, les dijo que no había más, y como seguían gritando, les llevó a la posada. «Chicos y chicas vinieron saltando de alegría, como cabritillos; y rodeado de aquella multitud, que hacía temblar la tierra, y seguido de todos los habitantes de Miajadas, que corrieron a aumentar el jaleo y la gritería, llegamos a donde queríamos llegar. La pobre tía Morena, cuando sintió acercarse a su casa tanto estruendo, creyó desmayarse de miedo, y no sólo temblaron las mujeres, sobrinas y cuñadas que estaban con ella, sino un señor Bautista y un calesero imaginaron que ocurriría alguna gran desgracia...» Aquí descubre el cuadro muy pintoresco: Cambió toda la calderilla que había en la posada, y ordenó el reparto, porque «todos querían ser primeros». Todos dentro, se puso él a la puerta, y al salir se les daba su *cuartillo*... «Con el debido orden iban saliendo uno detrás de otro—¿Quién eres tú?—Soy Teresuela.—Teresuela, ¡da un salto y grita: ¡Viva el rey de España!—¡Upa!, ¡viva el rey de España!—Aquí está el cuartillo, Teresuela; ¡vete con Dios!—Y tú, ¿quién eres?—Soy Manuela, soy Paulita, soy Pepita, soy Antonita, soy esta, soy aquella...» Las chicas pasan luego con el mismo aplauso y algazara. Alguna hace trampas, y quiere pasar dos veces. «Ed io con una *picara* ó con un ladrón le cacciola via, dopo una tirata de orechi...»

Pero nos hemos detenido mucho en este episodio pintoresco, que demuestra mejor humor en Baretto que en otros viajeros en caso semejante. En Trujillo se asombra «de las treinta cruces que halla al entrar y de un arco «con extrañas inscripciones, imitación de los romanos. Pero de los romanos antiguos a los trujillanos modernos hay mucha distancia...» Baretto no recuerda para nada a los conquistadores al pasar por Trujillo, y como no tiene nada que contar de allá, hace un precioso paréntesis sobre la inoculación de la viruela, que ya entonces, 1760, había empezado la vacuna en Inglaterra. Pasa luego el empinado monte de Mirabeto por un peligrosísimo camino que «con un poco de tierra y otro de picón podía asegurarse para un siglo». «Pero si en Portugal hay posadas de ladrones y en España caminos de asesinos, a mí no se me importa mucho, porque probablemente no volveré en mi vida. Pasa las Casas del Puerto, y el cielo neblinoso no le deja ver de más cerca las ruinas del castillo de Mirabeto.

De esta página traduciremos unas líneas: «Si un rey de España supiera lo que es su país, pronto sería el rey más poderoso del mundo, porque si se ocuparan solamente sus provincias en alumbrar las aguas y en la agricultura podrían sostener muchos millones de hombres más de los que mantienen... He visto canteras de hermosos mármoles y no he visto en ninguna casa empleado el mármol... Y la pequeñez y suciedad de sus edificios no se pueden contar... Los moros eran mucho más industrioses; pero los españoles que los vencieron lo dejaron caer todo en ruina y perdición. Así hicieron los romanos después de aniquilar a Cartago.» Así lo hicieron, pero no en su tierra.

Navalmoral, Calzada de Oropesa. En el camino de Almaraz, buenos viñedos. ¡Lástima que nos falte sitio para traducir íntegra esta bella carta fechada en Navalmoral el 30 de Septiembre de 1760! Pero al llegar a Talavera ocurre un incidente, el incidente desagradable de todos los viajes. Pasan unos soldados; desaparece una pistola; es detenido un calesero; Baretto tiene que acudir al corregidor, que no es hombre educado. Y aquí es necesario dejar a Baretto, porque lo que escribe desde Cebolla sobre ese incidente no puede ser más pintoresco, pero revela muy mal humor.

Prociso será buscar el viaje completo, que no he encontrado hasta ahora: *Viaje de Londres a Génova, pasando por Inglaterra Occidental, Portugal, España y Francia*, del cual habla muy bien Fari-nelli. Allí aparecerá mejor lo que ve y piensa de España—y de Madrid—Baretto: «Yo soy—dice en *La Frusta*—Aristarco Scannabue, y quiero administrar mi juicio, y quiero con mi juicio juzgar también el juicio de los otros y juzgarlo severamente, dándome una higa de la autoridad de cualquiera...» Por cierto que acaso fuese interesante una comparación del Baretto de *La Frusta* y el Larre de *El pobrecito hablador*

LUIS BELLO

Medina de Pomar

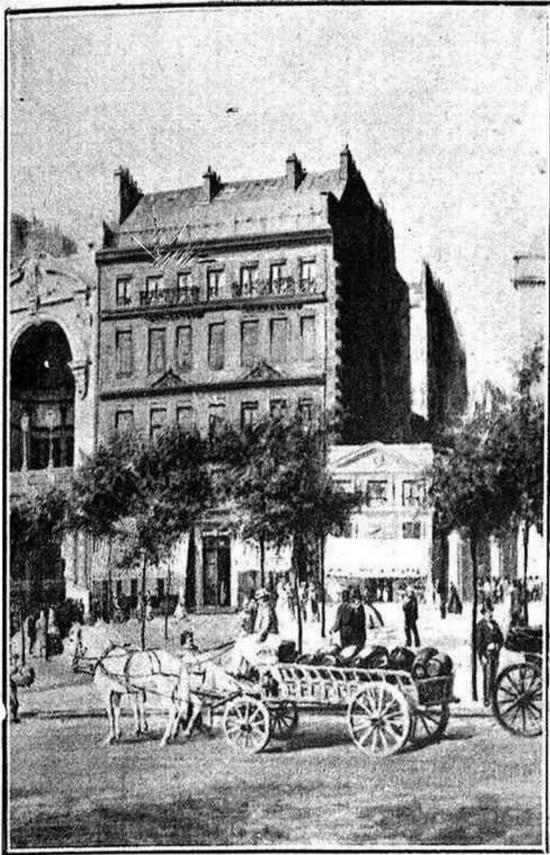
*Torvas encrucijadas, atrios conventuales
con rejas sabedoras de galantes leyendas;
caserones que fueron magníficas viviendas
con amplios portales y escudos señoriales.*

*Por todas partes ruinas de pasadas grandezas,
mudas evocaciones de lo que ya no existe,
y el dolor nos invade al pensar lo que fuiste
y ver hoy derrumbadas altivas fortalezas...*

*¡Oh, ciudad venerable, nobleza castellana!
De tu loada historia no quedarán mañana
sino los gruesos muros de tu Torre altanera,
que a través de los siglos se alzarán majestuosa,
como gigante mole, sombría y silenciosa,
recordando los tiempos de la España guerrera.*

Lorenzo ROLDÁN

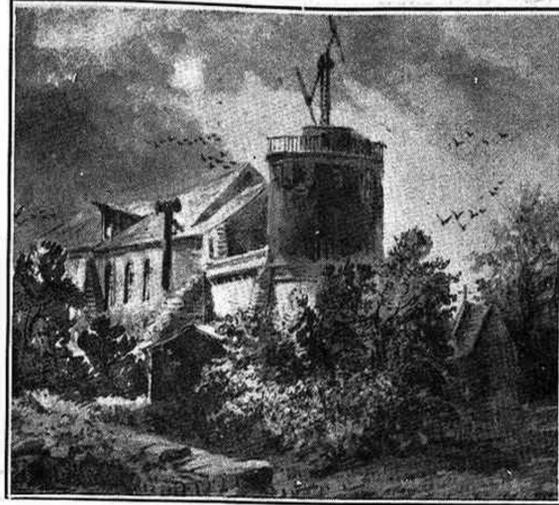
PARÍS EN 1860



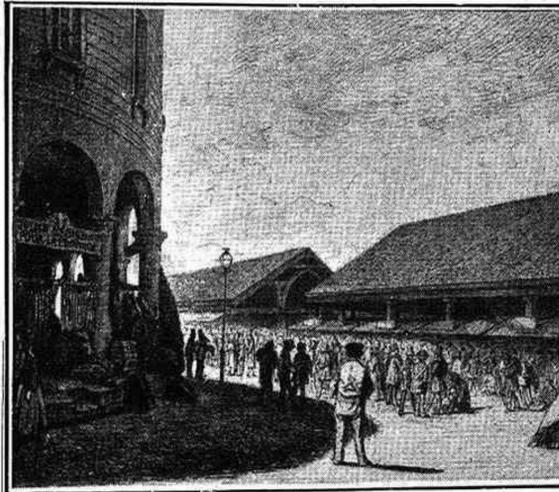
El Teatro Lírico y el Café de los Artistas, de París, en 1859

Arturo y Sofía ó París en 1860 se titula una reciente novela de Paul Reboux, ese autor inquieto que en cada obra suya pretende darnos una sensación casi contraria á las de sus obras anteriores. Esta de hoy, según afirma, es «un libro escrito á la manera de una época»; y aunque la evocación histórica no resulte quizá definitiva, posee el carácter suficiente para hacernos retroceder con la imaginación más de medio siglo y emocionarnos como al descubrir un vacío pomo de perfume que perteneciera á nuestra abuela, sugiriéndonos mil simpáticas visiones su aroma evaporado.

Estamos en aquel Segundo Imperio que había de caer durante la *débacle* de 1871, con sus consolas de caoba, sus miriñaques y sus chales de Indias; una Emperatriz andaluza, la bella Eugenia de Montijo, comparte el Trono con un Emperador del que apenas entrevemos relampaguear las pupilas detrás de un antifaz y bajo un dominó, á lo largo de un capítulo de la novela; en auge todavía los teatros del *boulevard* del Temple, llamado antaño «del Crimen», y algo decaída la afición á los melodramas, eran lo que privaba las operetas bufas, y presenciábamos el estreno de una donde las tiples cantan mal, pero levantan bien la pierna; aún hay daguerreotipos con damas de escurridos hombros y pulseras de terciopelo; Alejandro Dumas, padre, coronado por su rizada cabellera de mulato y por el aura popular, asiste á una reunión mundana, hablando mucho, junto á su elegante hijo, que habla poco; los *restaurants* de la *rue Lafitte* congregan á sus mesas por las noches una frívola sociedad de jóvenes con chisteras de alas planas, acompañados de risueñas mujeres con tirabuzones; engalana la capital un suntuoso ródar de carretelas; todos se saben de memoria á Alfredo de Musset y leen á Víctor Hugo... Dentro de este ambiente, sobrevienen episodios insólitos: el protagonista va á casarse por ganar una apuesta; la casualidad rige los destinos de cada personaje, como el antiguo *deus ex machina*; se arruina de improviso hasta descender á la miseria el hombre



Antiguo telégrafo aéreo en la colina de Montmartre, á mediados del siglo XIX



La Rotonda y el Mercado del Temple, hacia la mitad del siglo pasado



Antiguos teatros parisinos en el "boulevard" del Temple, llamado antaño del crimen, á mediados del siglo XIX

que triunfó en París por sus corbatas y por su dinero; ciertos pasajes del volumen los aprobaría



Coro de la Santa Capilla, en París, después de su restauración

Ponson du Terrail, desaprobándolos Flaubert; y al cabo de distintas peripecias románticas, un desenlace venturoso á gusto del lector sencillo. Nada más. Pero ¿no es bastante acaso?

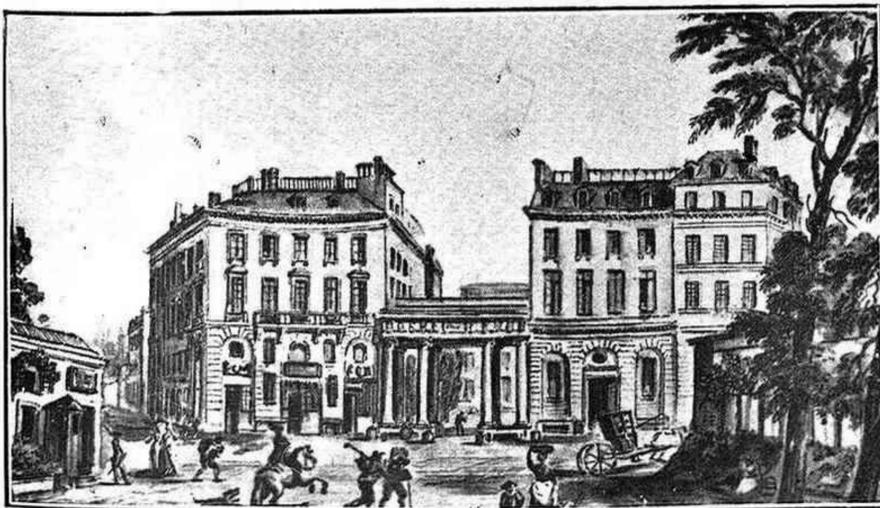
Sí. Es bastante, puesto que al lírico conjuro resucitan años desconocidos para tantos y olvidados por algunos ya; tal vez si fuese un cuadro de reminiscencias muy concretas nos agradara menos, porque no dejaría amplio margen á los desvaríos propios. Y constituyen un dulce esparcimiento estos paseos por el pasado que no acertamos á sorprender en absoluto, al que nos lleva una añoranza de imposibles, en el que se complace como en el porvenir nuestro desprecio hacia la prosa del presente.

Paul Reboux nos ha proporcionado, pues, un libro evocador, y la crítica se encargará de descubrir á través de sus páginas anacronismos y defectos técnicos si los tiene; á nuestro entender, por encima de sus méritos literarios ó de sus probables impropiedades se halla la cualidad de haber abierto una ventana con vistas al ensueño, al ideal... Sin duda, en su conjunto fueron peores que los de ahora los días desempolvados por ese novelista; mas como la distancia lo embellece todo, á nosotros, igual que á Jorge Manrique, nos parecen mejores sólo por ser pretéritos y se nos manifiestan revestidos de una poesía que de seguro no llegó á adornarlos y que el tiempo ha tejido en torno suyo.

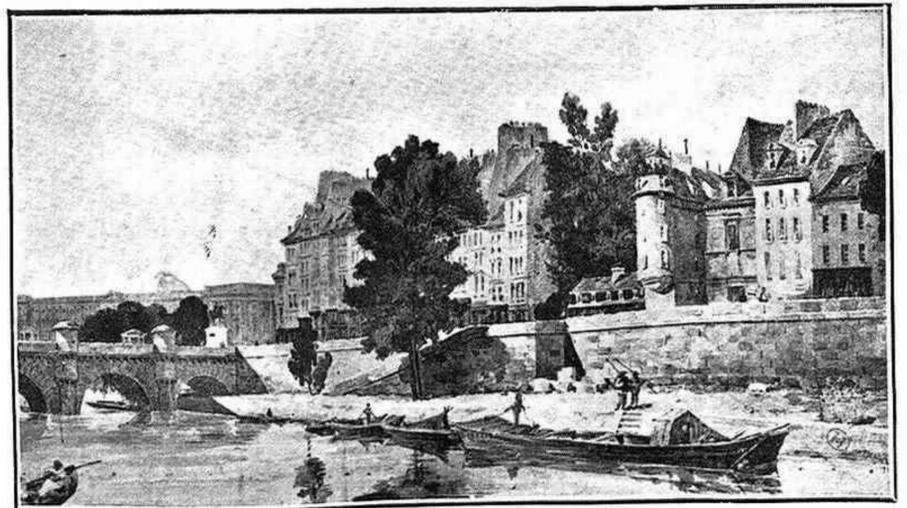
A raíz de leer *Arturo y Sofía* se debe hojear una colección de estampas de la fecha—¡oh, esas viejas estampas cuyas perspectivas nos atraen cual un abismo de ilusión!—y cerrar luego los ojos para sumergir nuestra avidez de engaños en un Leteo que nos aparte de vulgares quehaceres, de preocupaciones cotidianas. Así nos reconfortarán las aguas lustrales del olvido desde el fondo misterioso de una tumba, y robando nuevas fuerzas á la muerte, retornaremos con mayores bríos á la vida, que también nos incita...

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA

París, 1924.

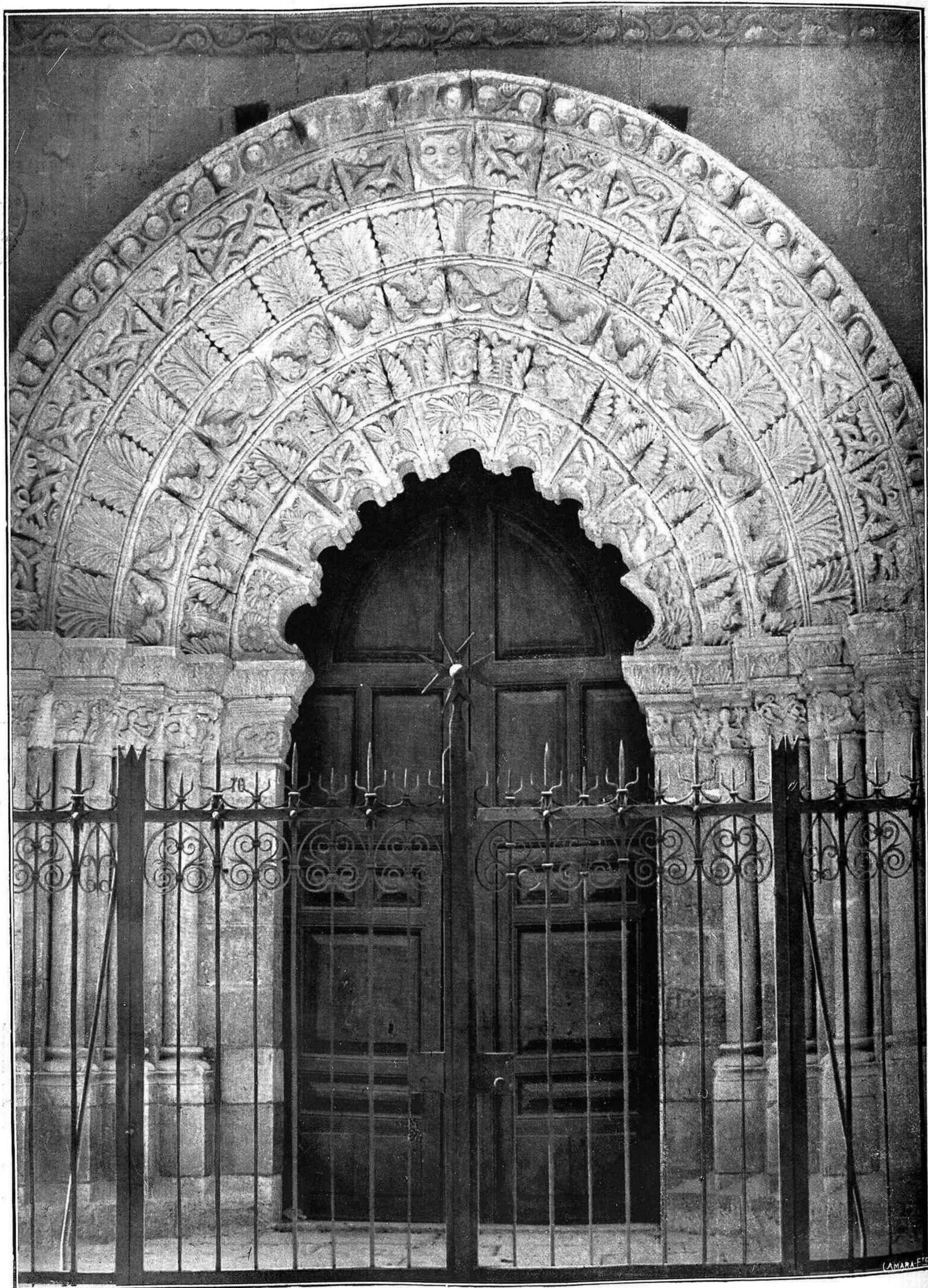


La plaza de Beauveau, de París, á mediados del pasado siglo



El Puente Nuevo y el muelle de los Orfebres, de París, hacia 1860

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



Bellísima portada románica de la iglesia de la Magdalena, en Zamora

FOT. HIELSCHER

PEREGRINACIONES

SANTA ANA DE AURAY (BRETAÑA)



La estatua milagrosa, que fué quemada durante la revolución. Una parte del rostro encontrada se ha colocado en el zócalo de la estatua moderna



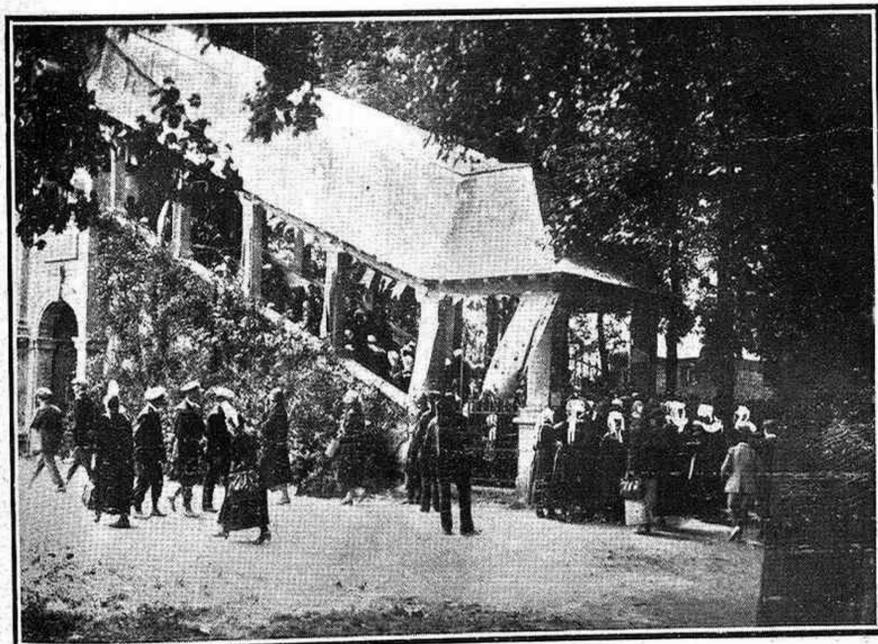
El almuerzo de los peregrinos en el Campo de la Espina, delante de la Scala Santa

Los bretones han celebrado este año el tercer centenario del descubrimiento de la milagrosa imagen de Santa Ana, en Auray. Fué el 26 de Julio, en el año de 1624, cuando Nicolazie tuvo la primera visión de la santa. Peregrinación muy bella, en país fervoroso, entre gentes sencillas, con la nota pintoresca y conmovedora de los buenos marinos de Bretaña, que vienen á cumplir el voto subiendo de rodillas las gradas de la Scala Santa.

País de grandes recuerdos históricos, perpetuados en ilustres monumentos y sobre todo en las piedras ennegrecidas de sus ciudades y de sus aldeas. Desviándose unos pasos del camino que conduce á la capilla de Santa Ana, los romeros han podido contemplar el fino crucifijo de piedra erigido en el lugar donde el condestable Duguesclin fué hecho prisionero en la batalla de 1364, en que murió Carlos de Blois y acabó la guerra de Bretaña. La evocación del siglo XIV es en esa tierra inevitable para los peregrinos de la historia. Duguesclin, sus bazañas y sus cautiverios, en uno de los períodos más turbulentos que registran las crónicas, tiene para Francia un sabor primitivo, rudo y al mismo tiempo caballeresco: «Así Dios me ayude—decía Juan Chandos al ver venir á Duguesclin al frente de sus hombres de armas, llevando por delante su lanza recta, larga de cinco pies y un hacha fuerte, dura, bien acerada, de mango

hizo suspender las probanzas. Al pasar, año tras año, las peregrinaciones por el lugar de Auray, nadie se acuerda del duque de Bretaña... Muchos tienen un recuerdo para Duguesclin, y no faltará quien recuerde aquella frase del galante caballero cuando volvió á estar prisionero en Castilla—porque su suerte fué muy varia y muy borrascosa—, y el prudente Chandos, á quien cupo la gloria de apoderarse otra vez de él, le preguntaba quién pagaría los cien mil francos de su rescate: «Monseñor, el rey de Castilla, pagará la mitad y el rey de Francia el resto; y si no bastara, no hay mujer en Francia que sepa hilar que no hilara por mi rescate.» Pero más que de Duguesclin, peregrinos y peregrinas recuerdan á Nicolazie, que sin reinar en la tierra ni ganar batallas tuvo un día la visión de la santa imagen y dió motivo para fundar en Auray el Monasterio de Carnes.

Este año la concurrencia se calcula en más de veinticinco mil almas. La Scala Santa y la fuente milagrosa han recibido muchedumbre de visitantes. Ha ido á decir la misa el obispo de Saint-Brieux; Asistían también los de Vannes, Angers, Amiens, Quimper y Cap Haitien. Y un mariscal de Francia, Francis d'Esperey, daba mayor realce á la vuelta de la Basílica, en procesión, entre el cántico de veinticinco mil voces. «Espectáculo—dice un testigo presencial—de una gravedad y de una fuerza que tenían algo de grandioso.»—MARTÍN BAYLE



Los peregrinos subiendo de rodillas la Scala Santa, reproducción de la de Roma

pequeño—, así Dios me ayude, aquí llega la flor de la caballería!» Porque messire Jean Chandos sabía admirar el valor y la buena ordenanza. En Auray murió, por consiguiente—y quizá ese crucifijo de piedra señala más bien el sitio de su caída—, el piadoso Carlos de Blois. Cuando los ingleses fueron á mostrarle á Montfort el cuerpo inanimado de su enemigo, su sangre francesa—dice la crónica—se rebeló, y lágrimas acudieron á sus ojos. Se halló un cilicio bajo la coraza del muerto. Este hombre bueno que componía *lais* en el intervalo de las batallas no había empezado la guerra sino por deferencia con su mujer, á quien correspondía en herencia la Bretaña. Cayó prisionero Duguesclin; murieron á su lado los mejores caballeros bretones. Porque las órdenes dadas al empezar la batalla de Auray fueron propias de aquella terrible época (la de D. Pedro el Cruel). «Que si en el curso de la batalla viniéramos sobre messire Carlos de Blois y diéramos con él en tierra no habrá de prendérsele bajo ningún rescate, sino matarle.» Y en caso semejante franceses y bretones habían ordenado igual respecto de messire Juan de Monfort, su tío, «porque en aquel día querían acabar con la batalla y con la guerra».

A pesar de la piedad y devoción de Carlos de Blois, duque de Bretaña, y de sus costumbres austeras, no prosperó el expediente de canonización que hizo abrir el papa Urbano V. A ruegos de los descendientes del vencedor, Gregorio XI



El Cristo plantado en el lugar de emplazamiento donde el Condestable Duguesclin fué hecho prisionero durante la guerra de los Cien Años

EL HOLANDÉS HUGO GROCIO

EL CENTENARIO DE UN LIBRO

EN la vida del holandés Hugo Grocio—1583-1645—hay un episodio maravilloso: su fuga de la cárcel de Lonwenstein. Al cabo de dos años de prisión, durante los cuales siguió escribiendo su *Antología griega* y preparando otras obras que publicó luego, su mujer logró hacerle escapar metido en una caja de libros. María de Reigersbenyen no era una mujer vulgar. Pero esta alianza de la mujer y el libro para salvar al marido ocurre tan pocas veces, que tengo el caso poco menos que por milagroso. Es preciso leer. El libro liberta. En el ejemplo de Grocio la liberación fué corporal; pero no estará de más aceptarlo como un símbolo.

Hugo Grocio es otro de los elegidos. Como Erasmo antes que él, y como Goethe después, gozó dentro y fuera de su patria todas las consideraciones que valen al hombre de ciencia ó de letras la fama y la gloria; y hasta las mismas persecuciones que hubo de padecer sirvieron para poner en su vida el agridulce necesario, la levadura sin la que difícilmente se podrá hacer buen pan aun con la mejor harina.

Hay libros de fortuna; pero pocos como el *De Jure Belli et Pacis*, «Derecho de la Guerra y de la Paz», que, sin duda, fué concebido en una cárcel, como el *Quijote*, y que acabado en 1924, llega ahora á su tercer centenario sin que sea posible omitirlo siempre que se trate de la moral de la guerra, es decir, de un tema eterno. Siempre habrá que acudir al benemérito *Grotius* cuando se hable del derecho de gentes, es decir, de los principios en que deben fundarse cuantas limitaciones vengan á mitigar la gran barbarie de la guerra.

Grocio fué á la cárcel por sospechoso de amistad con España. Su amigo y maestro Barneveldt, el famoso abogado de la paz, fué condenado á muerte por el sínodo de Dordreleh, que manejaba Mauricio de Nassau, el *statuder*, príncipe de Orange. En la lucha de arminios y gomarristas, los arminios—protestantes, partidarios de la misericordia divina que alcanza á todos los arrepentidos, precursores de los metodistas—fueron vencidos por los gomarristas y perseguidos como amigos de los españoles. Era la época en que España, decadente ya la grandeza de los primeros Austrias, no dejaba pasar un solo día sin ocupar la atención del mundo.

Y esa sentencia fué precisamente el principio de la inmortalidad de Grocio, que si hasta entonces había sido hombre de gran inteligencia muy considerado desde su primera juventud por su ingenio precoz y su cultura que habían maravillado á la Corte



de Enrique IV en su primer viaje á Francia, acaso no hubiera tenido ocasión de desarrollarse en una gran obra original como el Derecho de la Guerra y de la Paz.

Sus propias cartas nos refieren cómo escribió su libro al salir de la cárcel de Lonwenstein. Fué un gran caballero francés, protector de las artes y de las letras, M. de Peiresc, quien habiendo conocido á Grocio en París, trabó con él estrecha amistad y solicitó de él que escribiera un libro sobre el derecho común á todos los pueblos.

«Grocio—cuenta Barbeyrac, su traductor francés—se puso á trabajar en el año 1623. Escogió para ello un lugar apartado y grato. El presidente Juan Jacobo de Mesmes, uno de los numerosos amigos que el prestigio del famoso holandés había logrado en Francia, le ofreció una casa de campo cerca de Senlis, llamada *Balagui*. Allí fué á principios de Junio á respirar un aire más puro que el de la ciudad y á reponer su salud, que estaba muy quebrantada. Por eso trabajó al principio lentamente; pero luego aprovechó hasta las horas del paseo, entre las cuales y el estudio repartía todo su tiempo. Con ese dato puede juzgarse de su aplicación infatigable al trabajo. Sin ella todo su talento fértil y fácil

los alrededores son risueños, y allí continuó su obra todo el verano. Luego volvió á París, y en el mes de Junio del año siguiente ya estaba poniendo en limpio el libro que comenzó á imprimirse en Noviembre del mismo año de 1625. Al año siguiente, en la feria de Pascuas, de Francfort, ya estaba el libro en venta en una bella edición en cuarto, que Grocio dedicó al Luis XII, Rey de Francia. Pero el Rey, según las Memorias de Du Maurier, no le otorgó ninguna recompensa por no tener á su lado padrino que hiciese resaltar la importancia de aquel trabajo.

El público supo recibir la obra de otro modo más favorable. «Ningún libro ha tenido desde el primer momento aprobación más general ni ha logrado sostenerse más tiempo en igual estima.» Inmediatamente comenzó á imprimirse en distintos países y en distintas lenguas.

A partir de este libro la vida de Grocio fué triunfal. Su patria, que le había condenado, le llamó; pero él prefirió pasar á Suecia, donde la Reina Cristina le distinguió, nombrándole embajador en la Corte de Francia. Lo único que no le perdonó fué el fanatismo de los protestantes gomarristas.

A. DE TORMES

no hubiera podido producir tantas obras de diferente naturaleza en medio de las vicisitudes y distracciones de una vida que no fué muy larga. Le faltaba su biblioteca. Tenía que sostener á su familia con la pensión, bastante mal pagada, que le había asignado Luis XIII. Utilizó la Biblioteca de Jacobo Augusto de Thou, hijo del célebre historiador.

Las gentes de Balagui debían ser, como las de muchos pueblos, entrometidas y curiosas, y quizá los enemigos del presidente Mesmes comenzaron á extender rumores que llegaron á M. de Thou acusando á Grocio de que no observaba la Cuaresma, de que en familia hacía ejercicios casi públicos de devoción á la manera de los protestantes, á los que acudían, según los acusadores, vecinos de otras partes. Tuvo que justificarse, demostrar que observaba la vigilia viernes y sábados, según la costumbre del país, y que no se cantaban en su casa en alta voz salmos ni cánticos. Ofreció extremar todavía su circunspección. De esta fecha hay una carta suya lamentándose de la suerte del emigrado y recordando unos versos de Eurípides: «Mi desdicha consiste en que no puedo abrir la boca sin que esto se tenga por un crimen.»

No puedo estar en Balagui más que un mes. El dueño de la casa de campo llegaba y Grocio, temiendo molestarle, se retiró á Senlis, donde el ambiente es puro y



Escuche Ud.
a los niños.

SIEMPRE dicen la verdad. Pregúnteles qué jabón, entre los que conocen, es el que más suaviza, refresca y perfuma la piel, y le contestarán indefectiblemente: el jabón

Heno de Pravia

LES encanta la sensación de frescura y bienestar que deja sobre su delicado cutis la suave y abundante espuma de este jabón ideal, que es para los niños el mejor amigo y el mejor juguete. Cuide usted de que haya siempre una pastilla en su tocador.

DESCONFIE USTED

de quien le ofrezca los productos de la Perfumería Gal a precio más reducido. En todos los comercios de España, Baleares y Canarias, se venden a los mismos precios que en sus tiendas al detall. Es lógico sospechar de quien renuncia al modesto margen de utilidad en la venta.

PERFUMERÍA GAL
MADRID



LA MODA Y EL... "SE DICE"...



una rectificación de teorías estéticas por parte de los modistos. Los más acérrimos condenadores de las curvas femeninas aseguran que están haciendo dibujos de siluetas en las que no se advierte la rigidez pasada, sino una línea ondulante, levemente quebrada, muy delicada y de una gracia exquisita.

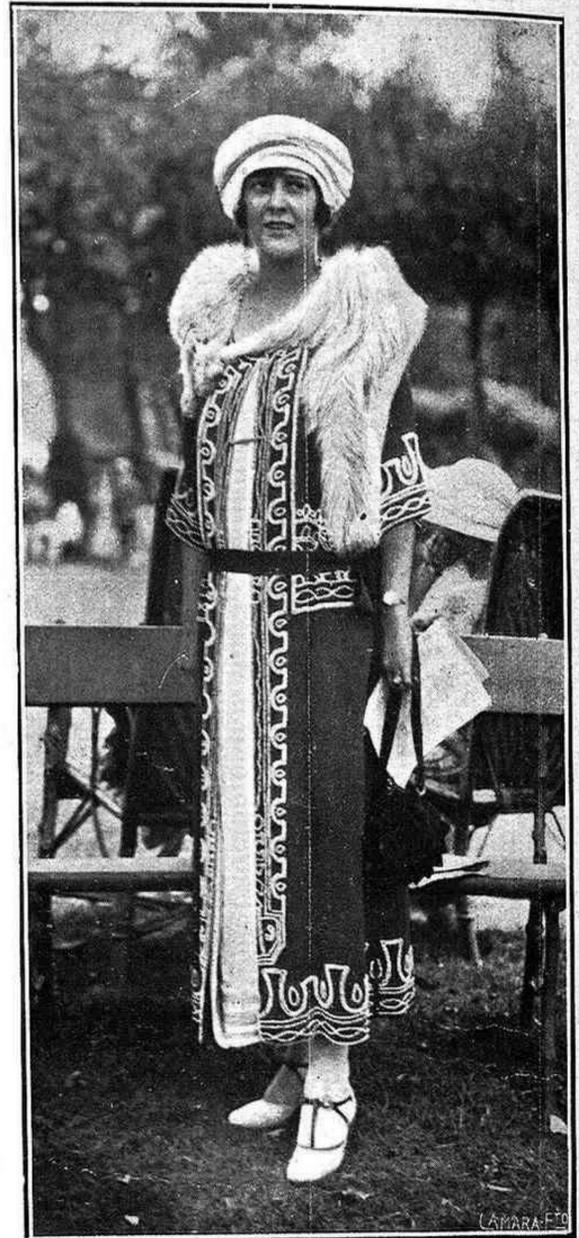
Es necesario, pues, disponerse á encajar en las nuevas modas mediante la posesión de un cuerpo muy *souple*.

La que no consiga ó se empeñe en seguir adoptando actitudes de atleta se encontrará sorprendida con el triunfo de «lo más nuevo».

Hay que hacer mucha gimnasia; pero no para desarrollo del sistema muscular, sino para todo lo contrario precisamente: para disimular éste, hacer desaparecer toda angulosidad y hacer del cuerpo un junco cimbreante y grácil.

Para reforzar esa primera impresión veremos aparecer trajes que señalen y hagan más breve la cintura; corpiños largos y ceñidos; faldas bastante huecas, que contrasten con la escueta vestimenta actual. Mangas transparentes que suavicen el contorno de los brazos, y encaje, mucho encaje, *chiffon*, *gasa*, cuantos elementos puedan pensarse que aumentará el aspecto frufú de la *toilette*. Los tejidos estampados tomarán una nota menos atrevida, más ingenua que los de ahora. Diseños de rositas, de lazadas Luis XV, cuanto sea exaltación de la nota frágil, incluso un poco afectada.

Algunas de estas tendencias se advierten ya en los guardarropas, que avanzándose á la época del año, preparan los grandes modistos para aquellas de sus clientes que desean marchar ya de viaje y que no volverán hasta bien entrado el invierno. Así, al traje de baile muy *jeune fille*, confeccionado de encaje de seda blanca sobre tul color crema, rematado al pie y en torno al amplio escote por unas bandas de tisú de plata anchas, únese el corpiño, muy estrecho, recto y largo, á la falda amplísima por medio de un escarolado de tisú, del que pende á un lado, llegando hasta los bordes de la falda, una guirnalda de rosas de pitimín. Le acompaña una capita deliciosa de piel de conejo blanco, cuyos bordes, como los del ancho cuello, forman un festoneado de la misma piel. Puede forrarse del tono que se quiera: *mandarina*, azul Imperio, coral



ESTA temporada resulta divertida por la curiosidad que sienten las elegantes y las aspirantes á serlo y los infundios que inventan algunos despreocupados, con el único exclusivo objeto de sembrar confusiones ó de ocultar algún secreto sensacional en plan de elaboración.

«Se dice que las faldas se van á hacer completamente largas.» «Se dice que vuelve la moda de las mangas de jamón.» «Se dice que las levitas se harán muy entalladas.» «Se dice que el talle se colocará debajo de los brazos.» Y así hasta cansarse.

La verdad es, sin embargo, que hasta la fecha presente no se sabe á ciencia cierta *nada de nada*.

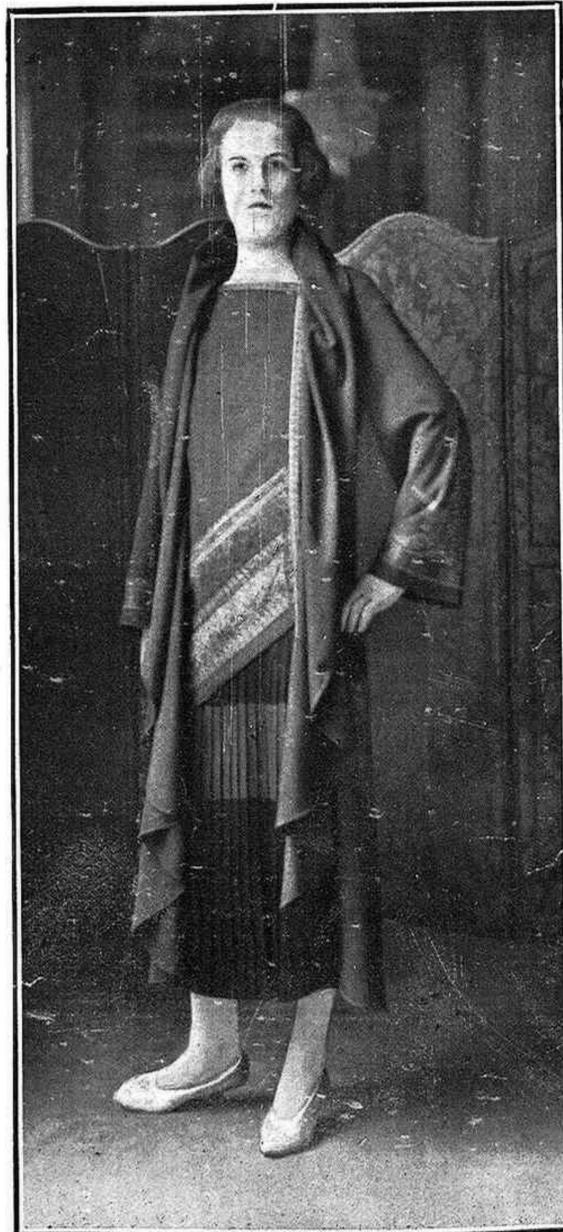
Ahora bien: algunos modistos, grandes maestros de la costura que por su misma celebridad se hallan al abrigo de toda sospecha, y por su grandeza por encima de pequenezes y ruindades, han tenido la amabilidad de confiar á un grupo de amigos algunos de los planes que para la temporada invernal tiene proyectados.

Parece ser que donde más se ha de observar un cambio es en la silueta. No porque ésta haya de ser menos frágil y delicada de lo que ahora, sino porque se hará más cimbreante. En estos tiempos se ha procurado que el cuerpo de la mujer pierda caracteres de feminidad y se ha hecho ó procurado hacer de él una forma de efebo.

Las muchachitas no se diferenciaban de sus compañeros de juegos y de estudios más que en el indumento. Todo lo demás, el gesto, los andares, el peinado eran una copia exacta de los adoptados por los muchachos jóvenes.

Tal moda no dejaba de tener ciertos encantos. Lo que más llamaba la atención era el sello de juventud, de extremada juventud, que lo dominaba todo, y á tal punto que de repente parecía como que se transformaba y renovaba nuestro viejo planeta. Pero las cosas se llevaron á extremos insospechados. Diríase que aquel casi infantilismo general logró al fin hacer olvidar á las nuevas generaciones todas sus responsabilidades. Además, agotada la sensación de novedad, las mujeres empezaron á parecernos un poco ridículas y agobiantes la uniformidad de sus trajes, también contagiados ya de una excesiva masculinidad; por último, los artistas comenzaron á exteriorizar su disgusto ante la desaparición de la forma femenina, esa divina forma, manantial de inspiración y de belleza...

Por lo visto se ha logrado, en primer término,



Tres bellísimos modelos de «toilettes» creados para la semana del Gran Premio en Deauville

ó rosa de té. En el caso á que me refiero habíase elegido este último.

Para casadas, pero muy juvenil, es otro modelo de crespón *georgine* color de rosa, forma enteriza y ajustada hasta más abajo de las caderas, en donde se ensancha súbito por medio de un gran volante de encaje de plata que se une á la parte superior mediante una guirnalda de pétalos de geranio y varios tonos de rosa. Sobre las caderas un fruncido ajusta más el vestido al cuerpo y acorta la línea del talle.

El crespón de alpaca y el *velours de laine*, para los días más fríos, serán los tejidos preferidos durante el mes de Septiembre. Los crespones de tonos oscuros, como el negro, el *marron* y el gris plomo, irán con frecuencia estampados con flores de tonos muy brillantes, recordando á distancia los mantos bordados. Uno de los tonos, el que se quiera, da la nota para los remates, accesorios y adornos. Los *tailleurs* se harán con frecuencia de telas á rayas; pero es ésta una moda de la que precisa que desconfíe la mayoría. En efecto, es necesario tener muchos trajes para aventurarse á encargar uno de este género, que una vez visto no se olvida y que cansa... más que el hablar siempre con una misma persona; ¡y cuidado que esto!...

Para *sport* y excursiones en *auto* se prescindirá un poco de las nuevas tendencias, prefiriéndose las hechuras lisas y los colores violentos: el violeta, el escarlata, el verde botella, combinados con *beige* ó *marron*.

Un detalle muy lindo: van á llevarse mucho los zapatos de ante color de rosa y crema con los trajes de tarde de mucho vestir y de tonos apropiados.

Las medias de color de carne seguirán haciendo furor. Tienen el inconveniente ó la ventaja de ser muy caras (hablo de las que *hacen bien*) y no pueden, por lo tanto, popularizarse demasiado.

Y á propósito de ropa interior: la batista fina y blanca vuelve por sus fueros; ahora, que se la adorna con bordados muy diminutos en colores delicados.

Otro detalle ínfimo: se van á lanzar unos nuevos brazaletes confeccionados de florecillas de una pasta que imita la porcelana; de modo que veremos los brazos torneados aprisionados en guirnalda de rosas pequeñas de hojas delicadas, y la mujer adquirirá semejanza con las figuritas de las famosas fábricas de Sèvres ó de Sajonia.

Paris, Agosto de 1924.



Mujeres Ciegas

Muchas mujeres no ven los malos efectos de los cosméticos, cremas y polvos. Creen poder tener un buen cutis, cubriendo el que poseen defectuoso. Piensan que los granos, manchas y tosquedad de la piel pueden ocultarse, pero están muy equivocadas. El único cutis hermoso es el natural. Un cutis natural pierde su belleza cuando la piel está enferma y la recobra cuando la piel ha recuperado la salud. Para contrarrestar la tosquedad y aspereza del cutis, así como los granos, manchas, irritación y otros defectos de la cara, aplíquese un poco del ungüento Cadum. De esta manera

tan sencilla el cutis volverá a su estado sano y con ello a su primitiva belleza. No traten de ocultar las impurezas del rostro bajo un antifaz. Quiten los defectos con el Ungüento Cadum. Muchas afecciones de la piel podrían evitarse usando a tiempo este maravilloso remedio. Suprime al instante la picazón y es muy calmante y cicatrizante donde quiera que la piel esté irritada o inflamada. El Ungüento Cadum es bueno para el eczema, granos, manchas, excoriaciones, sarpullido, empeines, cortaduras, picaduras de insectos, etc.

Ungüento Cadum

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

INCONTABLES han sido las monjas que en las pasadas centurias cultivaron el dulce trato con las musas. Los versos que estas mujeres escribieron son, sin duda, de lo más lindo y galano que ha producido el Parnaso español. Pocos, muy pocos de estos versos esmaltan las antologías; hay que buscarlos entre el polvo y la polilla de los manuscritos que se conservan en las bibliotecas de los Monasterios.

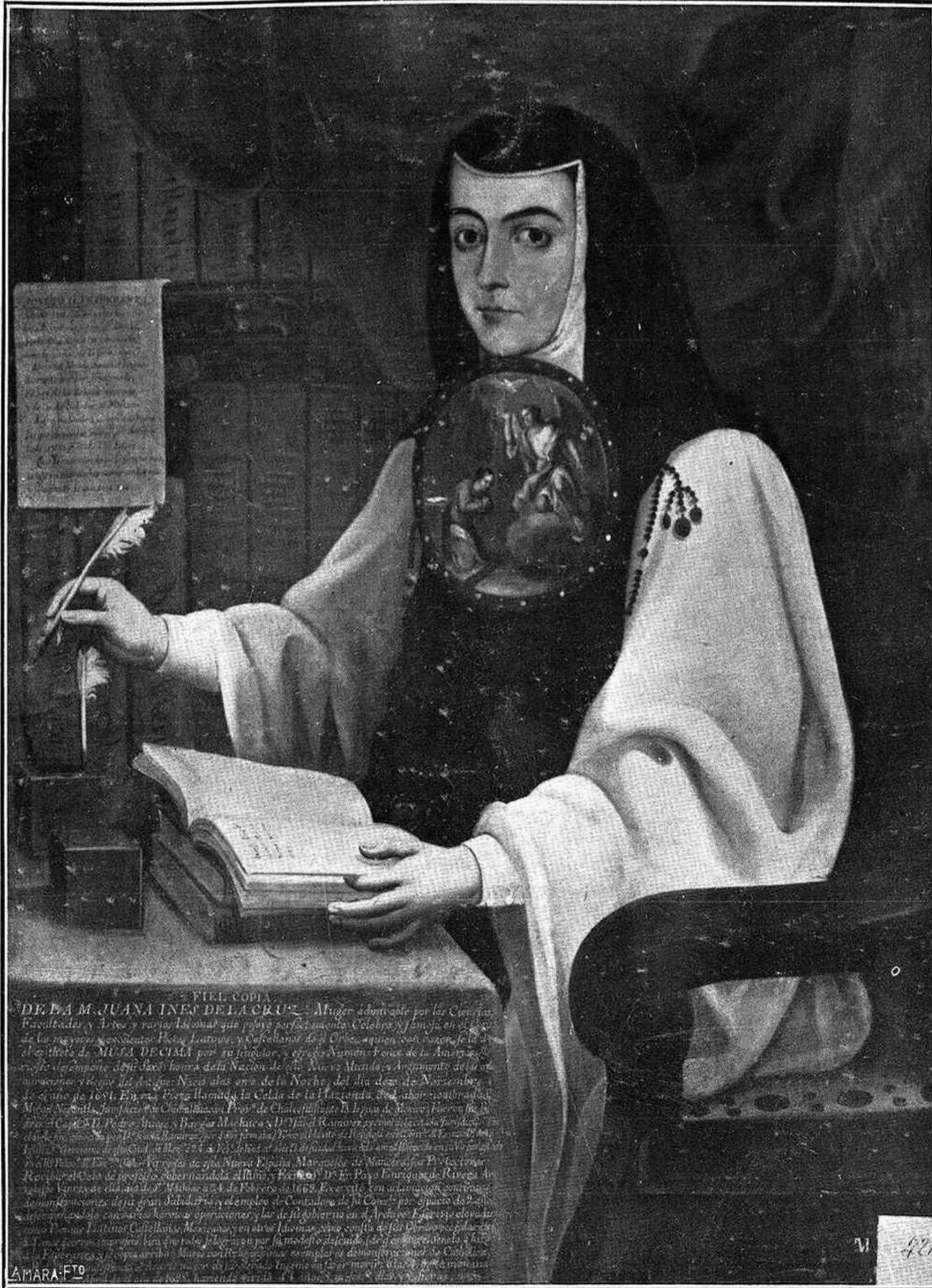
Los profanos, los que no tienen el instinto del arte ni aquel otro sentido que decía Milá era necesario para saborear la belleza, no podrán percibir nunca aquellas consonancias y armonías como de lirios templadas por el cielo, que regalaban el oído del maestro Galdós cuando leía los villancicos de la Santa Madre Teresa de Jesús.

Y es que las mismas palabras de que estas mujeres se valen para expresar el pensamiento, las imágenes con que lo alumbra, el metro en que lo engarzan, el fuego del amor divino, en fin, que las consume y abrasa, hace que los versos salgan de sus plumas bañados en luz suavísima, despidiendo maravillosos sonidos, como si estuvieran forjados en otro mundo distinto al nuestro, donde se habla el mismo lenguaje, pero de tan diversos matices y tornasoles que nos dejan absortos y embelesados.

Sor Juana Inés de la Cruz, llamada la «Décima musa», monja mejicana, ornamento de la Orden de San Jerónimo, fué una de estas insignes y singulares mujeres. Nació en San Miguel de Nepantla (Méjico) el año 1651. «Tuvo—escriben sus biógrafos— muy gallardo entendimiento, y en su pecho se encerraba la alta sabiduría. Su ciencia fué extraordinaria: las Matemáticas le eran familiares; la Física no tuvo secretos para ella; sabía Gramática, versificaba en latín y hasta en azteca; entendía de medicina; la filosofía moral, la escolástica, el derecho canónico, todo cabía en aquella sesera única.»

Cuentan que el marqués de Mancera, para convencerse por sus propios ojos de la sabiduría de Juana Inés y ver si era oro de buena ley ó cosa superficial y baladí, reunió en su palacio á los hombres más eminentes de Méjico: teólogos, filósofos, canonistas, literatos, y cada uno en su arte la fué interrogando. El resultado de aquel torneo intelectual nos lo dice el propio marqués: «A la manera que un galeón real se defendería de pocas chalupas que le embistieran, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas y réplicas que le propusieron.»

Nuestra monja vivió en una época de decadencia literaria. Por aquel entonces el culteranismo se había extendido y derramado por la Vieja y la Nueva España, enseñoreándose de ellas. La claridad y transparencia del idioma, el lucidísimo cristal que dejaba ver las piedrezuelas y guijarros del arroyo estaba empañado y ennegrecido. Proistas y poetas escriben en una lengua enrevesada y difícil. Para descifrar las palabras, las frases y los giros de los culteranos es necesario el auxilio sobrenatural. Sor Juana respira estos aires y no puede preservarse del contagio; pero es tal su talento, su intuición artística, el temple de su alma—y este es el mayor mérito de la monja—, que á ratos se traslada de la tierra al cielo, pone su nido en las



«Retrato de Sor Juana Inés de la Cruz, llamada la "Décima musa", que se conserva en el Museo Provincial de Toledo
FOT. MORENO

estrellas y desde allí deja oír su voz dulcísima que tiene como destellos de melodía angélica:

«Esta tarde, mi Bien, cuando te hablaba,
como en tu rostro y tus acciones via
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses deseaba.

Y amor que mis intentos ayudaba,
venció lo que imposible parecía,
pues entre el llanto que el dolor vertía,
el corazón, deshecho, destilaba.

Baste ya de rigores, mi Bien, baste;
no te atormenten más celos tiranos,
ni el vil recelo tu quietud contraste

con sombras necias, con indicios vanos,
pues ya en líquido humor viste y tocaste
mi corazón deshecho entre tus manos.»

Este bellissimo soneto de Juana Inés, ¿es místico ó profano? El poeta y filósofo Amado Nervo, uno de los más bizarros y elegantes escritores de Méjico, en su libro *Juana de Asbaje*, lo mejor tal vez que se ha escrito sobre la monja poetisa, sostiene que Juana, antes de ser religiosa, tuvo amores. Nervo pregunta: «¿Amó alguna vez de amor?» «Dicen que sí—responde—; que cierto caballero, allá cuando tenía diez y siete años y era dama de honor de la marquesa de Mancera, se le adentró en el corazón logrando inspirarle un gran afecto; añaden unos que este gentilhomme estaba muy alto para que Juana, hidalga, pero pobre, pudiese ascender hasta él; otros que se murió en flor cuando iba ya á posarse sobre sus manos unidas la bendi-

ción que ata para siempre. Juana de Asbaje, inconsolable, buscó alivio en el estudio y en el retiro. Cual otro duque de Gandía, pudo exclamar: «No más, no más servir á señor que se me pueda morir», y con el espíritu quebrantado por la prueba, buscó á Dios y le encontró en una celda. ¿Es esto verdad? Muchos biógrafos afirman que sí.»

El maestro Menéndez y Pelayo es también de este parecer. «Sólo quien no está acostumbrado—escribe—al legítimo acento de la emoción lírica podrá creer que Juana escribió por pasatiempos de sociedad ó para expresar afectos ajenos. Aquellos celos son verdaderos celos. Nunca y menos en una escuela de gusto tan crespo y enmarañado han podido simularse los afectos que tan limpia y sencillamente se expresan en las siguientes estrofas:

«Mas ¿cuándo, ¡ay!, gloria
[mia,
mereceré gozar tu luz serena?
¿Cuándo llegará el día
que pongas dulce fin á tanta
[pena?
¿Cuándo veré tus ojos, dulce
[encanto,
y de los míos secarás el llanto?
¿Cuándo tu voz sonora
herirá mis oídos delicada
y el alma que te adora
de inundación de goces ane-
[gada
á recibirte con amante prisa
saldrá á los ojos desatada en
[risa?

¿Cuándo tu luz hermosa
revestirá de gloria mis senti-
[dos?
¿Y cuándo, yo, dichosa,
mis suspiros daré por bien per-
[didos
teniendo en poco el precio de
[mi llanto?
¿Que tanto ha de pasar quien
[goza tanto!

Ven, pues, mi prenda amada,
que ya fallece mi cansada vida
de esta ausencia pesada;
ven, pues, que mientras tarda
[tu venida,
aunque me cueste su verdor
[enojos,
regaré mi esperanza con mis
[ojos.»

Sor Juana Inés de la Cruz es una gloria de Méjico. Su prosa diáfana, sencilla, elegantísima, parecida aprendida en la escuela de nuestras monjas del áureo siglo. Cualquiera diría al leer los *Ejercicios devotos* y los *Ofrecimientos para el Santo Rosario* que la monja mejicana tuvo sabrosísimas pláticas con aquellas primeras discípulas de Santa Teresa, con María de San José, por ejemplo, y que de ella se le pegó la dulzura del lenguaje y el primor y galanura del estilo. Sus versos, salvo las manchas y lunares del mal gusto de la época, superan á veces á los de los mejores poetas de la Vieja España. De sus dramas ha dicho Mesonero Romanos que pueden competir con los de Calderón.

Es la monja de San Jerónimo lumbre y esplendor de las letras, tal vez el talento más claro y portentoso de la Nueva España en el siglo XVII... Vergüenza da decirlo: de las obras de esta excelsa mujer no hay todavía una edición definitiva... Con razón se lamentan González Obregón, Henríquez Ureña, Francisco Pimentel, José María Vigil y Luis G. Urbina que tanto han iluminado la vida de la poetisa con los destellos y resplandores de sus plumas.

¿Cuándo llegará el día de poner manos á la obra? Los materiales están dispuestos; hace falta un corazón noble y generoso, un espíritu abnegado, amante de las glorias hispanoamericanas, que dé comienzo á la tarea. El día que esta edición se terminara regocijaríanse en el alma los admiradores de la monja y los aficionados á las bellas letras.

HUGO MORENO

Está á la venta el
número de este mes
de la hermosa Revista

ELEGANCIAS

Suma y compendio de la
novedad y la distinción

Precio del ejemplar: 3 ptas.



ALFONSO FOTÓGRAFO

Fuencarral, 6 MADRID

OBSEQUIO

Anunciantes :: Empresas periodísticas
PEDID GRATIS EL

Catálogo de la Prensa Mundial

á la Agencia Internacional de Anuncios

"PUBLICITAS"

Gran Vía, 13 Madrid Apartado 911

MAQUINARIA DE UNA FABRICA DE HARINAS

con molturación
de 15.000 kilos

SE VENDE

DIRIGIRSE Á

D. José Briaies Ron
San Antonio.—Camino de Churrana
MALAGA



¿Confidencia?

Mi felicidad, simpáticas lectoras, la debo al quitarme de raíz el vello y pelo de la cara y brazos con el tan acreditado **DEPILATORIO** marca **BELLEZA**. Es inofensivo. De venta en perfumerías. Primer premio. Fabricantes: Argente Hermanos. — Badalona (España).

CAMISERÍA
ENCAJES
BORDADOS
ROPA BLANCA
EQUIPOS para NOVIA

ROLDÁN

FUENCARRAL, 85

TELÉFONO 35-80 M.

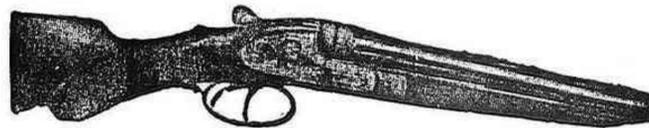
MADRID

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista -:-: Hermosilla, 57

Pida una lata



Escopetas finas de precisión y caza PARA TIRO DE PICHÓN



EIBAR. — Víctor Sarasqueta

Proveedor y fabricante de S. M. el Rey Don Alfonso XIII y de S. A. la Infanta doña Isabel

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

COMPañÍA INTERNACIONAL DE COCHES CAMAS

Horario que regirá en las Oficinas
desde 1.º de Junio hasta 30 de Septiembre:

Representación de la Compañía: Despacho de billetes:

Mayor, 4 Arenal, 3

De 8,30 á 14 horas De 9 á 13 y de 16 á 19

INGENIERIA Y CONSTRUCCIÓN

REVISTA MENSUAL IBEROAMERICANA

Viene a ocupar un puesto que había vacante entre las revistas técnicas, no viene a competir con ellas. Su orientación es diferente a todas las demás y su presentación única. Se ocupará principalmente de

- Ingeniería civil,
- Minas y metalurgia,
- Electricidad y mecánica,
- Agricultura y montes.

Su objeto es ser el elemento auxiliar del técnico y del industrial, y su modesto precio de suscripción (30 pesetas año) está al alcance de todo el mundo.

APARTADO DE CORREOS 4 003

LARRA, 6 MADRID

Lea Ud. MUNDO GRAFICO

Lea usted los viernes

NUEVO MUNDO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

Número suelto: 50 cénts. en toda España

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70
Despacho: Unión, 21

BARCELONA

El hombre de negocios



agobiado por sus múltiples ocupaciones, no dispone de tiempo para estudiar á fondo CÓMO anunciar bien sus productos ó marcas. Procede por pura intuición y con prisas, pagando sus experimentos en dinero.

No es necesario que distraiga Ud. su atención en los problemas del anuncio, siempre y cuando tenga quien, con conocimiento de causa, piense y trabaje por Ud.

“PUBLICITAS”

Agencia Internacional de Anuncios

ofrece á Ud. la experiencia de muchos años; y sin necesidad de que Ud. tenga que moverse de su despacho, procurará siempre por sus intereses.

Montada completamente á la moderna, esta Empresa es una de las más vastas organizaciones de Publicidad de Europa.

Cuenta con cerca de 100 Casas aliadas en el Extranjero y tiene corresponsales en todos los países del mundo. Administra la publicidad de más de 200 periódicos, admitiendo órdenes para toda la Prensa diaria y especial del mundo entero.

Asume la dirección de cualquiera campaña de publicidad, ideando y redactando textos y dibujos para anuncios de todas clases.

Servicios y estudios técnicos □ Talleres de arte comercial

Sírvase consultarnos, y SIN COMPROMISO ALGUNO de su parte le aconsejaremos y le prepararemos, GRATIS, el presupuesto para su próxima campaña de propaganda.

“PUBLICITAS” puede presentar nuevas ideas de PUBLICIDAD para Ud.

“PUBLICITAS” puede redactar toda clase de PUBLICIDAD para Ud.

“PUBLICITAS” puede editar una excelente PUBLICIDAD para Ud.

Pida, gratis, un ejemplar de muestra de la revista técnica de Publicidad “FAMA”, editada por esta Empresa.

“PUBLICITAS”

Agencia Internacional de Anuncios

MADRID

Avenida Conde Peñalver, 13, entl.
Apartado 911.—Teléf.º 61-46 M.

Estudio «HELIOS»

BARCELONA

Ronda de San Pedro, 11, pral.
Apartado 228.—Teléf.º 14-79 A.

Estudio «FAMA»



LA CINTURA IDEAL!

«Dora» para señoras. Tres fuerzas progresivas, según el procedimiento de Franz Glenard. Obesidad, vientres caídos, ptosis y para mantenimiento de la perfecta esbeltez. Puede utilizarse con ó sin corsé. Sus componentes elásticos no ocasionan ninguna molestia. P. da folleto, adjuntando sello correo 0,35, á

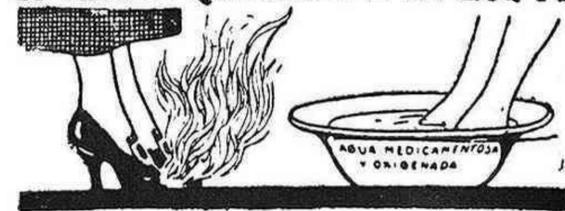
INSTITUTO ORTOPÉDICO
Sabaté y Alemany, Canuda, 7, Barcelona

Lea Ud. todos los viernes

NUEVO MUNDO

50 céntimos en toda España

SI TENEIS QUEMAZON EN LOS PIES



¡COMO SI ESTUVIERAN EN EL FUEGO!

Es que vuestros pies son sensibles, que se hinchan é irritan fácilmente ó que padecéis de callos, durezas ú otras callosidades dolorosas. Un buen consejo: bañadlos esta noche misma en un recipiente de agua caliente, adicionada de un puñadito de Saltratos Rodell, y os quedaréis sorprendidos del alivio inmediato que os procurará. El agua caliente saltratada es medicinal y oxigenada, desaparecen prontamente todo género de hinchazón y magulladura, toda sensación de dolor y comezón; además combate los efectos tan desagradables del sudor abundante. Se reblandecen los callos y las durezas de tal modo que se pueden quitar sin auxilio de navaja, operación siempre muy peligrosa. Este tratamiento tan sencillo como poco costoso os curará todas las dolencias de los pies; si no, el preparador se compromete formalmente en reembolsaros el importe bajo simple demanda.

NOTA: Todos los farmacéuticos venden los Saltratos Rodell. Si le ofrecen imitaciones, rechácelas, ya que no tienen ningún valor curativo. Exigid siempre los verdaderos Saltratos.

LOS CABELLOS BIEN RIZADOS

La Loción Rizadora

MARIA-MERCEDES

PATENTADA

proporciona al momento un rizado perfecto, que no lo altera el viento ni la humedad, la brisa del mar, ni el relente de la noche. Frasco, pesetas 6 en todas las perfumerías. Remitimos á América el recibo del importe en billetes de los Estados Unidos.

Especialidades Millat.—Sta. Agueda, 28, Barcelona



DIAZ

FOTOGRAFIA
:: DE ARTE ::
FERNANDO VI, 5.—MADRID